

ISSN 1669 8452 - Argentina \$ 9

puentes

Año 7 - Número 20 - Marzo 2007

A 25 años de la
**Guerra de
Malvinas**

**Verdad,
justicia,
soberanía**



Número aniversario. Colaboran: Federico Lorenz, María Laura Guembe, Roberto Herrscher, Cecilia Flachsland, Sergio Pujol, Julieta Vitullo, Ulises Gorini, Nora Cortiñas, Gustavo Caso Rosendi, Martín Raninque.
Especial: Colección en C.D. de los dossiers de educación de la revista más D.V.D. con dos documentales.

sumario

4. Editorial. Por Hugo Cañón. **8.** La necesidad de Malvinas. Por Federico Lorenz. **18.** Cruces. Idas y vueltas de Malvinas. Por María Laura Guembe y Federico Lorenz. **20.** ¿Juicios por la verdad para Malvinas? Por Juan Bautista Duizeide. **22.** ¿Guerra antimperialista o maniobra dictatorial? Malvinas como dilema para los exiliados. **30.** Las películas de la guerra. Malvinas en la mira del cine. Por Samanta Salvatori. **34.** Tony Smith: enterrador de fantasmas. Por Roberto Herrscher. **42.** Malvinas en la literatura. Ficciones de una guerra. Por Julieta Vitullo. **53.** Adelanto del libro *Soldados*, de Gustavo Caso Rosendi. Semblanza del autor por Martín Raninqueo. **56.** Una banda de sonido para Malvinas. Por Cecilia Flachsland. **68.** Bibliográficas. El Walsh de Jozami. Por Patricia Funes. **72.** Comisión Provincial por la Memoria. **75.** Dossier documentos: dos momentos en la historia de las Madres de Plaza de Mayo. Testimonia Nora Cortiñas. Escribe Ulises Gorini.



Los nuevos desafíos

Por Hugo Cañón

La revista *Puentes* llega con esta entrega a su número 20. Son poco menos que siete años a lo largo de los cuales, hemos procurado ser fieles a esa suerte de declaración de principios del editorial del primer ejemplar de la revista: “*Puentes* pretende situarse en este minúsculo momento presente para poder pensar el pasado y el futuro al mismo tiempo”. Desde diferentes perspectivas —las de los historiadores, las de los antropólogos, las de los sociólogos, las de los artistas, las de los escritores, las de los periodistas, las de los hombres de leyes, las de los militantes de los derechos humanos, las de los políticos—, se hizo memoria. No solo sobre nuestro pasado reciente, sin también sobre otros pasados que no dejan de interpelarnos: la Shoah, el fascismo, el nazismo, los genocidios que afectaron a distintos pueblos. Memoria, sí. Pero para accionar sobre el presente. Memoria, pero también deseo: deseo de un mundo con justicia para todos. Un mundo con trabajo, salud, vivienda, educación y esparcimiento para todos. Un mundo en el cual la plena vigencia de los derechos humanos no sea tan sólo una bella formulación en algún tratado.

Atravesamos un tiempo muy especial: lleno de marcas de ese pasado reciente que es objeto de nuestros esfuerzos de comprensión. Se cumplen treinta años de la *Carta de un escritor a la junta militar*, que denunciaba los horrores del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional a un año del golpe. Son también treinta años del secuestro y asesinato de su autor: Rodolfo Walsh. Y cumplen treinta años las Madres de Plaza de Mayo, contrapeso indispensable a tanta cobardía y tanta miseria uniformada, pero también civil, con toga o con sotana. En abril habremos de conmemorar 25 años del inicio de la guerra de Malvinas, que por supuesto es un tema de la memoria a la que nos consagramos y un tema en la agenda de derechos humanos. Porque con esa aventura bélica aquel gobierno ilegítimo desnudó toda su abyección. Porque en Malvinas se hambreó a los soldados, se los estaqueó, se los torturó física y psicológicamente. Pero también se cumplieron seis meses sin Jorge Julio López, desaparecido luego de testimoniar en el juicio contra Miguel Etchecolatz. Poco o nada sabemos de él, poco y nada sabemos de lo que sucedió con Luis Gerez, secuestrado tras declarar en una causa contra Luis Patti y liberado al poco tiempo, en medio de un operativo de búsqueda que puso cientos de efectivos en las calles, con una velocidad de reacción ausente en el caso de López.

Ningún análisis de la realidad puede aspirar a la neutralidad absoluta. Además, los planos de consideración pueden ser diversos: la coyuntura de corto y mediano plazo, o la posición estratégica, de fondo, que importa al rumbo histórico. Desde la Comisión Provincial por la Memoria, aspiramos a llevar adelante una gestión que trascienda lo coyuntural, lo que está limitado a la pulseada política más inmediata, para ocuparnos del plano correspondiente a las políticas de estado.

La política de derechos humanos tiene una larga construcción en el mundo y particularmente en nuestro país, donde los organismos de DD.HH. fueron surgiendo para dar respuestas a necesidades concretas y específicas, pero en general apuntando a desnudar

el accionar del terrorismo de estado, el plan sistemático de exterminio que a partir de la condena al represor Miguel Etchecolatz ha recibido el nombre que le corresponde: genocidio.

Hoy estamos en una situación muy particular. Es una realidad indiscutible —pese a las desconsideraciones provenientes de quienes todo lo miden con el patrón de la supuesta pureza ideológica— que el estado varió substancialmente su política de DD.HH. Esta variación importa un salto cualitativo fundamental, pero no deja de comprender una cantidad de matices, antes muy difíciles de percibir porque la dimensión de la apuesta que era luchar por el fin de la impunidad dejaba en sombra las diferencias.

El paso dado por el actual gobierno al anular las leyes de Punto Final y Obediencia Debida es inmenso, pero no concluye por sí mismo el camino hacia el fin de la impunidad. Ahora estamos frente al enorme desafío de concretar la posibilidad de juicio y castigo a los autores de crímenes de lesa humanidad. La tarea no se presenta fácil, aquellos que ayer tenían garantizada la impunidad por otros medios, ahora acuden al boicot, al chantaje, a la amenaza, al *apriete*, para intentar que se frustre la concreción de condenas efectivas. Por eso el gran desafío es garantizar que se efectivicen los juicios y en ese contexto preservar la integridad de los testigos.

La tarea del Poder Ejecutivo Nacional es ponerse al frente —con todos los instrumentos de la estructura estatal y comprometiendo al mismo presidente de la Nación— para que los juicios se desarrollen sin obstáculos. La normativa vigente y la estructura del poder del estado, permiten poner en línea a cualquiera que pretenda socavar este objetivo, parte inescindible de una política de estado en el área de los derechos humanos.

Cualquier actitud que atente contra el orden constitucional, debe ser neutralizada e investigada. La inteligencia estatal debe estar al servicio de la democracia, y por ende servir para saber quiénes vuelven a apostar por la impunidad, se trate de quien se trate, ya sean integrantes de las fuerzas armadas o fuerzas de seguridad, activos o en retiro, o civiles. Todo aquel que presta su colaboración para evitar que sean juzgadas las atrocidades del terrorismo de estado, se convierte en su cómplice y debe comparecer ante la justicia como imputado.

Nada de esto es posible sin la acción coordinada de los tres poderes del estado, con un protagonismo del poder judicial como agente primario y del poder ejecutivo como faro orientador de esta política. La labor del estado al respecto debe ser armónica, con una base de datos concentrada y operativa. El Poder Ejecutivo Nacional, la Corte Suprema de Justicia de la Nación, la Procuración General de la Nación en la dirección de los fiscales, el Consejo de la Magistratura en el control y seguimiento de la conducta de los jueces, deben coordinar tareas. Las evidentes negligencias cómplices de jueces y fiscales que no impulsan los juicios o que buscan atajos legales o extralegales para eludir la acción de la justicia frente a los crímenes de lesa humanidad, deben ser juzgadas. Para ello los jurados de enjuiciamiento deben activarse y separar de sus cargos a quienes incurran en la postura denunciada.

Ni el presidente agotó su función al anular de las leyes de impunidad ni la Corte Suprema agotó la suya con el pronunciamiento que declara la constitucionalidad de esa medida. Hay que afrontar una etapa sembrada de dificultades. Entre ellas, la protección de los testigos, que no admite soluciones individuales y aisladas.

La Comisión por la Memoria reclama que se articule esta política sin dilación alguna, y volcará todo su esfuerzo para reclamar a los poderes públicos su instrumentación. Si la *pulseada* por la verdad, la justicia y la memoria en relación a los crímenes de lesa humanidad no es ganada por el estado de derecho, la construcción democrática puede detenerse o revertirse y con ello caer la posibilidad de dar la otra gran *pulseada*: aquella contra la desigualdad social que ha enviado al mundo de los excluidos a millones de argentinos, que sobreviven como pueden en un mundo de ignorancia, de pobreza extrema, de enfermedad y de muerte prematura. Esa asignatura pendiente sólo podrá ser aprobada si no hay impunidad. Estos nuevos crímenes demandan justicia y es imposible que haya justicia sino es sobre la base de la condena a los genocidas de ayer.

A 25 años de la guerra de Malvinas

Verdad, justicia, soberanía

¿Por qué las memorias acerca del terrorismo de estado suelen no tocar el conflicto bélico de 1982? ¿No es posible diferenciar entre la utilización política de un símbolo intentada por un gobierno de facto, con el derecho soberano que desde 1833 es avasallado por la posesión colonial de Gran Bretaña? Reivindicar el derecho sobre las islas no es igual a reivindicar la invasión, y reivindicar a los soldados, contenerlos, atender a sus reclamos, no equivale a hacerlo con quienes los condujeron a la batalla. La guerra de Malvinas no fue algo que les pasó a ellos y a sus familiares, sino a toda la sociedad, y así como se violaban los derechos humanos en el continente, se lo hizo en el frente. ¿Cómo dan cuenta de la cuestión Malvinas la historia, la literatura, el cine, la música? Escriben y opinan Federico Lorenz, María Laura Guembe, Ernesto Alonso, Silvina Jensen, Roberto Herrscher, Julieta Vitulio, Cecilia Flachsland, Sergio Pujol, Gustavo Caso Rosendi, Martín Raninqueo





Ex concriptos durante un escrache a Mario Benjamín Menéndez, gobernador militar de las islas.



La necesidad de Malvinas

Por Federico Guillermo Lorenz

*¿oíste/ corazón?/ nos vamos
con la derrota a otra parte/
con este animal a otra parte/
los muertos a otra parte/*

Otras partes, Juan Gelman

A veinticinco años de su final, la guerra de Malvinas constituye un hueco profundo en las aproximaciones al pasado reciente por parte de los investigadores que podríamos ubicar en el progresismo (entendiendo genéricamente así a quienes se reconocen como *democráticos* y de *izquierda*), mientras que inversamente tiene una fuerte presencia en el imaginario de otros actores sociales que no están en las universidades ni en los espacios de discusión académica, y que fundamentalmente se informan acerca del pasado en otros ámbitos de circulación cultural, como la escuela, la televisión, la prensa y, obviamente, sus propias experiencias.

La guerra de Malvinas permite reflexionar desde un hecho particular acerca del papel de los intelectuales en relación con su sociedad, sobre la forma en que sus propias experiencias condicionan su trabajo y sus intervenciones, y lo que se juega en ello. Si hablamos de un hueco es porque lamentamos la escasez de producciones sobre la guerra del Atlántico Sur desde un campo cultural del que nos sentimos parte, escasez que a la vez se refuerza por visiones monocordes sobre el conflicto, que reducen las explicaciones a una lectura política de sus causas y consecuencias: una maniobra de la dictadura militar para volver a legitimarse ante la sociedad, cuya derrota facilitó el retorno de la democracia.

Resulta llamativo que si el campo de los estudios de la memoria se ha concentrado en el período de la dictadura y los años previos, abriendo multitud de áreas y objetos interpretativos, esto no haya sucedido en relación con la guerra de 1982. Se trata de un problema que no es sólo historiográfico. La es-

casez y uniformidad de lecturas al respecto se traduce en una postura que, al encasillar un acontecimiento histórico y cristalizar su significado, rehúsa la disputa en un espacio simbólico de gran vigencia para muchos miles de argentinos: la memoria de una guerra, el recuerdo de una derrota, que refieren a la vez a uno de los momentos más controversiales y dolorosos de nuestro pasado, la última dictadura. Las significaciones en torno de Malvinas son muchas, y el hecho de que estén ancladas en un reclamo de soberanía sobre un territorio usurpado por Gran Bretaña en el siglo XIX no necesariamente permite explicarlas todas. Hay una tendencia, sin embargo, a superponer discusiones más recientes con este reclamo secular, lo que no facilita las cosas a la hora de tomar posición.

Esto no significa que no se haya escrito, hablado y filmado sobre Malvinas. Se hizo y hace mucho: obras testimoniales, ensayísticas, investigaciones periodísticas; ficciones y películas documentales, alimentan la memoria colectiva con imágenes de la guerra que aparecen fortísimamente condicionadas por una coyuntura histórica precisa: el quinquenio que va entre la derrota en las islas, en junio de 1982, y el alzamiento carapintada de la Semana Santa de 1987.

Señalar una ausencia de producciones significa, como contrapartida, reconocer otras presencias: la de otros actores de cuño académico e institucional que han escrito y escriben sobre Malvinas. Son historiadores, diplomáticos, científicos políticos que más que impulsar una apropiación crítica, reivindican esa guerra recurriendo a valores patrióticos e imágenes de nación tradicionales. En los casos extremos,



defienden también a la dictadura precisamente a partir de la recuperación de las islas, por haber cumplido un *anhelo histórico*. Estos discursos perviven, sobre todo, porque buena parte de la crítica se ha concentrado en desmontarlos en general, pero sin trabajar sobre la guerra de Malvinas en particular, sin discutir sobre ella más que como una salida política de la dictadura. De este modo, los discursos más reaccionarios atraviesan indemnes cualquier cuestionamiento: cuando se critican aspectos del reclamo histórico por conducentes a la guerra, se desestiman tales críticas por tratarse de una política secular (en consecuencia, por encima de cualquier controversia); cuando se señala el carácter antidemocrático y antipopular del gobierno militar y se ubica a la guerra en ese contexto, el refugio seguro de la disputa diplomática histórica les permite colocarse a salvo de cualquier intento de *hacer política* por parte de sus críticos, aunque éstos no hayan hecho más que señalar algo tan obvio como que fue una dictadura la que produjo la guerra.

Al descartar la guerra de Malvinas como objeto de análisis, sobre todo, arrojamos al olvido y a la marginación la memoria y las experiencias de miles de compatriotas que debieron combatir, en la mayoría de los casos, sin tener opción para negarse a hacerlo, y a sus familias. Eran hijos de una escuela pública que batió el parche sobre Malvinas durante décadas, que acompañó la *ciudadanización* de los varones a través del servicio militar obligatorio y que se retroalimentó con una simbología patriótica militar que la transición a la democracia buscó arrancar de cuajo en la vocación refundacional de la década del ochenta.

Desde el punto de vista analítico, se trata de memorias específicas acerca de la violencia en la Argentina que fueron relegadas: las de los ex combatientes, las de sus familiares y, para discutir con ellas, las de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, están presentes en otros espacios masivos, como las obras de divulgación. O en las escuelas, donde circulan, en muchos casos, en oposición a la mirada crítica que establece *lo que hay que dar* sin ofrecer elementos para poder hacerlo. Malvinas, sin duda, es uno de los temas más controversiales en la cultura política argentina. A 25 años de la guerra, proponemos pensarla como una asignatura pendiente desde el punto de vista de los investigadores, preguntarnos el porqué de este silencio, y señalar algunas cuestiones por las que consideramos importante repararlo.

Relatos públicos sobre Malvinas

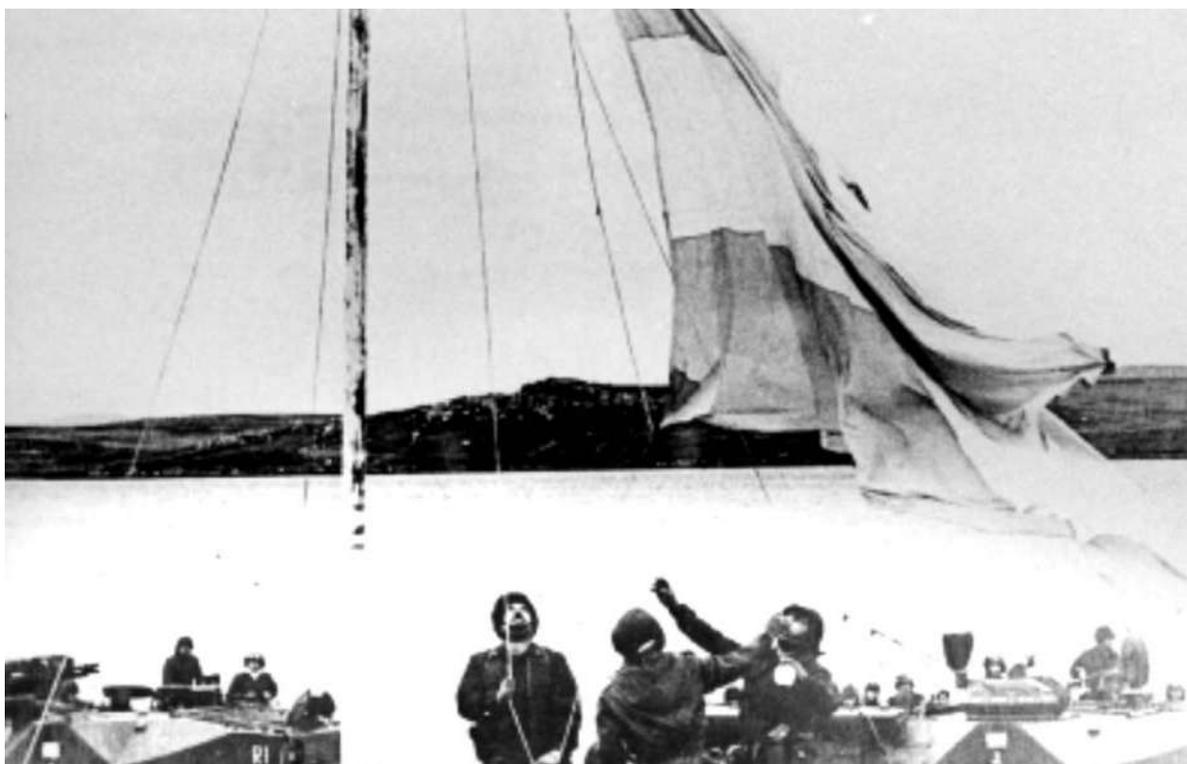
Desde el final de la guerra hay tres formas claramente identificables para referirse a Malvinas y a sus protagonistas. Consolidadas en los primeros años de la democracia, permanecen vigentes en las orientaciones de las lecturas sobre el período, a diferencia de los cambios conceptuales y temáticos sobre otros aspectos de la historia reciente.

Una de las formas de incluir la experiencia de los ex combatientes en un relato colectivo fue el de inscribirlo en el

Malvinas, sin duda, es uno de los temas más controversiales en la cultura política argentina. A 25 años de la guerra, proponemos pensarla como una asignatura pendiente desde el punto de vista de los investigadores, preguntarnos el porqué de este silencio, y señalar algunas cuestiones por las que consideramos importante repararlo.

discurso patriótico construido desde finales del siglo XIX. En ese sentido, aunque con objetivos divergentes, confluyeron las iniciativas de las Fuerzas Armadas y de los distintos gobiernos civiles y militares que se alternan desde 1982. Esta forma de leer la guerra la inscribe en la historia canónica oficial, en un registro semejante al de otros episodios bélicos de la historia nacional. Permite diluir la conflictividad política del tema: la patria es un espacio donde los conflictos internos no tienen lugar, habitado por los puros: los que murieron por ella. Los héroes de Malvinas, en este marco, son tanto los civiles bajo bandera como los militares de carrera. Si unos y otros encarnaron los dos bandos simbólicos en los que se organizó la retórica política de los ochenta, la apelación a la patria diluye ese antagonismo. Se trata de una forma de narrar la Nación que fue eficaz para la construcción de numerosas identidades nacionales durante el siglo XIX y XX, entre ellas la Argentina, que alimentó el imaginario de distintas fuerza políticas conservadoras y revolucionarias en pugna, y que en un lento proceso de recuperación superó las críticas demoleadoras hacia las Fuerzas Armadas (que concentran buena parte de la simbología de dicho discurso), para transformarse en la voz oficial del estado, como visiblemente sucedió en 2001, cuando el ministro de Defensa de la Alianza, Ricardo López Murphy, reinstauró el feriado del 2 de abril (instituido por el gobierno de facto, y anulado por Raúl Alfonsín), como una forma de contrapesar las movilizaciones por el 25^o aniversario del golpe del '76. Aunque la denominación es la del Día del veterano de guerra y de los caídos en Malvinas, el mecanismo compensatorio es evidente. Esta forma de incorporar la memoria de la guerra tiene una base cultural muy profunda: es la que circula en las escuelas desde el siglo XIX.

En segundo lugar, la derrota alumbró un discurso victimizador. Éste fue patrimonio de los medios masivos de comunicación, de los partidos políticos, y también lo sostuvieron inicialmente las primeras agrupaciones de ex combatientes. Tuvo un amplio consenso, pues coincidía en líneas generales con la imagen de los jóvenes construida durante la transición a la democracia. En la difusión de las atrocidades de la represión ilegal, los jóvenes *víctimas* de la dictadura fueron una pieza central. La idea de *víctima* fue complementada por la de *inocencia* de los crímenes que la represión les imputó: haber participado o simpatizado con la guerrilla. Éstas debían estar lo más lejos posible de una asociación con la violencia política. Este modelo de joven construido por las denuncias por violaciones a los derechos humanos fue el ar-



quetipo en el que debieron encajar, a su vez, los ex soldados retornados de las islas. Pero éstos eran hombres jóvenes que habían estado expuestos a la violencia y combatido, con las armas en la mano, con el aval de la sociedad que ahora abominaba de la violencia en todas sus formas.

La derrota abrió las puertas a la masiva denuncia y descubrimiento de los crímenes de la dictadura militar, y la guerra, intensa aunque breve, quedó desdibujada en ese cúmulo de atrocidades; concentrada en algunos casos notorios, como el de Alfredo Astiz, perpetrados por los mismos personajes que habían participado también en la guerra austral. El discurso victimizador colocó a los soldados en el lugar de las víctimas de sus propios oficiales y de la improvisación de los altos mandos, en una analogía con la visión que la sociedad argentina construyó de sí misma, como víctima de sus Fuerzas Armadas, ajena por completo al proceso que había generado tanto la violencia política como el terrorismo de estado. De las experiencias de guerra de los ex combatientes, potenció las historias acerca de abusos de poder, arbitrariedades y malos tratos, junto con los padecimientos derivados de una mala planificación, por sobre aquellas relativas al enfrentamiento bélico con los británicos.

Los jóvenes ex soldados, a través de sus primeras agrupaciones, presentaron una serie de problemáticas reivindicaciones y reclamos en el contexto de la transición, que se materializaron en un discurso radical, que abrevaba en las corrientes políticas nacionales y populares de los años previos a la dictadura, y en discursos revolucionarios de la iz-

quierda marxista y peronista. Se definieron como una generación nacida a partir de la guerra, y a ésta como un episodio de la lucha anti imperialista de América Latina. Era un doble problema: el rechazo social a la violencia no dejaba margen ni para la reivindicación bélica ni para la revolucionaria, ambas asociadas tanto al estado represor como a las organizaciones guerrilleras, los *dos demonios* funcionales a una necesidad bifronte: aquella que apuntaba tanto a satisfacer la necesidad de auto exculpación de la sociedad como la fundacional de la democracia.

Ser jóvenes portadores de discursos radicales mientras la imagen pública era la de los inocentes, fue un cortocircuito con una voluntad social de olvido que los ex soldados padecieron duramente. Al mismo tiempo, la forma en la que las primeras organizaciones de ex combatientes reivindicaron su paso por la guerra, por lo menos en esos primeros años, los alejó de las Fuerzas Armadas, a las que denunciaron tanto por sus malos tratos e ineficacia como por su “entre-guismo”. Así, un documento del Centro de Ex Combatientes de Malvinas fechado en 1986, afirma: *Nuestra generación ha derramado sangre por la recuperación de nuestras islas y eso nos otorga un derecho moral [...] Durante la guerra de Malvinas se expresó una nueva generación de argentinos que, después de la guerra, conoció las atrocidades que había cometido la dictadura. Nosotros no usamos el uniforme para reivindicar ese flagelo que sólo es posible realizar cuando no se tiene dignidad. Nosotros usamos el uniforme porque somos testimonio vivo de una generación que se lo puso para de-*

fender la patria y no para torturar, reprimir y asesinar.

La inscripción que los ex combatientes hicieron de Malvinas en una historia de luchas populares fuertemente enraizada en la ideología de la izquierda nacional tampoco fue eficaz para ganarles un lugar en el contexto de la institucionalización democrática. En consecuencia, de los tres modelos interpretativos para hablar acerca de la guerra, desde el punto de vista de su pervivencia, este último es el menos vigente. Aunque subsiste hoy en algunas agrupaciones, no resistió ni a la reconfiguración de las relaciones políticas de la década del ochenta ni a la atomización que ésta produjo entre los ex combatientes.

La crisis de Semana Santa de 1987 abrió las puertas a cambios en los discursos acerca de la guerra. Las palabras de Alfonsín en aquella ocasión acercaron a la guerra al imaginario militar, a partir de un reconocimiento a quienes volvían a abusar de las armas para plantear sus reivindicaciones. Durante el menemismo, la actitud oficial de ofrecer algunas concesiones a los ex combatientes, a través de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina como interlocutora privilegiada, tuvo un efecto práctico y simbólico importante. Los ex soldados —que comenzaban a ser calificados y a autodenominarse veteranos (palabra del que las agrupaciones habían abominado durante los ochenta, por su connotación castrense)— accedieron a espacios de poder y gestión que les permitieron satisfacer algunas de sus reivindicaciones históricas. El precio fue la fragmentación de lo que muchos de ellos consideraban un movimiento nacional.

Esto se debió, por un lado, a cuestiones relativas a la distribución de ese poder, pero también a que la Federación rompió una de las banderas históricas de los grupos originales: aquella que distinguía a los ex soldados combatientes conscriptos de los cuadros de las tres armas. Ahora, veteranos eran todos, y de ese modo el discurso patriótico nacional ganó preponderancia. La **reparación histórica**, una de las demandas de las agrupaciones de ex combatientes, en esa coyuntura, pasaba por el ingreso al Panteón nacional decimonónico. La vía simbólica tradicional y patriótica, que implicaba un reconocimiento, seguía siendo la más eficaz para incluir a los que habían pasado por la guerra. Esta tendencia se ve claramente acentuada en el presente, y tuvo un hito importante en ocasión del vigésimo aniversario de la guerra. Los hombres que habían combatido se transformaron en modelos a imitar, soldados ciudadanos o militares profesionales. La guerra comenzó a ser llamada *gesta*, y los relatos acerca de experiencias bélicas comenzaron a tener una mayor difusión.

¿Cómo fueron analizados estos procesos de configuración de memorias sobre la guerra? ¿Cómo fueron incorporados a otras lecturas sobre la dictadura militar?

(No) decir Malvinas

Desde el punto de vista de muchos intelectuales, la transición a la democracia implicó desechar antiguas certezas y apro-

piarse, defender y sostener ideológicamente otras nuevas. En este proceso de reflexión sobre el propio recorrido (en algunos de los casos) y de (re) conversión (en otros), los instrumentos y categorías para pensar la sociedad cambiaron radicalmente con respecto a los que habían orientado la tarea de pensar a la Argentina en los años previos. La democracia y su institucionalidad, junto con la defensa de los derechos humanos, se transformaron en un norte para quienes se volcaron entusiastamente, en aquellos años, a aportar desde su lugar a la reconstrucción de la Argentina. En este proceso, la noción de *ciudadano*, por ejemplo, reemplazó gradualmente a otros conceptos más específicos como *argentino*, *obrero* o *compañero* propios a la vez de lecturas clasistas o movimientistas, que anclaban en ideas absolutas y totalizadoras como la nación, el pueblo, o la revolución. Así, para autores como Denis Merklen se produjo, por parte de la democracia en construcción, un *olvido de las clases populares* y de su *politicidad*, que anclaba en ese tipo de referentes.¹ Esta politicidad, es necesario tenerlo presente, estaba y está fuertemente asociada a elementos que refieren directamente a Malvinas.

En este contexto, la lectura que primó sobre la guerra fue aquella que la reducía a un manotazo de ahogado de la dictadura frente al creciente descrédito social que enfrentaba. Esta visión ignora la experiencia de la guerra y la reemplaza por una lectura política de la misma que puede explicar las motivaciones de la junta militar, pero no sirve para comprender las causas de la adhesión social al desembarco, y no dice nada sobre lo que sucedió después con Malvinas en el imaginario político de los actores. Como sostiene Rosana Guber, se trata de una reflexión *ex post*, que no nos dice cómo llegamos socialmente a ese suceso, y que, en cambio, se transforma en testimonio —agregamos— de lo que hicimos después con él.²

Evocar la guerra y las adhesiones que recogió hubiera colocado a muchos en una posición incómoda. Muchos pensadores de izquierda (notoriamente los grupos exiliados en México) apoyaron la recuperación de las islas mientras sostuvieron su condena a la dictadura, sin revisar los puntos ciegos que esta postura presentaba, como se ocupó de señalar prácticamente en solitario León Rozitchner.³ El aval al desembarco de 1982, por otra parte, se alimentaba en una tradición política anti imperialista y que, en algunos casos, había sostenido la vía armada como forma de lucha. En el contexto de los ochenta, revisar ese proceso y sus legitimaciones ideológicas hubiera resultado complejo por parte de quienes a la vez estaban construyendo las bases conceptuales para la democracia a partir del abandono y crítica de esas formas de concebir las relaciones y luchas sociales.

Describir la guerra sólo como un fenómeno político consistente en una maniobra de relegitimación de la dictadura, permitió soslayar estas cuestiones, y reforzó el esquema la *teoría de los dos demonios*. Esta mirada incluyó a Malvinas en el mismo plano de lectura: una sociedad víctima tanto del

miedo como de la manipulación (en una mirada comprensiva), o cómplice de la dictadura (en una postura condenatoria), a merced de las decisiones de la Junta. Este análisis se complementó con el discurso victimizador sobre los ex combatientes, porque reforzaba la posibilidad de elusión de responsabilidades sociales, y continúa siendo eficaz.

Esta lectura política está presente en la mayoría de los enfoques sobre la época. En *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Hugo Vezzetti busca describir y analizar modos y formas de recuperación de las relaciones de la sociedad con la dictadura a partir del ocaso del régimen militar.⁴ Sin embargo, si el trabajo se orienta a

¿Es posible descartar sencillamente la hipótesis de que la experiencia de la guerra de Malvinas no fue condicionante en los modos de relacionarse con la dictadura más que como disparadora de su final?

explorar la incidencia de la noción y la experiencia de la guerra en la sociedad argentina, Malvinas, el único conflicto bélico convencional librado por este país en el siglo XX cumple la mera función de abrir al debate la otra guerra, la que es definitoria para las formas de pensar el pasado reciente: *Para el tema que nos ocupa, la inversión del humor colectivo que rechazó la guerra y se indignó con la torpe irresponsabilidad de sus ejecutores, arrastró también un decisivo cambio en la significación de la otra guerra, contra la subversión, que perdió todo consenso con la sociedad. Los señores de la guerra empezaban a ser empujados al banquillo de los acusados y el reclamo por las víctimas comenzaba por el de los soldados conscriptos arrastrados a la muerte en el sur.*⁵

¿Es posible descartar sencillamente la hipótesis de que la experiencia de la guerra de Malvinas no fue condicionante en los modos de relacionarse con la dictadura más que como disparadora de su final? ¿La experiencia de qué aspecto de la guerra, en qué espacio territorial, sobre qué actores? Preguntas vacantes, que esperan respuesta bajo la forma de investigaciones. La experiencia del terrorismo de estado puede haber sido la más significativa en algunas regiones del país y para algunos actores sociales; en otras regiones, o para otros actores, no. Lo mismo, por motivos inversos, sucede con la guerra de Malvinas. La represión a los militantes estudiantiles, la ESMA, son centrales a una forma de memoria, tanto como los oscurecimientos y las alertas rojas lo son a otras.

Podemos pensar que el impacto traumático de la dictadura ha generado una dificultad para pensar algunos procesos por fuera de la matriz del terror, pero esta restricción se debe, también, al marco ideológico constituido por los proyectos políticos intelectuales que buscaron redefinir las relaciones sociales en la Argentina a partir de los años ochenta. Si bien es cierto que la guerra se produjo durante la dictadura y fue ésta la que la desencadenó, este hecho insoslayable en el análisis no debe borrar la especificidad del conflicto, sobre to-

do porque en la conformación de las diversas experiencias y narrativas acerca de la guerra confluyeron múltiples elementos. La tarea, entonces, es poder desprendernos analíticamente de ese confinamiento conceptual y experiencial.

En un artículo publicado en esta revista dos décadas después de la guerra, el historiador Luis Alberto Romero analiza las memorias de Malvinas desde una perspectiva similar a la de Vezzetti, pero ubicándolas en el linaje cultural del nacionalismo argentino. Para el autor, en sus características es posible encontrar las causas de la adhesión a la guerra. El texto funciona como una advertencia acerca de la latencia del *enano nacionalista* en la sociedad argentina, y establece una división tajante entre quienes eran convencidos pacifistas y democráticos, y quienes por lo menos no se cuestionaban la idea de determinadas formas de violencia instrumental: *¿Cuántos eran los que repudiaban la guerra y la violencia por principio? Creo que pocos. ¿Cuántos habrían justificado, en nombre de la victoria, los crímenes anteriores? Creo que muchos.*⁶

La distinción entre *pocos* y *muchos* es relevante analíticamente (desde el punto de vista de la pregunta que permite formular) pero es también una reducción que refleja el clima de ideas de los ochenta aún vigente en muchos investigadores. Asocia un hipotético júbilo por una victoria en Malvinas con una justificación de las violaciones a los derechos humanos. Funciona como la contracara de la maniobra argumental de los defensores de las Fuerzas Armadas, que se valen del ariete de Malvinas para enrostrarle a la sociedad civil su responsabilidad colectiva. Aquí, el resultado es que por extensión cualquier intento de aproximación crítico a la guerra de 1982 es leído como una reivindicación de la dictadura, y, por añadidura, de lo peor del nacionalismo.

Para Romero, *quienes habían voceado que los argentinos eran derechos y humanos se embanderaron tras la defensa de los derechos humanos, y el nacionalismo soberbio y paranoico se transmutó en religión cívica, liberal y tolerante.*⁷ Lo cierto es que esta *transmutación religiosa* instauró un nuevo culto, desde el que se miró y se miran como herejías o apostasías intentos de revisión o ampliación de los paradigmas u objetos anteriores, porque son asociados automáticamente a reivindicaciones de un modo de hacer y pensar la política que se quiso dejar atrás. El resultado, muchas veces, fue el reemplazo de la violencia y el discurso patriótico por una reivindicación de la república y la democracia asociada a una condena de la violencia tan hiperbólica como éstos.

La reducción de la guerra de Malvinas a una aventura de la dictadura es un ejemplo de esta tendencia: obtura la reflexión acerca de las matrices culturales y políticas del apoyo a la guerra, así como de las actitudes sociales de desentendimiento de la responsabilidad sobre ella que se dieron después, actitud que a la vez reprodujeron muchos intelectuales. Deja vacante un campo importante de discusión: aquel que constituye la reflexión sobre la guerra en sí, sobre las

experiencias en torno a ellas, sobre los sistemas de creencias y valores en los que ésta se apoya y es reinterpretada. Ante el temor de un resurgimiento golpista, o una apología de la dictadura, la respuesta fue la condena automática hacia determinados objetos y preguntas de investigación.

Hace cinco años, para Romero existía un dilema que como sociedad debíamos resolver: *En 1982 reprochamos a los militares por embarcarse en una guerra. Ello significará que estamos preparados para encarar ésta y otras cuestiones territoriales como problemas entre partes: cada uno alega derechos que deben ser escuchados, discutidos racionalmente, negociados y sometidos a una instancia neutral. Significará también que somos capaces de extender a esa cuestión los criterios democráticos con los que constituimos nuestra comunidad política: a casi doscientos años de su instalación, les corresponde a los habitantes de las islas decidir qué quieren hacer. Una solución de este tipo, que articula una respuesta al sentido de nuestros actos pasados, una declaración de principios en el presente y un proyecto para el futuro, significará la afirmación de la democracia. Podemos, en cambio, reprocharle a nuestros militares que no hayan ganado la guerra, o que la hayan emprendido sin haberse preparado adecuadamente. En ese caso, estaremos prontos a escuchar a quien nos prometa emprender nuevamente la guerra y ganarla, y también a quien nos proponga resolver, con criterios similares, la encrucijada en que hoy vivimos. No es, me parece, una opción trivial ni inocente.*⁸

Así formulada, no se puede menos que acordar con una demanda de reflexión y de construcción política como ésta. Sin embargo, no es algo que los investigadores, o su mayoría, hagamos. Acercarse a la guerra de Malvinas y a sus protagonistas se traduce, en la mayoría de los casos, en minimizar aproximaciones a la guerra o temas asociados a esta perspectiva desde otro lugar que no sea la condena a *priori*. Sucede con otros huecos investigativos acerca de la historia reciente (como la violencia insurgente), traducidos en silencios que constituyen peligrosas minas argumentales, pues dejan a los reivindicadores de la dictadura en el papel auto-

asignado de vencedores morales, al ser poseedores de una *verdad no revelada*. Y de este modo, se les abre la posibilidad de mantener el control sobre identidades y símbolos que tienen mucha resonancia en amplios sectores sociales. No es, coincidimos con Romero, un problema trivial. Pero no se resuelve, agregamos, mediante reducciones ni omisiones.

Marcas y propuestas

¿Por qué nos cuesta tanto escribir sobre una guerra y sus características, sobre los muertos en ella, sobre su memoria? Podría ser por el trauma que un hecho como una guerra significa, por permanecer aún inmersos en el estupor que sus formas produjeron, y hasta por el desinterés desde el punto de vista de objeto empírico. Sin embargo, consideramos que las respuestas a esta dificultad, que se traducen en la ausencia de producción científica sobre el tema, deben ser buscadas en el proceso histórico de la década del ochenta, a los patrones que se establecieron para pensar los procesos políticos y sociales y a algunas características del hecho a estudiar.

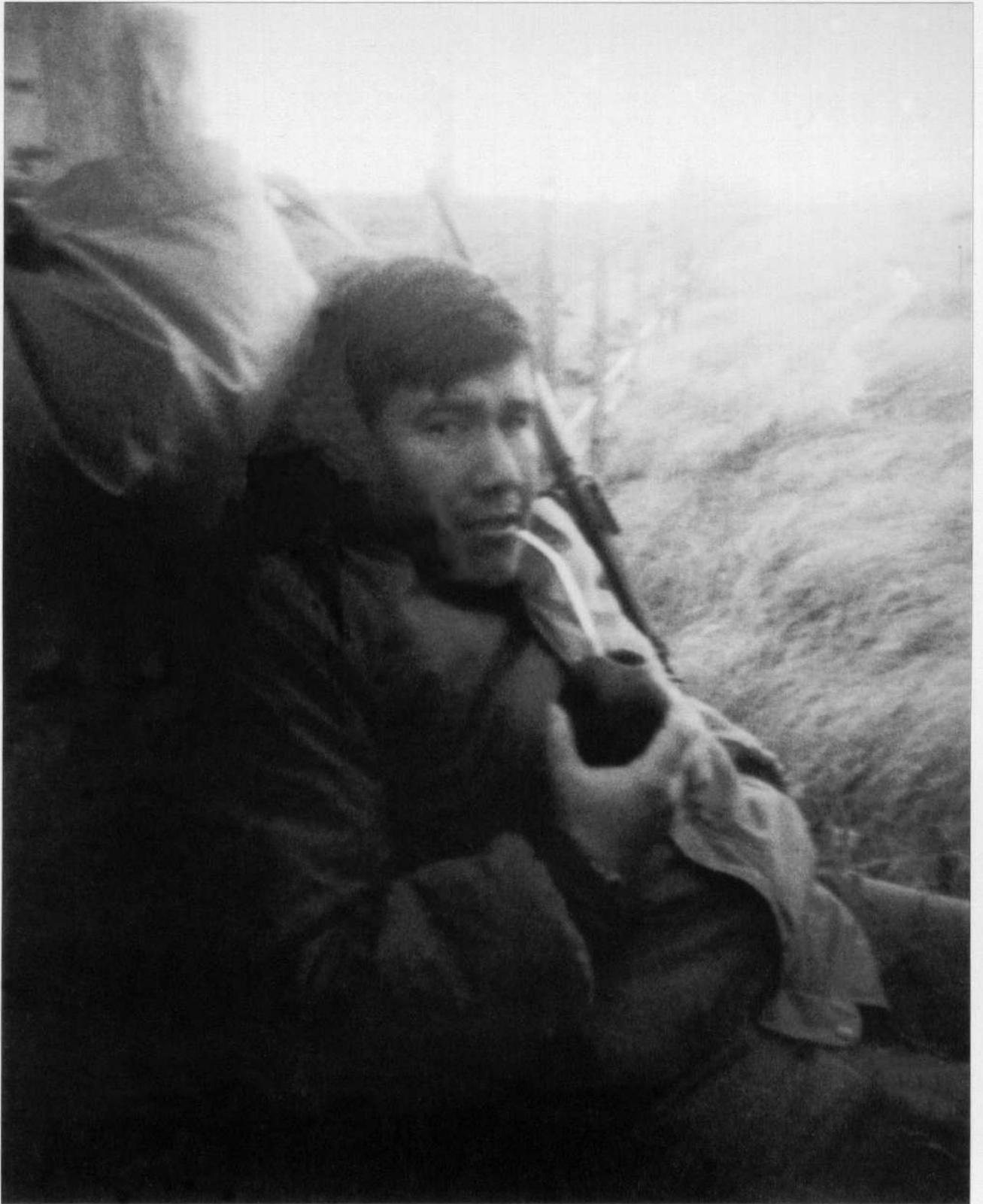
En primer lugar, y al igual que en otros casos, como el español, la salida de la dictadura provocó un cuestionamiento y rechazo de símbolos y nociones que no eran patrimonio exclusivo de los militares, pero que habían sido usados hasta el abuso por parte de éstos (hasta el extremo de perpetrar atrocidades en su nombre). Ideas como el anti imperialismo, la nación, o la patria, fueron (y son) vistas como puntas de lanza de un rebrote autoritario. En el afán de dejar un pasado violento atrás, fueron descartados a través de la demolición analítica y conceptual, descuidándose algunas de sus características centrales: su vigencia en toda la extensión de la república, las diferentes fuerzas con la que la guerra estuvo presente en las distintas regiones del país: por ejemplo en la Patagonia, o en provincias como Corrientes y Chaco. Basta compartir una jornada de trabajo con colegas y alumnos de cualquiera de estos lugares, para encontrarse con todo un sistema de valores y representaciones que erizaría los pelos cívicos de los refundadores del ochenta, sin que esto signifique que sean nostálgicos de la dictadura.

La banalización de símbolos y modelos como la bandera, la nación o la patria por parte de los militares golpistas y buena parte de la ciudadanía hizo que estos fuesen condenados *per se*, como caballos de Troya del autoritarismo dictatorial, perdiéndose de vista la posibilidad que ofrecen para dar una verdadera batalla simbólica sobre los años de la dictadura. Del mismo modo, esta actitud condenatoria hizo que se viera y se vea en la guerra de Malvinas la quinta columna de una reinstalación de lo peor del ideario nacionalista traído por los apólogos del terrorismo de estado. No facilita las cosas, por supuesto, el hecho de que muchos cuadros de las Fuerzas Armadas, amén de combatir en Malvinas, acreditan su participación en lo que llaman *otra guerra*: la represión ilegal.

Pero librar una batalla simbólica semejante significaría apelar a una cantidad de bibliografía que muchos miran con re-

Miradas sobre Malvinas, miradas sobre Argentina

Las fotografías tomadas en las islas Malvinas que acompañan los artículos de esta edición de *Puentes*, forman parte del libro *Cruces. Idas y vueltas de Malvinas*, de María Laura Guembe y Federico Lorenz, Buenos Aires, Edhasa, 2007 (ver adelanto en página 18). Una parte de ellas estará exhibida a partir de marzo en el Museo de Arte y Memoria de La Plata, calle 9 número 984, junto a fotografías de Víctor Bazterra y Paula Ogando Luttringer, y collages de León Ferrari.



celo, so pena no sólo de ser acusados de positivistas sino de pro golpistas: la historia militar, cargada de siglas y relatos regimentales, o las memorias de guerra de los conscriptos y oficiales. Y sucede que precisamente bajo esta forma es

¿Es posible recordar una guerra de un modo que no regale símbolos populares que continúan vigentes, que son queridos por miles de compatriotas? No es necesario asociar la idea de efeméride a la de celebración.

que las narrativas acerca de Malvinas circulan en distintos lugares del país y, sobre todo, en las escuelas. Trabajar esta cantera documental no implicaría solamente abrir un campo interpretativo, sino un buen ejercicio de extrañamiento. Y esto, en términos de procesos de transmisión, es clave: pues evitaríamos de este modo el peligro de construir una historia igual, precisamente, a aquella que queremos dejar atrás, signada entre otras cosas por el maniqueísmo y la intolerancia.

Un buen ejemplo de esta cerrazón es lo que sucede con los testimonios. La aproximación crítica al relato testimonial no impide que nos acerquemos a esta forma de memorias de la violencia política en los años setenta. Pero no sucede lo mismo, en la abrumadora mayoría de los casos, con los relatos en primera persona sobre Malvinas. Aquí el tabú es el tema, y no la forma. Y es que los investigadores parten desde su propia experiencia al trabajar, y ésta incluye tanto la empatía como el rechazo. Semejante bloqueo debe ser asumido por lo menos como una limitación.

En términos de construcción de una memoria democrática, se soslaya el hecho de la gran vigencia con la que Malvinas circula en las escuelas y en muchos lugares del país afectados por la guerra de modo mucho más directo que (como dirían en Patagonia) en los grandes centros urbanos del norte. Este soslayamiento se produce por la forma que toma muchas veces la presencia de Malvinas: la del discurso patriótico, que sigue siendo eficaz porque ofrece un sentido para procesar el pasado, y que encarna en las efemérides y el lugar tradicional de la escuela. Pero en términos de memorias de la dictadura militar, la guerra de Malvinas es mucho más significativa a escala nacional, y especialmente en algunas provincias, que la experiencia represiva. Se trata, tomando el conflicto de 1982 y las relaciones con él, de otra posibilidad de pensar la dictadura a escala nacional, mucho más que otros fenómenos de la época como el terrorismo de estado. Pues si una de las características distintivas de éste fue su clandestinidad, no puede decirse lo mismo de la guerra por las islas.

In (justicias)

Plantear estas cuestiones no significa reivindicar a la dictadura militar a partir de levantar la guerra de Malvinas como una bandera que redimiría todos sus demás pecados, o

sostener una noción territorialista de nación que entre otras cosas condujo a la muerte de centenares de argentinos. Surge de la convicción de que probablemente aspectos positivos de muchas tradiciones se han perdido o los hemos pisoteado, y lo que queda debe ser revisado y reapropiado, pero que, sobre todo, sencillamente no puede ser ignorado. La condena automática a símbolos que desde su memoria muchos asocian a lo peor de nuestra historia sólo ayuda a alimentar el mito de relegación y silenciamiento con el que los sectores más autoritarios construyen su propia historia.

¿Es posible recordar una guerra de un modo que no regale símbolos populares que continúan vigentes, que son queridos por miles de compatriotas? No es necesario asociar la idea de efeméride a la de celebración. Pensemos en otras guerras: en Inglaterra, el 11 de noviembre, aniversario del final de la Gran Guerra (1914-1918), no es el día de la victoria, sino el día del recuerdo por los muertos: en la década del veinte, primó el impacto por la matanza antes que la alegría por el triunfo. Numerosas investigaciones acreditan las formas en las que una instancia colectiva de duelo posibilitó procesos individuales semejantes. Sucedió lo mismo con Francia; y en Alemania, ubicada en el bando derrotado.⁹

En el caso argentino, una de las formas posibles para recordar una derrota sería la de devolver su historicidad a los individuos que protagonizaron en forma mayoritaria la guerra de 1982: la masa de soldados conscriptos, un grupo particular de jóvenes atravesado por una experiencia límite, al igual que otras generaciones, que de distintos y dramáticos modos en diferentes momentos protagonizaron nuestra historia.

Recordar Malvinas excede a la guerra. En 1984, los organismos de inteligencia -como muestra el archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires (D.I.P.B.A.) bajo guarda de la Comisión Provincial por la Memoria-, caratulaban a las agrupaciones de ex combatientes como subversivas y las seguían minuciosamente. Los jóvenes habían pasado de garantía del futuro a amenaza para la integridad nacional una vez más. Aquí hay una potencialidad a la hora de investigar sobre la guerra, sus protagonistas y sus agrupaciones de posguerra: analizar los modos en los que socialmente nos relacionamos con los jóvenes. El valor asignado a sus vidas.

Entre los extremos de la exaltación militarista y la victimización que banaliza las motivaciones de los actores, hay una cantidad de situaciones intermedias que permitirían explorar respuestas posibles a la pregunta acerca de incorporar como fecha emblemática un episodio conflictivo y traumático. Pero desde el punto de vista de la investigación, frente a la ambigüedad que en este sentido presenta Malvinas, se optó por reducir un hito de la memoria colectiva a sus consecuencias políticas. A sus protagonistas, los ex combatientes, no nos animamos a terminar de arrojarlos a la categoría de víctimas, mucho menos a entronizarlos como héroes. Es que tanto uno como otro extremo refieren a diferentes tipos

de sociedad, leídas y organizadas políticamente a través de proyectos y sistemas institucionales. Se trata de otro síntoma de un proceso cultural más amplio: aquel constituido por el repliegue de la política del escenario público.

En el caso de la historia de la militancia política y la represión, este cepto conceptual fue abierto. Los estudios más recientes buscan matizar miradas que tornaron a los jóvenes en títeres de sus conducciones y víctimas inermes de sus verdugos y torturadores. Pero el proceso de revisión de las experiencias militantes de los años setenta aún no encuentra paralelo en el caso de los jóvenes soldados de Malvinas.

Si los jóvenes militantes pasaron de ser víctimas libres de todo pecado a actores políticos e históricos, portadores de una subjetividad y un modo de entender el mundo (es decir, sujetos de su historia), en el caso de los ex combatientes de Malvinas estamos muy lejos de eso.

Al hacer esta comparación entre los jóvenes militantes y los jóvenes soldados, no se trata de desconocer diferencias, sino de señalar una omisión. Como cualquier hecho social, la guerra de 1982 generó episodios tan altos y tan bajos en la escala de valores como en cualquier otra circunstancia. En esas historias que pocos leen o escuchan hay ejemplos de vilezas y villanías, mezquindades y egoísmos, tanto como de sacrificio, valor, entrega, solidaridad, lealtad. No intervenir críticamente a partir de éstos significa regalar símbolos a quienes presentan a la guerra despojada de toda politicidad. La instalación de la memoria de la guerra en ese plano es contraria a una discusión. Ciertos comportamientos individuales de los oficiales, por caso, no deben nunca hacer que perdamos de vista que las Fuerzas Armadas que fueron a Malvinas se entrenaban hacía décadas para reprimir a su propio pueblo. Pero a la inversa, no podemos automáticamente imaginar, en las cabezas y conductas de los ex soldados conscriptos, esta escala de valores, o leer la reivindicación que algunos de ellos hacen de sus experiencias como un esfuerzo por rescatar a las Fuerzas Armadas del fango en el que ellas mismas se enterraron.

Surge, por último, un espacio que debería ser preferencial a la hora de pensar Malvinas y, más ampliamente, la historia reciente: el sistema de educación pública. La nueva Ley de Educación Nacional (N° 26.206) establece, en su artículo 92, puntos b) y c), que formarán parte de los contenidos curriculares comunes a todas las jurisdicciones:

b) La causa de la recuperación de nuestras Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sándwich del Sur, de acuerdo con lo descrito en la Disposición Transitoria Primera de la Constitución Nacional.

c) El ejercicio y construcción de la memoria colectiva sobre los procesos históricos y políticos que quebrantaron el orden constitucional y terminaron instaurando el terrorismo de estado, con el objeto de generar en los/as alumnos/as reflexiones y sentimientos democráticos y de defensa del estado de Derecho y la plena vigencia de los Derechos Humanos.

La Ley, concebida por sus impulsores como base legal para una refundación de la educación pública abre la posibilidad de pensar juntos dos episodios que, debido al proceso que describimos, suelen ser separados: la guerra de Malvinas y la dictadura. Abre una vía concreta de intervención conceptual sobre un tema controversial. Porque en la escuela, aunque de distintos modos y con dispar profundidad, “Malvinas” y “las cosas de los derechos humanos” o “de la época de los militares”, ya están presentes, como cualquier docente lo sabe. Aportar elementos para sistematizar y profundizar la discusión es claramente una responsabilidad.

Sin embargo, el distanciamiento entre la escuela como espacio de circulación y la producción intelectual es grande, a juzgar por las expresiones de algunos de sus referentes. Beatriz Sarlo, en una de sus columnas del diario La Nación, planteó: La crisis de una historia nacional presentada por la escuela y que convezna en primer lugar a quienes deben enseñarla está acompañada por la dificultad que experimentan los maestros para entenderla, a causa de una débil formación intelectual que no los habilita del todo para trabajar con la historia producida en las universidades y extraer de ella las narraciones para la enseñanza (Historia académica vs. historia de divulgación, 22/1/2006).

Si es probable que el diagnóstico sea correcto, lo cierto es que esta concepción traslada la carga de semejante empresa sobre las espaldas de quienes sostienen el proceso de transmisión social en su escalón más bajo: los docentes. Pero en el caso de la guerra de 1982, a esta situación hay que sumar el abandono de tareas por parte de los intelectuales.

En todo caso, con un objeto controvertido y disputado como el de Malvinas, su silencio funcionará siempre, desde el punto de vista político, como consentimiento. Y desde el punto de vista de la construcción del conocimiento, como una limitación. Reparar ambas situaciones es un interesante y vital desafío intelectual, además de un elemental acto de justicia.

1. Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003), Denis Merklen, Buenos Aires, Gorla, 2005, p. 23.

2. ¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda, Rosana Guber, Buenos Aires, FCE, 2001.

3. Editado en 1985 por el Centro Editor de América Latina, su libro Malvinas. De la guerra sucia a la guerra limpia pasó prácticamente desapercibido para la crítica. Fue reeditado en 2006.

4. Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina, Hugo Vezzetti, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores Argentina, 2002, p. 12.

5. Idem, p. 95.

6. Una pregunta insoslayable, Luis Alberto Romero, Puentes, julio 2002, p. 9.

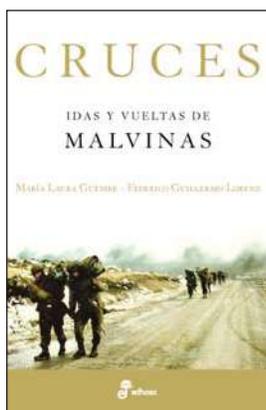
7. Idem.

8. Idem.

9. Por ejemplo, Jay Winter, Sites of memory, sites of mourning, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. Kiristin Anne Hasas, Carried to the Wall. American Memory and the Vietnam Veterans Memorial, Berkeley, University of California Press, 1998.

Cruces. Idas y vueltas de Malvinas

Por María Laura Gueembe
Federico Lorenz



¿Qué fue lo último que vieron los que murieron? ¿Qué vieron los soldados al regresar? ¿Qué vieron los civiles que fueron a esperarlos? ¿Qué esperaban ver? ¿Qué ven hoy?

¿Qué significa *no veré más el rostro amado*? ¿Qué devuelve una foto frente a esta pregunta?

¿Qué vieron los británicos? ¿Qué vemos nosotros en esas fotografías?

Durante la guerra de Malvinas vimos muchas fotos. ¿Por qué entonces un nuevo libro de fotos sobre ella? Porque no vimos lo que sus ojos vieron, acaso la última imagen atesorada por las retinas antes de la muerte. Vimos, sobre todo, fotografías de propaganda en un contexto de severa censura.

No conocimos las fotos que ellos, los soldados, quisieron traer. No muchos tenían cámaras fotográficas, en algunas ocasiones ni siquiera se las permitían; pero quienes pudieron registraron de algún modo su paso por la guerra. Les pidieron a los fotógrafos regimentales que les sacaran fotos para enviarlas a casa. Un compañero afortunado los retrató en los pozos de zorro, en las posiciones, en los cerros desolados donde muchos dejaron la vida y todos sus ilusiones, para construir otras nuevas en el mejor de los casos.

De la guerra cotidiana sabemos muy poco. Muchas fotos se perdieron para siempre: quemadas o simplemente ausentes hasta que alguien las encuentre entre los despojos de la batalla. Sin embargo, los que las tomaron recuerdan cada detalle de la imagen, en la punta de un cerro, y vuelven a contarla. Algunas, que aparecen en el libro por primera vez, fueron capturadas por los británicos. Fue una doble derrota: la pérdida de las islas, y la posibilidad de anclarlas en un recuerdo material.

Pero muchas fotos volvieron y sin embargo no circularon. ¿Por qué? Responder a esta ausencia es comenzar a respondernos acerca de las formas en las que lidiamos con el pasado reciente, el lugar que le damos al recuerdo entendido como un gesto de doloroso respeto, pero también como una forma de asunción de responsabilidades.

La dificultad de Malvinas está en su latencia: un reclamo permanente, pero desde 1982 dolores e injusticias que también lo son. La memoria de guerra en muchos de los ex soldados habla de que nada ha terminado, para muchos la guerra cambió de forma pero continúa en sus mentes.

¿Qué de todo eso hay en las fotografías? Ellas nos traen historias. Una foto nos muestra a un grupo de soldados posando para la cámara en su puesto de batalla y la imagen nos devuelve más: tiempos, gestos, ilusiones, ficciones, verdades inocultables. Buscamos en ellas miradas que trasciendan el relato primario de la foto. Queremos dar voz a esas miradas para que nos cuenten lo que vieron. Lo que sólo ellas pudieron ver. Cada pose revela un deseo: el deseo de nombrarse y ser nombrado de un modo. El soldado inexperto que posa sonriente con su arma en la espera eterna de abril, sueña con mandar a casa esa imagen que copia poses heroicas vistas en libros de texto, en historietas, en películas de *Sábados de Súper Acción*. Sueña que su madre verá en su sonrisa una paz imposible. Sueña él mismo con una guerra menos cruenta que la que se avecina. Sin muerte.

La mayoría de los soldados que fueron a Malvinas eran muy jóvenes. Las fotos los muestran en situaciones que asociaríamos a la adolescencia y no a la guerra, pero no fue así. La batalla transformó en verosímil y normal lo impensable. La pose de regreso a casa, con la nueva novia, en el cuarto de siempre, muestra el deseo de que la guerra no hubiera ocurrido nunca y lo irrevocable del hecho de que sí ocurrió. Gestos de no poder, regresos en busca de un nuevo paisaje que tape la turba del recuerdo.

Reunimos imágenes para narrar historias hiladas entre sí.

Como en un tejido, dispusimos las fotografías intentando que cada una no sea una ventana sólo a sí misma, sino que nos transporte a un paisaje tan extenso y complejo como actual y propio. Buscamos alcanzar esa imagen de Malvinas que no puede verse a simple vista pero late en nuestro tiempo y en nuestra historia.

El libro está dividido en cuatro partes; la primera y la última se llaman igual: *Esperas*. Lejos de nuestra idea proponer la noción de circularidad de la historia. Sí, en cambio, reforzar mediante esta repetición la idea de lo no resuelto, que es también la idea de lo vigente, de lo importante, de lo significativo. Significatividad que va más allá de los cuerpos y las retinas donde la guerra dejó sus marcas.

Esperas I

Distintas Argentinas vieron en las islas una pérdida, una usurpación y una posibilidad de regeneración. El territorio irredento, en manos inglesas desde 1833, pasó a ser una bandera urdida sobre todo en las escuelas, tomada por diferentes y antagónicos movimientos políticos. Su recuperación no sólo daría satisfacción a un reclamo territorial: significaría también haber alcanzado un destino como pueblo.

De distintas formas, muchos argentinos se prepararon para ese momento, lo esperaron, lo buscaron.

En 1982, volvieron efímeramente al patrimonio nacional, y para muchos ese encuentro entre los anhelos de redención y el territorio usurpado se produjo. Sin embargo, la batalla para defender ese sentimiento estaba cerca.

El servicio militar obligatorio preparaba a los argentinos para la guerra desde principios del siglo XX. Pero el país estaba en guerra desde mucho antes del desembarco del 2 de abril, sólo que contra sí mismo.

“Malvinas”, desde 1982, significa, sobre todo, “la guerra”. Entre abril y junio de 1982, en las trincheras, en los cerros, en los buques y aviones, en las bases y puertos patagónicos, miles de combatientes esperaron el ataque inglés. Mientras tanto, escribieron cartas a sus familias y se fotografiaron para que sus seres queridos supieran las condiciones en las que vivían, o para evocar su paso por las islas. En muchos casos, son fotos distintas a las que conocimos a través de la prensa.

Marcas

La guerra de Malvinas fue un movimiento destinado a fijar una marca territorial de soberanía. En su lugar, dejó un reguero de marcas que hoy podemos encontrar desperdigadas por todo el territorio nacional. Pensar la guerra hoy consiste, en cierto modo, en rastrear marcas y volver a leerlas. Algunas podemos mostrarlas con fotografías. Otras no podremos verlas nunca, pero sabemos de su existencia. Resaltar las marcas es una tarea que nos ocupa, pero también nos trasciende. Ellas nos hablan de lo que la guerra fue y de lo que es hoy, de lo que sigue ahí, irresuelto. Como un testigo que no sabe fingir, la marca es el testimonio irremed-

diable del pasado en el presente.

La ausencia es una marca. Una insignia es una marca. También lo son un deseo y una forma de vivir el presente. Encontramos marcas de la guerra en los terrenos de Malvinas, en las plazas de nuestras ciudades, en las escuelas, en la forma en que miramos al pasado. Hay marcas en las ropas de los ex soldados, en sus casas. Debajo de la pintura de las paredes urbanas, en los usos de la bandera, en los aviones que estuvieron en combate, en los mapas que seguiremos dibujando.

Cruces

Pensamos en los cruces y las cruces.

Caminos que se encuentran, coincidencias atemporales, encuentros del espacio en el tiempo, búsquedas impasibles, lecturas oblicuas de fenómenos paralelos.

Muertos que cargaron unas cruces y hoy soportan el peso de otras.

Los cruces producen sentido, proponen, hacen estallar las coordenadas de espacio y tiempo permitiéndonos ver otra dimensión del habitar el mundo, nuevas formas de algo que no termina, centelleos de un paso irregular que quiere volver cada vez a un tiempo anterior. Pero sobre todo, encuentros del espacio en el tiempo.

Cruces y cruces se entretejen en esta historia.

Esperas II

Miles de soldados, luego de la rendición, habrán imaginado qué país los recibiría al volver. ¿Qué esperaban? ¿Un desfile de recibimiento? ¿Simplemente poder bañarse? ¿Un abrazo? ¿Poder dormir? Sus compatriotas, en el continente, también los esperaban, esperaban saber en qué habían participado, qué habían apoyado, qué pasaría ahora que los militares se iban.

En las islas hay cruces y muertos que también parecen esperar: una visita, una reivindicación, o simplemente un nombre. Esa espera se parece a la de los sobrevivientes: esperan saber qué lugar tendrán en la historia.

María Laura Guembe es licenciada en Ciencias de la Comunicación (U.B.A.). Ha publicado diversos trabajos sobre fotografía e historia reciente. Coordina el archivo fotográfico sobre terrorismo de estado de la asociación Memoria Abierta. Trabajó en muestras fotográficas relativas a la historia argentina.

Federico Lorenz es historiador. Ha publicado *Las guerras por Malvinas* (Edhasa, 2006), *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta* (Norma, 2007) y diversos trabajos sobre la historia argentina reciente. Es coordinador general de la Escuela de Capacitación Docente del gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

¿Juicios por la Verdad para Malvinas?

Por Juan Bautista Duizeide

Así como las memorias sobre el conflicto bélico de 1982 no suelen tener un lugar fuerte dentro de las memorias de lo que fue el terrorismo de estado, tampoco los padecimientos de los conscriptos durante él suelen ser incluidos en la agenda de los DD.HH. ¿Acaso Malvinas forma parte de otra secuencia histórica que no sea el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional?

La guerra intentó ser usada como un mecanismo de legitimación, de perpetuación en el poder y, en última instancia, como una retirada táctica aceptable. La dictadura pretendió apropiarse de un símbolo y salvarse. Pero quien no respetaba la soberanía popular, no podía defender la soberanía territorial. Se trataba de FF.AA. adoctrinadas por el ejército norteamericano, cuyo principal aliado por entonces en la O.T.A.N. era el Reino Unido, y Galtieri, a quien algunas versiones quieren ver sólo como un pelele borracho, era un general muy considerado por los EE.UU.: estuvo en la Escuela de las Américas y colaboró con la contrainsurgencia en Centroamérica.

En democracia, Malvinas fue una excusa para no castigar a los militares de rango medio que habían violado los DD.HH. Pero no se trataba de “héroes de Malvinas equivocados”, como los calificó Raúl Alfonsín. Un héroe de la nación no puede ser un torturador. Y reivindicar el papel de los conscriptos, contenerlos, atender a su problemática y sostener el reclamo por la soberanía de ninguna manera puede confundirse con un apoyo a lo actuado por los militares. Por el contrario, abordar a Malvinas desde la democracia, y desde el conjunto de los países de América Latina -así como comienzan a abordarse temas económicos y energéticos- es quitarle a los sediciosos la última bandera que les queda para hacer política, y devolverlos a sus tareas específicas, imponiéndoles hipótesis de conflicto en consonancia con otro proyecto de país.

Hubo intentos de autoamnistía de las FF.AA. referidas tanto a las violaciones de los DD.HH. durante la represión ilegal como a la guerra de Malvinas. Pero mientras en el primero de los casos se intentó revertir la situación ya desde albores de

la democracia, resta casi todo por hacer en el segundo. El informe elaborado por el general Benjamín Rattenbach en 1983 para la Comisión de Análisis y Evaluación Político Militar de las Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur, calificó la guerra como una aventura irresponsable. Con base en ese informe, el Consejo Supremo de las FF.AA. condenó a Leopoldo Fortunato Galtieri a 12 años de reclusión con accesoria de destitución, a Jorge Isaac Anaya a 14 años de reclusión con accesoria de destitución, y a Basilio Lami Dozo a 8 años de reclusión. En la revisión en segunda instancia civil y federal, en 1988, un tribunal ratificó las condenas por los delitos cometidos unificándolas en 12 años sólo para los tres máximos jefes militares.

Pero además de la derrota, en Malvinas se torturó física y psicológicamente a los conscriptos argentinos y los responsables no se limitan a quienes ejercieron el comando estratégico. “A Malvinas fue el mismo ejército que estaba reprimiendo al pueblo argentino”, señala Ernesto Alonso, del Centro de Ex Combatientes de La Plata. “Por ejemplo, el Regimiento 7 de La Plata, donde yo estuve, era un regimiento urbano. Muchos de los militares que estaban allí, se jactaban de sus hazañas antisubversivas, o de haber participado del Operativo Independencia en Tucumán. Esas fuerzas armadas no estaban preparadas para defender la soberanía”.

Basta pasar revista a los oficiales que participaron de la guerra para encontrar notorios represores: Antonio Pernía, de la E.S.M.A., por ejemplo, era jefe del Batallón de Infantería de Marina número 5; Osvaldo Jorge García, Comandante del Teatro de Operaciones Sur estaba procesado por nueve privaciones ilegales de la libertad y durante 1976 fue el jefe del área que comprendía el centro clandestino de detención Coti Martínez y el que funcionó en la Comisaría de Villa Martelli; Juan José Lombardo, Comandante del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur fue responsable directo, durante 1977, del C.C.D. que funcionó en la Base Naval Mar del Plata.

Por todo esto es que, desde principios del 2006, los ex com-

batientes de La Plata mantienen conversaciones con sus pares de Corrientes con el objetivo de lograr que se realicen juicios por la verdad referidos a la guerra de Malvinas. “Queremos que los organismos de DD.HH. se comprometan a colaborar, porque en Malvinas también se cometieron crímenes de lesa humanidad”, plantea Alonso. “Nosotros éramos también el enemigo para su formación: éramos civiles, jóvenes, sospechosos. Al regreso de la guerra, se nos persiguió por actividades subversivas. Y allá, en Malvinas, se torturó. No puede llamarse de otro modo que tortura a obligar a un conscripto a sacarse los borceguíes, meter los pies desnudos en el agua helada y aguantar. Entre los soldados correntinos, hubo un caso de fusilamiento que debe ser investigado. Y en Malvinas hay cantidad de soldados a los que se enterró como N.N. Esto no puede ser. A Malvinas fuimos con nombre, apellido y número de documento. No puede ser que hayan quedado tumbas N.N. (...) El juicio es para que la sociedad sepa las situaciones en las que nos vimos metidos los conscriptos que tenemos 18, 19 años. Para que la sociedad recapacite que, antes de ir a una guerra, o ir a una plaza a vivir a quien nos conduce a una guerra, es necesario pensar. También es necesario un *Nunca Más* para Malvinas”.

Por supuesto -y tal como sucedió con los *otros* juicios por la verdad- además de ejercerse el derecho de la sociedad a saber lo que pasó, en caso de revelarse crímenes de lesa humanidad habría derivaciones penales. Para que esto pueda llevarse adelante, es indispensable que se levante el secreto militar aún vigente sobre todo lo actuado durante la guerra. Cabe recordar que, por ejemplo, a los soldados de ejército se los concentró a su regreso en Campo de Mayo. Se intentaba “engordarlos”, devolverlos a la vida civil más “presentables”, pero además hacerles una especie de lavado de cabeza. Alonso recuerda: “Se nos quiso imponer un pacto de silencio. En muchas personas eso tuvo un efecto psicológico devastador. Nos llevaron a aulas con personal de inteligencia militar, que nos entregó formularios donde debíamos contar lo que nos había pasado, y a la vez nos advertían de las consecuencias de contarlo, nos presionaban. Había que firmar esos cuestionarios como declaración jurada”.

El reclamo de los ex combatientes llega en un momento político complejo. Objetivamente, estamos peor que en 1982: ahora hay una inmensa base militar en Mount Pleasant (con un alto valor estratégico debido a su posición geográfica, con capacidad de operación sobre toda la región y una de las sospechables razones de su existencia es que en que en las próximas décadas se profundizará el conflicto por el agua dulce); la invasión es un pésimo antecedente a nivel diplomático; hay cantidad de secuelas de guerra y un sector de los kelper rechaza cerradamente a los argentinos tras su experiencia del '82.

Recientemente, el jefe de la guarnición de las islas, Nick Davies, hizo declaraciones que son una verdadera bravata. Aseguró que está en condiciones de defenderse de cualquier ataque argentino. No es que ignoren que Argentina no se plan-

tea acciones armadas. Sucede que agitar ese fantasma es políticamente redituable para el gobierno de Tony Blair, cuya participación en Irak como ladero de la invasión impulsada por el presidente estadounidense George Bush, generó problemas internos. Tanto por la gran cantidad de bajas como por poner al territorio inglés como blanco del terrorismo islámico.

Los avances en la lucha contra la impunidad de los responsables del genocidio -aun con la zona ciega que es tener hace seis meses un desaparecido en democracia, Julio López- permiten imaginar un trámite favorable para el pedido de verdad y justicia de los ex combatientes. Sin embargo, también en lo que es la política de DD.HH. del gobierno nacional Malvinas parece padecer una suerte de extraterritorialidad (ver *El honor y el doble discurso*, por Mempo Giardinelli, en *Puentes* 15).

El decreto 886/05 del presidente Kirchner extiende aun más los beneficios que Carlos Menem les dio a los militares profesionales que participaron de la guerra. En su artículo 3º establece: *Extiéndese el beneficio establecido por las Leyes N° 23.848 y N° 24.652 al personal de oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas y de Seguridad que se encuentren en situación de retiro o baja voluntaria u obligatoria, esta última en tanto no se hubieran dado las situaciones a que se refiere el artículo 6º del Decreto N° 1357/04, y que hubieran estado destinados en el Teatro de Operaciones Malvinas o entrado efectivamente en combate en el área del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur.*

Esto va en sentido contrario a la histórica oposición de los ex conscriptos a que los militares de carrera fuesen comprendidos por las pensiones que pedían. Según explica Alonso, “Los conscriptos estábamos cumpliendo con una ley, en plena dictadura. No pudimos elegir lo que hacíamos. No se podía incorporar a los suboficiales. Ellos eran soldados profesionales, tenían su contención y además eligieron eso, mientras que nosotros no elegimos nada”.

Pero el decreto no sólo extendió las pensiones a los oficiales. Su artículo 6º dice: *Los veteranos de guerra que hubieran sido CONDENADOS, o RESULTAREN CONDENADOS, por violación de los derechos humanos, por delitos de traición a la Patria, o por delitos contra el orden constitucional, la vida democrática u otros tipificados en los Títulos IX, Cap. I; y X, Cap. I y II, del Código Penal, no podrán ser beneficiarios de las pensiones de guerra a que se refiere el presente decreto. Los únicos que no pueden cobrarlos son aquellos militares que tienen condena en firme por violaciones a los DD.HH.*

Dado que las leyes de impunidad coartaron las condenas a los culpables de violaciones a los DD.HH., tal como están redactados estos artículos abren la posibilidad de que cobren una pensión honorífica sujetos como Mario Benjamín Menéndez, Omar Edgardo Parada Juan Ramón Mabragna, Alejandro Repossi, Italo Piaggi, todos involucrados en la represión ilegal. ¿No constituye esto una contradicción flagrante con la política de DD.HH. del gobierno?

¿Guerra antimperialista o maniobra dictatorial?

Cuando los perseguidos políticos conocieron la noticia del desembarco argentino en las islas Malvinas, las reacciones oscilaron entre el estupor, la zozobra, la alegría por el acto de autoafirmación nacional y la confusión. El desarrollo de las acciones bélicas disparó las discusiones entre los exiliados, contribuyó a romper consensos y abrió brechas de incomprensión con las comunidades que los habían recibido.

Por **Silvina Jensen**

A inicios de 1982, las comunidades de argentinos en el destierro ubicadas en España, México, Francia, Italia, Suecia, Venezuela y otros países de todos los continentes, evaluaban que el final del régimen pretoriano estaba cerca y que por fin iba a concluir el largo exilio que fracturó sus existencias, alejándolos de familiares, amigos, compañeros de militancia, historia, lengua, barrio y tradiciones compartidas. Como afirmaba Rafael Flores para *Resumen de Actualidad Argentina* (n.º 68, 1982), un renovado impulso vivificador conmovía a los desterrados tras la movilización del 30 de Marzo por “Paz, Pan y Trabajo”. Los argentinos volvían a ganar las calles y las consignas de “se va acabar, se va a acabar, la dictadura militar” presagiaban cambios. La agudización de la crisis económica tras el fracaso de las propuestas de Martínez de Hoz, los recurrentes anuncios castrenses de aperturas políticas, la articulación del acuerdo de la Multipartidaria, el creciente cerco internacional por la acumulación de denuncias sobre violaciones a los DD.HH. y las disputas intramilitares eran vistos como síntomas auspiciosos de la asfixia del régimen inaugurado en Marzo de 1976. Como explicaba Osvaldo Bayer desde Alemania, a este complicado panorama, el general Galtieri debió sumar la creciente movilización ciudadana, no sólo de las organizaciones de DD.HH., las fracciones más combativas del

sindicalismo y los partidos políticos, sino de los trabajadores y de los empobrecidos sectores medios que fueron duramente reprimidos en vísperas del 2 de Abril.

Casi contemporáneamente a los primeros exilios, en las diferentes sociedades de acogida, los argentinos ensayaron intentos de organización que buscaban, por una parte, resolver las necesidades urgentes de las víctimas que permanecían en Argentina y de los que iban llegando y, por la otra, hacer consciente a la comunidad internacional acerca del carácter genocida de un régimen que insistía en presentarse como democrático. En este sentido, la organización del exilio y la denuncia internacional de la dictadura argentina fueron dos caras de la misma moneda.

Si bien las identidades político-partidarias no se diluyeron ni mucho menos y fueron fuente de riqueza y tensión en el seno de los proyectos institucionales unitarios que se concretaron desde Estocolmo a Melbourne, pasando por Roma, París, Barcelona, Madrid, Caracas o México, durante años el accionar público de los desterrados pretendió ampararse bajo el paraguas amplio del compromiso antidictatorial y de la defensa de los DD.HH.

Así, en diversas coyunturas en las que logró concentrarse la atención internacional sobre la Argentina, los exiliados desplegaron todos sus esfuerzos para desenmascarar al ré-



gimen militar, poniendo la situación argentina a la altura de las otras dictaduras sangrientas del Cono Sur, para las cuales la solidaridad internacional parecía haber resultado más sencilla e inmediata.

Los exiliados sabían que si la defensa de los derechos y de las libertades fundamentales era una herramienta que permitía limar diferencias al interior del destierro y servía para concitar la solidaridad internacional que no terminaba de comprender el mapa político argentino, sus trayectorias militantes previas al golpe no siempre resultaban compatibles con su defensa a secas. Asimismo, eran conscientes de que los militares no cejaban en el intento por apropiarse de la bandera de los DD.HH. y sistemáticamente calificaban las denuncias del exilio como “patrañas” de los “auténticos violadores de la democracia”.

Para la dictadura, los expatriados eran “terroristas”, “traidores”, “cobardes” y “corruptos”, en suma, “antiargentinos” que protagonizaban una “prédica malintencionada contra la Nación”. En esa tarea de deformación de la realidad argentina, los “subversivos en fuga” habían contado con diversos compañeros de ruta (Amnistía Internacional, los gobiernos socialdemócratas europeos, la Internacional Socialista, Cuba, etc.) que les habían facilitado la acción de difusión mundial de errores y mentiras.

A esta ofensiva deslegitimadora, los exiliados habían contestado tratando de explicar a propios -compañeros de destierro y argentinos del interior- y extraños -nacionales de los países de acogida- que la separación geográfica y la derrota política no habían implicado el ocaso de la lucha por los que se quedaron en Argentina. En este sentido, como decía Osvaldo Bayer, el accionar político del exilio no implicaba una campaña contra el país, sino “por la Argentina”, en la constante denuncia y solidaridad hacia las familias de “nuestros muertos y desaparecidos”.

El terremoto Malvinas

Como señaló Carlos Gabetta, la guerra de Malvinas fue un *terremoto* que conmovió los cimientos de las comunidades del exilio, alteró la dinámica de la lucha antidictatorial, puso en crisis su identidad de luchadores por las libertades y los DD.HH., fracturó las asociaciones unitarias, multiplicó las disputas y fricciones que habían acompañado los primeros 6 años de destierro y en no menor medida menguó la legitimidad que tanto había costado conseguir ante los gobiernos y las fuerzas políticas y sociales progresistas de los países de residencia y ante las organizaciones internacionales humanitarias.

Las acciones militares sobre Malvinas no sólo modificaron las condiciones políticas que los exiliados habían ponderado

como de lento pero inevitable final de la dictadura, sino que alteraron radicalmente un mapa de acción antidictatorial que había permitido por años reconocer y explicar claramente cuál era el enemigo y por qué luchaban. Como decía Ernesto Soto desde Alemania, Malvinas había tornado menos nítida la identificación de buenos y malos y había sumido al exilio como mínimo en un estado de inquietud que a veces pareció cercano a la confusión (*Testimonio Latinoamericano*³, Junio 1982).

En este panorama político emergente, en el que la dictadura trazaba una división entre *auténticos* y *falsos* argentinos, el primer dilema de los desterrados fue convivir con la urgencia por desmarcarse de los *traidores de siempre*. Desde Sao Paulo, Horacio González afirmaba que Malvinas no supuso una novedad en la política de la dictadura de desestimar las denuncias de violaciones a los DD.HH., considerándolas ahora una “astucia más del Foreign Office”, “mera propaganda de guerra” originada en la cuna del imperialismo y alimentada por los “antiargentinos” en el exilio (*TL*, Julio/Octubre 1982).

Si el epíteto de *antiargentinos* había acompañado cada una de sus denuncias, ahora que Argentina volvía a estar bajo la lupa del mundo y por tanto podía desnudarse la continuidad de la política represiva de la dictadura, las cosas no resultaban tan sencillas. Para muchos exiliados, Malvinas era un símbolo enraizado en los sentimientos más profundos del pueblo argentino.⁴ Rafael Flores, exiliado en España, resumía así el arraigo popular de Malvinas: *Miremos hacia adentro del país. No se puede prescindir de quiénes somos, que es en este caso, la pregunta, ¿de dónde venimos? Con las primeras nociones sobre la Nación a la que pertenecíamos, la Patria y su geografía, oímos que las Malvinas son argentinas. Rima que es música viva. El mapa del país, como un espejo en los pizarrones escolares (...) nos dibuja la Argentina con las Malvinas, Georgias, Orcadas, Sandwich y Antártida Argentina. De ahí, el nerviosismo, las emociones encontradas, el vértigo en nuestras cabezas al recibir las primeras noticias de la prensa sobre la ocupación* (RAA, n.º 68, 1982).

También para las FF.AA., Malvinas tenía un significado profundo: era el auténtico y único mito nacional. En ese sentido, más allá de que para Osvaldo Bayer, el de Malvinas era un problema *desactualizado, tema de pequeños conciliábulos nacionalistas y almirantes retirados* (RAA, n.º 65, 1982), lo concreto fue que los militares pretendieron elevar las acciones bélicas del 2 de Abril a la condición de *gesta refundacional de la argentinidad*. Con la recuperación del archipiélago, no sólo se lograba desplazar de suelo argentino el último vestigio del coloniaje, sino que se reconstruía una unidad de destino patrio siempre amenazada por *diferencias ideológicas, conductas venales y reclamos políticos y sindicales* (*La Nueva Provincia*, 18/4/82).

Porque Malvinas parecía convocar los sentimientos patrióticos de los que hasta el 2 de Abril estaban en veredas enfrentadas, las polémicas y las divergencias que habían acompañado a las comunidades de exiliados desde la coyuntura

misma del destierro, se transformaron en abismo, conmoción y confusión. Las discusiones traspasaron las puertas de las organizaciones del exilio, comprometieron a interlocutores de las sociedades de acogida, provocaron estupor entre los que hasta entonces habían brindado apoyo solidario a la denuncia de la dictadura y dispararon un cruce de acusaciones que aunque a veces dificultaron el debate, en otras permitieron alumbrar una lectura de Malvinas, la guerra y el comportamiento popular que logró expresar en forma más explícita su complejidad, una complejidad que en el interior no siempre pudo expresarse tan claramente.⁵

Si evaluamos los dos continentes que aglutinaron al grueso del exilio de la dictadura, podemos constatar que tanto en las comunidades latinoamericanas como en las europeas, se recortaron tres grandes grupos. Jorge Bernetti y Mempo Giardinelli⁶ señalan que a partir de las identidades políticas, de las actitudes frente a la dictadura y según los análisis específicos del conflicto, en México, los exiliados se dividieron entre los que apoyaron acriticamente la recuperación de las islas, los que denostaron el operativo militar y finalmente, los que con innumerables variantes, conjugaron la reivindicación de los derechos argentinos en el enfrentamiento con Inglaterra y una férrea postura antidictatorial.

Desde España, un exiliado radicado en Cataluña describía así el mapa de posiciones frente al conflicto: “...estaban los que apoyaban lo de Malvinas pero denunciaban a Galtieri, los que decían que debían mandar un telegrama a la reina Isabel para que bombardee Buenos Aires, pero también hubo exiliados que se presentaron a los consulados para ir a luchar a las Malvinas como voluntarios”. Otro exiliado recordaba que por entonces lo insólito parecía cotidiano en la *Casa Argentina en Catalunya*. En una oportunidad, un exiliado “se levantó en una reunión con la carta de su hermano y dijo: *Mi hermano está condenado y me escribe desde la cárcel pidiendo que todos los argentinos se unan a la lucha contra Inglaterra. ¡Hay que ir de voluntarios! ¡El país lo necesita!*”.

Por cierto, uno de los comportamientos más discutidos en el exilio fue el de la cúpula de Montoneros. En México, Obregón Cano y Perdía se entrevistaron con el presidente La Madrid y le expresaron la posición de la organización a favor de las acciones emprendidas por el gobierno militar que por una vez estaba en consonancia con el sentir mayoritario del pueblo argentino. Desde Cuba, Mario Firmenich aplaudió la recuperación del archipiélago por considerarla “un servicio a la causa de los pueblos del Tercer Mundo” (*La Vanguardia*, 11/4/82). En Madrid, RAA (n.º 67, 1982) se hacía eco de una noticia publicada por *Clarín* donde se informaba sobre el plan de varios exiliados, entre ellos Horacio y Ricardo Obregón Cano, Oscar Bidegain, Luis Arias, Eduardo Yofre, César Calcagno y Delia Puigróss, de regresar al país para “luchar por la soberanía popular en este momento difícil para nuestro país y Latinoamérica”.

Aunque las propuestas de Montoneros al gobierno militar de incorporarse a las fuerzas que luchaban en las islas y la de

Aunque las propuestas de Montoneros al gobierno militar de incorporarse a las fuerzas que luchaban en las islas y la de los ex gobernadores Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano de organizar un regreso público al país, encabezando la comitiva de dirigentes políticos, sindicalistas y parlamentarios latinoamericanos, solidarios con la causa malvinense, fueron rechazadas por el gobierno militar, ambos gestos mostraban hasta qué punto Malvinas había conmocionado al exilio.

los ex gobernadores Oscar Bidegain y Ricardo Obregón Cano de organizar un regreso público al país, encabezando la comitiva de dirigentes políticos, sindicalistas y parlamentarios latinoamericanos, solidarios con la causa malvinense, fueron rechazadas por el gobierno militar, ambos gestos mostraban hasta qué punto Malvinas había conmocionado al exilio.

Más allá del exabrupto de los que planteaban sumarse a Inglaterra para acabar con la dictadura, desde identidades políticas diversas, no fueron pocos los que se opusieron a la guerra y al reclamo territorial y nacional. Una exiliada de activa participación en la Casa Argentina en Barcelona decía: “el argentino cuando habla de cosas nacionales le sale un no sé qué, no sé cómo llamarlo, que se obnubila bastante y comete la atrocidad a veces de apoyar un intento de guerra como ése, ¿para defender qué? A mí, las Malvinas, la idea de defender las Malvinas, no me iba a hacer poner en peligro ni un solo brazo de un joven argentino”. En la misma línea, otra argentina de la Comisión de Familiares de Desaparecidos de Barcelona puntualizaba: “...no era mi guerra y era clara la motivación de los militares. Justamente una semana después de la gran manifestación que había habido contra la dictadura, los tipos se sacan de la manga lo de las Malvinas para unir y sacar el patriotismo (...) Y a la Thatcher también le venía bien para cohesionar su frente interno. Aparte las guerras no... Yo soy marxista y los pueblos no nos metemos en esas guerras, guerras territoriales (...). Yo no soy patriota. Estoy en contra de los patriotismos. Me parecen mezquinos, engañosos. Yo soy trabajadora. Tengo consciencia de que soy de un grupo que ha trabajado toda la vida y que tiene que trabajar. La gente de mi familia eran todos laburantes. Y creo que las banderas de la Patria y de todo eso son las banderas de la burguesía”.

A diferencia de lo ocurrido en la coyuntura mundialista donde el exilio debatió sobre modalidades de denuncia pero coincidió en poner en primer plano la manipulación política del fútbol y del triunfo argentino en el Campeonato Mundial, en 1982 los exiliados discutieron sobre la conveniencia de preguntarse si detrás de la decisión de Galtieri estaba el intento de un régimen en derrumbe de renacer como el ave Fénix. Las denuncias sobre el oportunismo de la junta y de su intención de buscar una salida hacia delante atravesaron a las comunidades del destierro.

En esta línea, la Agrupación de Marxistas Argentinos de

París calificó la estrategia de Galtieri como un recurso demagógico, irresponsable y tendiente a lograr la redención histórica para una desgastada dictadura, comprometida en miles de crímenes contra el pueblo, en cuyo nombre decía obrar (TL, Mayo/Junio 1982).

En un tono similar, el Grupo de Exiliados de Barcelona señaló que la intempestiva acción militar que culminó con la ocupación de Malvinas estuvo motivada ante todo por la situación política interna y el progresivo incremento de las luchas obreras en la calle. En esa situación, los militares tenían dos opciones: o balear al pueblo o retirarse sin más y enfrentarse a un Nüremberg. En cambio, optaron por tomar las islas, insuflando de propaganda patriótica todos los medios y pretendiendo hacer de esta aventura el pasaporte a la impunidad (RAA, n.º 65, 1982).

También la postura oficial de la Casa Argentina en Catalunya fue contraria a la decisión de Galtieri. Pocos días después de la toma de las islas del Atlántico Sur, la Casa publicó un comunicado donde calificó los hechos como un acto oportunista con apariencia patriótica que pretendía ocultar los crímenes de la dictadura y el descalabro económico-financiero en el que había sumido al país. Para los argentinos de la Casa era necesario valorar la aventura exterior del gobierno argentino en el marco de la situación interna. La Casa denunciaba las acciones militares de abril como un nuevo golpe pensado como una salida política elegante y honrosa para un régimen que violaba sistemáticamente los DD.HH. Y advertía sobre la necesidad de evitar un nuevo sacrificio de una generación de jóvenes que se sumara a los 30.000 desaparecidos.

En este contexto, la Casa llamó a los partidos políticos, organizaciones sindicales y entidades civiles de Cataluña a pronunciarse a favor de la paz en el Atlántico Sur en la manifestación unitaria del 1.º de Mayo en Barcelona. Las consignas propuestas fueron: *Parar la guerra, ni una gota de sangre más. Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también. Abajo la dictadura, contra el colonialismo inglés y la intromisión yanqui.*

En pleno desarrollo de la guerra, la Casa convocó a una nueva manifestación en la Plaza Catalunya el día 9 de junio. En esta ocasión, los argentinos con la adhesión de los partidos políticos catalanes expresaron su oposición a la guerra, a la dictadura, al colonialismo inglés y al imperialismo yanqui y por la unidad antiimperialista de los pueblos latinoamericanos. Asimismo utilizaron la concentración popular para reiterar el pedido de aparición con vida de los detenidos-desaparecidos y la libertad de los presos políticos y sindicales.

Pero más allá del carácter político de la decisión militar, una parte considerable del destierro consideraba que Argentina tenía justos títulos para reclamar el archipiélago y en no pocas ocasiones avaló la guerra como único camino posible ante la sistemática negativa de Gran Bretaña a discutir la soberanía en los estrados diplomáticos.

Así, la delegación Madrid de la Confederación Socialista Argentina, a través de Andrés López Accotto, señalaba que

“independientemente de la opinión que cada uno tenga sobre el actual gobierno de la República Argentina, de su origen, de su conducta y de sus móviles, hay un hecho muy claro, que no puede ni debe tergiversarse: las islas Malvinas han sido, son y serán argentinas” (*Resumen de Actualidad Argentina*, n.º 65, 1982). En un tono similar, la delegación Cataluña de los socialistas argentinos, planteó que era necesario discernir la reivindicación del uso que los militares pretendían hacer de esa reivindicación. A la Argentina le asistían derechos históricos y territoriales para reclamar la soberanía de Malvinas. Por eso, ahora enfrentaba una guerra antiimperialista.

Para el exilio, el autoexamen frente a una situación compleja que parecía poner en crisis su identidad de oposición antidictatorial, corrió paralelo a la urgencia por responder a las impugnaciones a los derechos que asistían a la Argentina a reclamar el archipiélago. Si las declaraciones del delegado de la Confederación Socialista Argentina de Madrid estuvieron motivadas por un editorial del diario *El País* del 4 de Abril de 1982 donde se afirmaba que las Malvinas jamás habían pertenecido a la Argentina, salvo en la etapa en que ésta era parte de los dominios españoles en América, la reacción de los Exiliados Políticos de Holanda o del Partido de los Trabajadores de Suecia no puede explicarse sino en relación al sistema de alianzas y apoyos que el desarrollo del conflicto generó. Desde Amsterdam se repudió la “acción colonialista inglesa y de sus aliados norteamericanos de la Comunidad Económica Europea” al tiempo que se denostaba a la “junta argentina, corrupta y genocida” (*TL*, mayo/junio 1982). Mientras, desde Estocolmo se denunciaba que las pretensiones británicas a seguir controlando las islas eran una forma de colonialismo anacrónico que contaba con el soporte económico y militar de la mayoría de los países de la CEE y de la OTAN (*RAA*, n.º 65, 1982).

En este contexto, los exiliados enfrentaron el dilema de evaluar cuál era el comportamiento correcto y/o deseable en términos políticos y nacionales y para un colectivo que se había definido como oposición antidictatorial. En esta encrucijada, muchos se preguntaban si había que suspender el enfrentamiento con la junta hasta que la guerra hubiera llegado a su fin. Al mismo tiempo, les resultaba difícil medir hasta qué punto ese *impasse* en el enfrentamiento antidictatorial podía ser funcional al futuro político de los militares en Argentina y por tanto nefasto para la oposición en el interior o en el destierro.

Si era difícil explicar que la reivindicación de los inalienables derechos soberanos sobre el archipiélago no implicaba automáticamente ubicarse en la vereda militar, tanto más lo era dar cuenta de cómo un gobierno genocida, que había conculcado todas las libertades y derechos elementales, podía ser el hacedor de la reafirmación soberana y el intérprete de la voluntad popular. Éste fue de hecho un tema crítico y de tensas discusiones al interior de las comunidades de exiliados.

Para el ex diputado peronista, Juan Lucero, exiliado en Dinamarca, la alegría por la recuperación de las islas no debía

obliterar que todos los militares argentinos desde 1955 habían actuado como “virreyes” del imperialismo, primero británico y luego norteamericano. En este sentido, aunque saludaba el rumbo que habían tomado los acontecimientos, atribuía su éxito al pueblo argentino que se mostraba dispuesto a derramar su sangre para obtener la total soberanía sobre las islas y no a la iniciativa de Galtieri. Y se apostrofaba: “¿cómo confiar que un gobierno que por un lado da rienda suelta a la entrega del país, cumpliendo como mandato los dictados del imperialismo yanqui, beneficiando lo que interesa a su economía, pueda representarnos en la reconquista de las islas?” (*RAA*, n.º 65, 1982).

Desde otros sectores del exilio, ligados a la línea de Intransigencia Peronista, la clave era discernir entre la reivindicación nacional de un país que había sufrido el colonialismo y que debía ser apoyada sin reservas y la circunstancia transitoria de una dictadura militar a la que ninguna maniobra podría ya salvar de su inexorable fracaso. Para la *Agrupación Peronista de Barcelona*, no era importante seguir denunciando las acciones del 2 de abril como una estrategia patriota, porque más allá del cálculo político que pudieron haber hecho, los militares estaban cumpliendo por primera vez en muchos años con su rol histórico, esto es, “preservar la soberanía nacional” (*La Vanguardia*, 4/4/82).

En Barcelona, las disputas en el exilio se saldaron con la fractura de la *Casa Argentina* y la confluencia de los sectores opuestos a su posición oficial frente a la guerra, en el Centro Argentino de Cultura Popular y la Agrupación Peronista de Barcelona. Desde allí, Álvaro Abós y Hugo Chumbita —directores de *Testimonio Latinoamericano*— y Abel Posse protagonizaron una polémica en la prensa catalana con otros sectores del exilio, encabezados por Eduardo Goligorsky, Mariano Aguirre, Carlos Barral y varios periodistas españoles y europeos. En esa polémica, se pusieron a debate qué se entendía por defender la soberanía y en qué medida podía pensarse que los militares que recuperaron Malvinas eran sus legítimos hacedores, cuando negaban al pueblo argentino su soberanía política. Asimismo, las discusiones volvieron a temas que en otras comunidades del destierro habían generado ríos de tinta en el pasado. El intercambio periodístico se centró en elucidar qué implicaba defender los DD.HH., ahora, en un contexto donde el drama de la guerra parecía poner en entredicho algunos compromisos y acuerdos amplios asumidos por buena parte del exilio.

Mientras Abel Posse, criticaba a sus compatriotas que seguían empeñados en leer todo acto del gobierno militar en clave de denuncia antidictatorial y señalaba que Malvinas era parte de una guerra antiimperialista que nada tenía que ver con la “defensa humanista” de las víctimas del estado terrorista, Goligorsky reclamaba que no se creyera en la mentira de la junta que ahora se decía defensora de la soberanía nacional y campeona del anticolonialismo.

El escritor Posse explicaba que otra vez como en 1946 muchos liberales y hombres de izquierda argentinos le daban



la espalda al pueblo y se sumaban al enemigo. Si en los años '40 fueron los títeres del embajador Braden y de la oligarquía nacional contra el pueblo peronista, ahora volvían a mostrar su miopía y su divorcio del pueblo al oponerse a la causa malvinense. Como en el pasado reprodujeron la mirada europea que acusaba a Perón y a Evita de nazis, ahora, desde su izquierdismo "bobo, indisciplinado y opinativo" se mostraban incapaces de comprender la mutación política que implicó Malvinas. A su juicio, la tontería de esta izquierda era única en Latinoamérica y en el mundo. Mientras Cuba, China y la U.R.S.S. apoyaban a la Argentina, la "izquierda justina" —"brigada de psicoanalistas"— se encaminaba a convertirse en el "undécimo miembro del Mercado Común Europeo y hasta anda queriendo quedar bien con los ingleses" (*La Vanguardia*, 11/5/82).

Por su parte, Goligorsky lamentaba el desatino de la guerra y el bochornoso espectáculo del pueblo argentino viviendo las decisiones de la junta. Pero su crítica se dirigía a todo el exilio y a su incapacidad de mantener los consensos antidictatoriales. El periodista radicado en Cataluña mostró su decepción por la falta de sinceridad en la adhesión a la causa de los DD.HH.. Lo que la guerra puso de relieve fue que las conversiones democráticas, el rechazo de los maniqueísmos y los esquemas irracionales eran sólo palabras. Desde su punto de vista, el exilio debía hacer una autocrítica para repensar qué lugar le atribuía a "la reforma pacífica y el cambio gradual, compatibles con un sistema de elecciones democráticas con respeto por las minorías y de alternancias en el poder" (*La Vanguardia*, 11/5/82).

La adhesión a la decisión de Galtieri ponía en tela de

juicio que el aprendizaje democrático del exilio y su apuesta por los DD.HH. fueran tan profundos. A su juicio, Malvinas reeditó consignas como *Soberanía o muerte* tan caras a la militancia armada de los '70 y mostró que la apuesta de los expatriados por la vida era débil. Una auténtica convicción humanista debía saber que el respeto por los DD.HH. no sólo debía darse cuando se estaba "en el bando de los perdedores sino, sobre todo, cuando se puede estar en el de los victoriosos. Y aunque el territorio reivindicado descanse sobre un mar de petróleo" (*La Vanguardia*, 11/5/82).

Para ciertos sectores del peronismo en Cataluña, el apoyo a Malvinas tenía aristas que muchos compatriotas y casi todos los europeos eran incapaces de comprender. En principio, no había que perder de vista que Malvinas era la causa del pueblo y por tanto del peronismo. Si ahora, la oligarquía y sus personeros —las FF.AA.— parecían realizar este anhelo popular tan profundo, el peronismo no podía dejarse arrebatar esta bandera que le correspondía por legítimo derecho por ser la voz del pueblo argentino. Pero había algo más, el encolumnarse detrás de la reivindicación malvinense tenía que ver con la evaluación que estos sectores hacían de las consecuencias políticas de la decisión de Galtieri.

Inmediatamente tras conocerse los hechos de abril, los editores de Testimonio Latinoamericano señalaron que aunque los militares conscientes de su derrumbe habían pretendido sustituir el Argentinazo del 30 de marzo por un Malvinazo, las consecuencias de la decisión militar podían arrastrar al propio régimen, aún en la hipótesis de un triunfo en el campo de batalla

Ante una victoria, la revista imaginaba dos posibles escenarios. Un Galtieri que legitimado popularmente se embarcaría en un proceso electoral, pretendiendo convertirse en un pseudo Perón o una más factible retirada del régimen que conseguiría por *el gesto histórico de rescatar las islas, mejorar en parte su historia de crímenes, miseria, opresión y corrupción* (TL, Abril 1982).

Pero, además, Abós y Chumbita consideraban que la exaltación nacionalista no era un sentimiento fácilmente manipulable. A diferencia de los que denunciaban la veleidosidad del pueblo argentino y especialmente de algunos políticos y sindicalistas que actuaban como comparsa pretoriana, recordaban que el hecho de que el pueblo no hubiera dejado que los militares le arrebataran una de sus banderas, no significaba que se hubiera olvidado qué era y qué representaba el régimen.

Tras la derrota, estos exiliados peronistas ratificaron que aunque los militares pretendieron defender una “causa que le era ajena”, su propia condición de régimen reaccionario y antipopular les impidió el éxito. Y que si el pueblo democrático había apoyado la toma fue porque sabía que no había democracia sin plena soberanía y Malvinas era parte de ella. Y que, en cambio, cuando se hizo evidente que las apelaciones a la dignidad nacional y a la soberanía eran palabras vacías en boca de los dictadores, ese mismo pueblo volvió a la plaza de mayo la noche del 14 de Junio, para pedir el alejamiento de Galtieri. Para los editores de TL (Mayo/Junio de 1982), con ello el pueblo no mostraba su inconstancia. En todo caso, como afirmaba Pino Solanas desde París, los argentinos no habían firmado ningún cheque en blanco a los militares. Ahora había que recuperar la lucha por la democracia, pero sin olvidar que para los pueblos del Tercer Mundo, más allá de la distinción entre dictadura y democracia, existía la liberación del imperialismo y el colonialismo.

Oswaldo Bayer desde Alemania hacía un análisis más complejo del mapa político y de los posibles futuros realineamientos tras el final del conflicto. Por una parte, señalaba la trascendencia que tenía de cara al final de la dictadura que el pueblo hubiera ganado masivamente las calles. Asimismo, puntualizaba que aquella masa encendida por la arenga patriótica que la prensa europea no se cansaba de resaltar, también había protagonizado gestos como los de abuchear y silbar no sólo al ministro de Reagan, Alexander Haig, sino incluso al propio dictador. Pero, por otra parte, Bayer advertía sobre el comportamiento de ciertos políticos que se habían montado en el operativo Malvinas por miedo a quedarse fuera de un posible reparto de poder, en una salida negociada de los militares que les garantizara la impunidad (RAA, nº 65, 1982).

Mientras la *Agrupación Eva Perón de Madrid* auguraba poco después del 2 de abril un nuevo camino político porque la dictadura había quedado aprisionada en un juego de fuerzas que inconscientemente había desatado y siempre que la oposición supiera no negociar la soberanía que implicaba no sólo exigirla en las Malvinas, sino en la vuelta al es-

tado de derecho; tras la derrota militar, Eduardo Goli-gorsky reclamó a quienes apoyaron la guerra “para no perder el tren de la movilización popular”, una autocrítica profunda. Asimismo les pidió un acto de contrición por los nuevos muertos, desaparecidos y mutilados que habían ayudado a producir (TL, Julio/Agosto 1982).

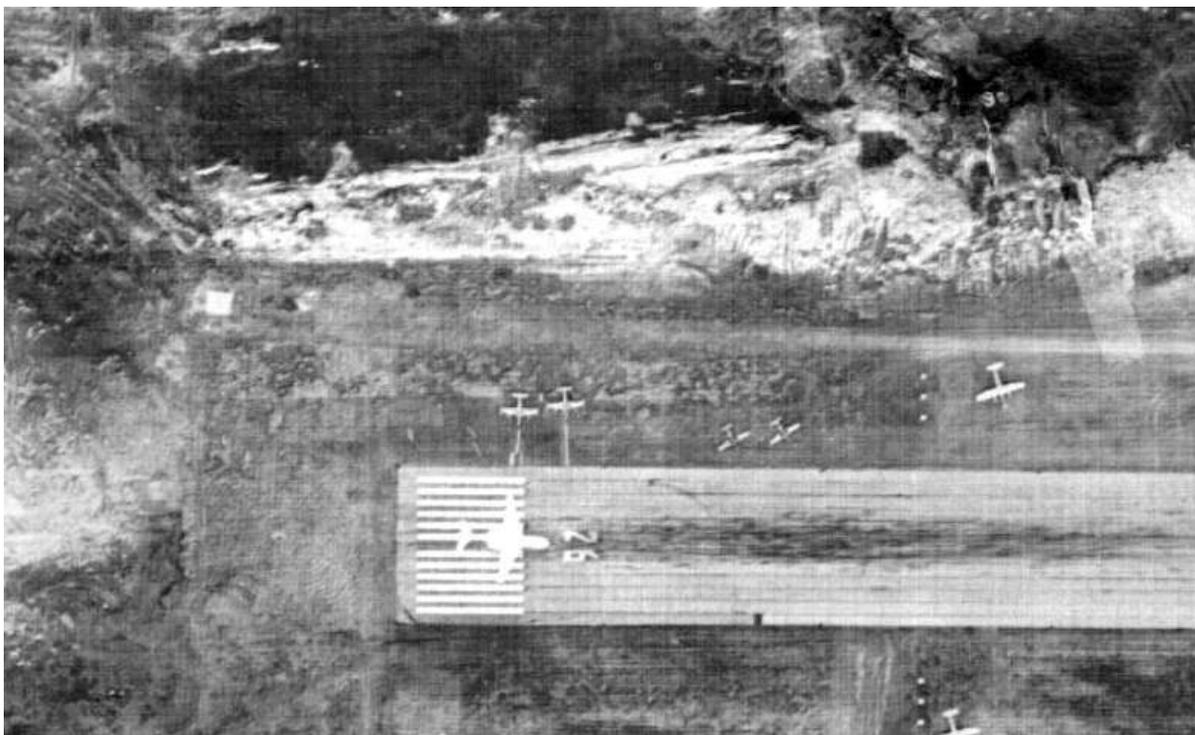
El enigma Malvinas

Para buena parte de las sociedades de acogida y más precisamente para las europeas, el comportamiento de los exiliados frente al conflicto bélico de Malvinas era surrealista. El filósofo Fernando Savater afirmaba pocos días después del desembarco, que la situación argentina era un “enigma en estado puro”. Desde su perspectiva, era incomprensible que buena parte de esos ciudadanos a los que se les negaba el derecho a serlo, se les escamoteaba la libertad y se los amenazaba de muerte si pretendían defender una alternativa democrática al despotismo reinante, se hubieran lanzado alegremente a la calle a vitorear el patriótico desplante de su verdugo. Lo que dejaba boquiabierto a la sociedad española era que pudieran ponerse entre paréntesis las diferencias políticas, priorizándose un pretendido “honor patrio”. ¿Qué clase de “honor” o “dignidad nacional” podían defender o representar aquellos que vulneraban la justicia social, las libertades públicas o la gestión igualitaria de la comunidad por parte de los ciudadanos?

Para Savater, como para muchos otros que por años habían prestado solidaridad a la lucha antidictatorial del exilio, la adhesión popular (en el interior y en el destierro) sólo podía explicarse por la eficacia de la estrategia manipuladora de los militares que habían logrado movilizar a quienes habían sido sus víctimas en *un mismo espasmo de amor ante unos mendrugos de granito roídos por el Atlántico* (El País, 18/4/82).

En una línea similar, un periodista francés llamaba a no olvidar que en Argentina reinaba una junta militar. En ese sentido, convocaba a los demócratas a *salvar a los habitantes de las Falklands de la esclavitud* a la que seguramente serían reducidos si los militares argentinos triunfaban (TL, Mayo/Junio 1982).

Mientras Bayer reconocía que Galtieri había protagonizado una trágica fantochada operística, pero que los medios europeos —aun los más independientes— estaban dando un lamentable espectáculo de profesionalidad, las voces de otros exiliados se hicieron oír para denunciar la *ensalada eurocéntrica* que dominaba en el mundo político, periodístico e intelectual europeo. Ensalada a la que contribuían no pocos argentinos *supuestamente progresistas* y prototipo del *colonizado cultural*. Así, por ejemplo, Abós y Chumbita descalificaron a los que hablaban del sinsentido Malvinas (TL, Mayo/Junio 1982). Asimismo, cargaron contra parte de la izquierda española que no había podido superar sus propios traumas y quedó atrapada entre sus bases populares y los sindicatos clasistas que apoyaron la guerra por su carácter



anticolonial y la derecha golpista peninsular que se alineó con Argentina pensando en el irredento territorio de Gibraltar.

Si la toma del archipiélago había producido un cataclismo en instituciones, consensos, prácticas de denuncia e identidades en las diferentes comunidades del exilio argentino, en cada sociedad de acogida con diferentes énfasis, la opinión pública también se fragmentó, pero más aún quedó sumida en la confusión. La mayoría de los sectores solidarios denunciaron Malvinas como la hazaña propagandística particular del general Galtieri como el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 lo había sido para Videla. Pero aun así, mientras las voces dominantes clamaban por no olvidar que el gobierno que recuperó las islas era el mismo que produjo miles de desaparecidos y repelió las manifestaciones populares con cárcel y tortura (TL, Mayo/junio 1982), las asombradas lecturas europeas no fueron triviales.

Más allá de que algunos exiliados denunciaran que nuevamente los europeos preferían descalificar antes que desentrañar y cómodamente ponían a la Argentina en la condición de enigma, lo cierto es que también en las sociedades de acogida se ponderó la justicia del reclamo territorial argentino al tiempo que se señaló la arrogancia de la junta militar; se criticó la actitud británica de posponer indefinidamente la discusión de los procesos de descolonización, pero se rechazó la guerra. Y, finalmente, aunque expresaron su alarma frente a la efectividad de la manipulación patriótica, también valoraron desde el inicio del conflicto que el pueblo argentino había ganado la calle, se estaba expresando desde sus identidades partidarias y contribuía a profundizar un final de la

dictadura anunciado ya antes del 2 de abril.

Silvina Jensen es doctora en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona, investigadora del CONICET y profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca. Es autora de *La huída del horror no fue olvidado. El exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)* y compiladora junto a Pablo Yankelevich de *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar* de próxima aparición.

1.En adelante RAA

2.Todos somos subversivos. Buenos Aires, Brujuna, 1983, p. 15.

3.En adelante TL

4.Para un estudio pormenorizado, puede verse *¿Por qué Malvinas?: de la causa nacional a la guerra absurda*, de Rosana Guber, Buenos Aires, FCE, 2001.

5.Como afirma Federico Lorenz en *La guerra por Malvinas* (Buenos Aires, Edhasa, 2006, p. 45) si algo distingue la mirada desde el exilio fue no sólo la posibilidad de separar la guerra de la dictadura, sino la posibilidad de pensar ambas cosas a la vez.

6.*México: El exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas, 2003, pp. 142, 143.

7.En México, tras la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA a la Argentina, se desarrolló una polémica con conatos en otras geografías del destierro en la que se discutió quiénes fueron los derrotados del '76, quiénes las víctimas de la dictadura y qué significaba defender los DD.HH.

Las películas de la guerra

Malvinas en la mira del cine

El conflicto bélico de 1982 ha sido y sigue siendo una problemática lateral en la construcción de las memorias sobre la última dictadura emprendidas por el cine argentino. Es un tema que parece incomodar, no sólo porque al recordarlo debemos preguntarnos sobre las responsabilidades colectivas, sino también porque a las disputas sobre la memoria de la dictadura se suman sentimientos arraigados a las cuestiones identitarias de la nación.

Por Samanta Salvatori



Las producciones vinculadas a la guerra de Malvinas son relativamente pocas y han tenido escaso apoyo tanto para su difusión como para su circulación. Prácticamente no las tuvieron en cuenta las entidades, estatales o privadas, vinculadas con tales funciones, como si a esas películas les correspondiera una distribución subterránea, oculta, que presiona para emerger. No obstante esta situación general, algunos films sobre Malvinas han tenido cierta trascendencia social y de alguna manera se han constituido en referentes a la hora de hablar de la guerra y sus representaciones.

De la dictadura a la democracia

Durante los últimos años de la dictadura militar el cine argentino, aún bajo la censura, comenzó a plasmar en sus imágenes el miedo, el dolor y el encierro que se vivía en aquel entonces. Mediante un estilo metafórico, películas como *La isla y los miedos* (Alejandro Doria, 1978-1980), *El poder de las tinieblas* (Mario Sábato, 1979) o *Tiempo de revancha* y *Los últimos días de la víctima* (Adolfo Aristarain, 1981-1982) dieron un pequeño respiro en medio de la asfixia represiva. Pero es sólo a partir de 1984, con la promulgación en democracia de la ley 23.052 que cesa con la censura, que el cine comienza a denunciar más abiertamente la represión ejercida por las FFAA y la violación a los DD.HH.

1984 fue un año de grandes producciones. Esa creatividad contenida durante el período anterior se redimió con una dura crítica hacia ese pasado inmediato -casi presente-. La exitosa *Camila* (María Luisa Bemberg) fue el primer film estrenado, y le siguieron unos cuantos más, acreditados de cierto reconocimiento: *La Rosales* (David Lipszyc), *Asesinato en el Senado de la Nación* (Juan José Jusid), *En retirada* (Juan Carlos Desanzo), *Darse cuenta* (Alejandro Doria) y *Cuarteles de invierno* (Lautaro Murúa). Se agrega a este listado *Los chicos de la guerra*. Alejado de los recursos alegóricos característicos hasta el momento, el film venía a transmitir los testimonios de una dolorosa experiencia que al momento de ser narrada empujaba por ubicarse desde el silencio.

Realizada por Bebe Kamín, sobre la novela homónima de Daniel Kon, *Los chicos de la guerra* relata la historia de tres jóvenes de diferente extracción social que van a la guerra y las posteriores transformaciones que generó esa experiencia traumática en sus vidas. Es un film que, más allá de poner en evidencia el pasado inmediato de la guerra al revivir la penuria y el espanto que habían vivido los jóvenes enviados al frente de batalla, se anima a revisar la historia de una generación.

La película está estructurada a partir de sucesivos flashbacks, desde un presente que es la fecha de la derrota argentina, el 14 de junio de 1982. Allí los soldados recuerdan desde su niñez hasta el momento en que son convocados para ir a las islas. Las situaciones de tensión del film se fundamentan en el contexto del autoritarismo vivido en la Argentina a partir de la sucesión de las distintas dictaduras, con énfasis en la última de éstas. Se suceden escenas en la escuela primaria o secundaria

de los años sesenta y setenta experimentadas por los propios protagonistas. El respeto a los símbolos patrios desde el primer día de clase; la exigencia de un saludo correcto de los alumnos hacia los docentes; la rigurosa inspección del corte de pelo y vestimenta y las normas implacables de la enseñanza; hay una representación realista del inexorable dispositivo disciplinario montado por la dictadura a través de su sistema educativo. Son marcas de toda una generación, nos dice el film.

Los años de la dictadura determinan el nudo de la trama. Están presentes algunas cuestiones de la época como canciones de protesta, propagandas y, principalmente, una escena de represión por un grupo de parapoliciales sobre uno de los protagonistas, en medio de una noche oscura y desértica, mientras en la casa de los padres el televisor inquiere: “¿Usted sabe con quién está su hijo y qué está haciendo ahora mismo?”. Más allá de este marco de referencia, la película de Kamín no fue ajena al propio contexto de producción; el clima y los discursos circulantes durante los primeros pasos de la democracia apelaban a una sociedad víctima del poder dictatorial: el pueblo argentino había sido conducido a una guerra bajo la irresponsabilidad de las FFAA. Los jóvenes habían ido a Malvinas sin preparación, no habían tenido el equipamiento apropiado, sufrieron hambre y frío, fueron maltratados y quienes los dejaron morir fueron los mismos militares que habían torturado y hecho desaparecer a miles de *jóvenes inocentes*. En este sentido, quizás *Los chicos de la guerra* se alejó del género bélico para acercarse al dramático, obviando a su vez algunos aspectos expresados en los testimonios trabajados por Daniel Kon en su libro, es decir; *Individuos sometidos por las circunstancias pero que reivindicaran parcialmente aspectos de su experiencia, o la describieran en forma activa, no encajaban en una contexto en el que el tono era el de ser víctimas (en los centros clandestinos de detención, en Malvinas, en suma: de los militares)*

Al visualizar a la sociedad como mártir y a la juventud como *víctima inocente*, se obstruía la posibilidad de apelar a la responsabilidad social sobre el pasado tanto de Malvinas como de la violación de los derechos humanos. A su vez, no sólo se silenciaban las voces de esos jóvenes sobrevivientes, que poco espacio tenían para sus recuerdos sobre la lucha política de los años 70, sino también se negaba la posibilidad de quienes fueron a la guerra de contar sus experiencias desde un punto de vista activo, que en muchos casos de esa manera había sido vivida.²

Ciertamente, estos relatos reinaron en otras películas de la época, como *La historia oficial* (Luis Puenzo, 1985) o *La noche de los lápices* (Héctor Olivera, 1986). Tal vez estas narrativas hayan sido necesarias en aquel tiempo. Sin embargo, también circulaban otras memorias sobre ese pasado inmediato que tenían una vida más subterránea. En ese sentido, *Los días de junio* (Alberto Fischerman, 1985) es un film que plantea formas más abiertas de comprender y revivir la dictadura. Es la historia de cuatro amigos que se encuentran después de un lar-

go impasse durante los últimos días de la guerra de Malvinas y la llegada del Papa con su mensaje de paz a la Argentina. Afectados profesional y personalmente por la dictadura militar, los amigos sienten que han perdido las ilusiones que los mantenían unidos años atrás. El desencadenante de la reunión serán los reproches, las acusaciones, la evocación de traiciones, las incertidumbres y las culpas que reinaron durante los años de separación.

Si bien Malvinas no es el tema central de *Los días de junio*, el tópico se mantiene en tensión durante toda la trama y es particular el uso de los recursos cinematográficos utilizados para tratarlo. La guerra es contada a partir de la presencia permanente de sonidos e imágenes que emiten los medios de comunicación en el transitar por la vida de los personajes —de la misma manera que había sido vivenciada por toda la sociedad— y por la constante imagen de la bandera argentina en la pantalla. Durante una larga escena, la bandera celeste y blanca es reemplazada simbólicamente por una insignia construida con los ideales y ansias de libertad de y por los propios protagonistas de esta historia. Pero ante la amenazante presencia de fuerzas policiales, la bandera colectiva y utópica será quemada. En la cita que sobre el final de la película se realiza evocando las palabras de Belgrano —*Si acaso me preguntan, responderé que se reserva para el día de la gran victoria*—, se deja abierta una serie de interrogantes, reclamando así una reflexión sobre esa victoria eternamente demorada, la victoria que nunca llega.

Imágenes en silencio

Después del gran impulso que experimentó el cine en la inmediata posdictadura, vinieron el silencio y el letargo. Los miedos revivieron bajo el fantasma del caos y la desorganización política y económica de fines de los ochenta. La resistencia al indulto y hacia el reinado de la *reconciliación* nacional se mantuvo con entereza por parte de la sociedad militante, si bien estos esfuerzos no fueron suficientes para quebrar la apatía general.

De todos modos, podría decirse que el silencio ya se había instalado en las imágenes sobre la guerra. Si bien como vimos se estrenaron algunos filmes que intentaron poner en cuestión la guerra de Malvinas, la reacción del cine se correspondió con la del resto de la sociedad; el cese del fuego repicaba en las cabezas de los argentinos y con tono vergonzante y extremadamente crítico se enviaba a la única guerra del siglo XX al mundo de la irracionalidad, como un pasado infortunado que invitaba más al horror que a la comprensión.³ Y como la guerra era asociada inmediatamente a la dictadura, muchos políticos prefirieron no nombrarla, mientras el resto de los ciudadanos olvidó que los militares no habían estado solos en la contienda por el territorio.

Desde 1985 hasta 1999, el cine ignoró la guerra. Si bien en 1992 se estrena el documental *Me deben tres* (Carlos Giordano, Alejandra Marino, Ileana Matiasich, Alfredo Alfonso, Leo-

nardo Rueda, Juan Bautista Duizeide), donde los ex combatientes retoman la palabra y entran en escena otros testimonios como los de familiares, vecinos, periodistas e historiadores, no se conocen otras producciones cinematográficas que hayan llegado a salas comerciales ni a festivales. Es cierto que sobre la dictadura —como tema abarcador— también hubo pocos estrenos en ese período.⁴ Filmes como *Un muro de silencio* (Lita Stantic, 1993) o *De eso no se habla* (María Luisa Bemberg, 1993) alertaban sobre el mutismo de los noventa y *Cazadores de utopías* (David Blaustein, 1995) y la productora y realizadora Cine Ojo (fundada en 1986) inauguraban un largo listado de documentales políticos.

Es a partir de 1999 cuando el tema recupera entidad cinematográfica, aunque siempre de una forma lateral. A esta situación ayudaron la reactivación en la industria audiovisual —que había estado afectada por el ciclo económico de los noventa— y el resurgimiento de la dictadura como tema de debate tanto en los medios de comunicación como también en el ámbito de la justicia y de la sociedad en general. Por aquel entonces, se estrenó el documental *Malvinas, historia de dos islas* (Diego Maximiliano Alhadeff) y las ficciones *El visitante* (Héctor Olivera) y *Pozo de Zorro* (Miguel Mirra), pero el film que más impulso comercial tuvo es *Fuckland* (José Luis Marqués) en el año 2000. La película fue presentada como la primera producción clandestina sobre Malvinas y rodada según los postulados del Dogma 95, hecho inédito en la Argentina. Más allá de esta presentación, la película no aportó mucho a la memoria de la guerra. Si la intención del director y su equipo fue el registro de la vida cotidiana de los habitantes de las islas, ya Raymundo Gleyzer lo había hecho en el cortometraje *Nuestras Islas Malvinas* muchos años antes —en 1966— y de una forma finamente perceptiva.

Los 20 años de la guerra reavivaron el debate sobre el tema, pero sin que la reflexión se volcara significativamente al cine. Cabe preguntarnos qué pasó con el llamado Nuevo Cine Argentino, o con la fiebre documentalista que tantos aportes hizo en la tematización de la búsqueda de identidad de hijos de desaparecidos, el trabajo de Abuelas de Plaza de Mayo, la militancia política de los años setenta y demás. La historia de la guerra de Malvinas siguió sumergida, ahí, en lo profundo o reprimida, esperando una mano que la rescatara, que le diera presencia a los testimonios y a las distintas memorias. Una mano que pusiera a Malvinas bajo el aire conmemorativo general, a la vez que alentara una reflexión política diferente.

Iluminados

Finalmente, *Iluminados por el fuego* (Tristán Bauer, 2005) planteó algo diferente, se posicionó como una película más cercana a definirse por el género. Del mismo modo que en *Kamchatka* (Marcelo Piñeyro, 2002) o en la reciente *Crónica de una fuga* (Adrián Caetano, 2006), el relato *Iluminados...* se zambulle en la ficción. Si bien por momentos ve-

mos imágenes documentales, éstas resultan ser un recurso válido para la rememoración del personaje y la caracterización del presente de la historia.

Inspirada en el libro homónimo de los ex combatientes Edgardo Esteban y Gustavo Romero Borri, *Iluminados por el fuego* está contada en dos tiempos: el de la actualidad del periodista Esteban Leguizamón —40 años, una vida más o menos organizada y satisfecha— y el de lo recordado, con el espanto de la guerra como disparador o letanía. Esta segunda temporalidad de la narración emerge a partir del intento de suicidio de Vargas, un compañero de los días en Malvinas. Sin dudas, podemos catalogar al film como bélico en términos genéricos. Sus escenas de guerra remiten claramente a *Rescatando al soldado Ryan* de Steven Spielberg. Pero también se trata de una búsqueda documental. Como dice uno de sus protagonistas, Gastón Pauls: “Habla de ciertas cosas que pasaron en los últimos veintitrés años. Por ejemplo, al principio de la película hay un momento que yo voy en el auto y miro cartoneros: está presente también una realidad que si sólo pensamos que es una película bélica escamoteamos, nos quedamos en esa batalla.” Una película sensible que trae consigo el recuerdo de la penuria vivida por los jóvenes en la guerra y las consecuencias de la misma, con un lenguaje cinematográfico más acorde a esta época.

Si bien encontramos muchas cuestiones en común con *Los chicos de la guerra* —sobre todo en las experiencias de los soldados en el campo de batalla—, *Iluminados...* sostiene una denuncia, y es el suicidio de más de 300 ex combatientes, una cifra que supera la cantidad de soldados muertos en la guerra. Es allí donde se evidencia la falta de contención social que hubo durante más de 20 años sobre quienes protagonizaron el conflicto del modo más directo.

Sin embargo, el film nos deja cierta inquietud: cuando el personaje principal, Esteban, se enfrenta a un militar en plena situación de derrota y le dice “nosotros estamos en esta situación por culpa de ustedes”, produce cierta sensación de incomodidad que nos retrotrae a las reflexiones de los años ochenta. Y hasta quizás extrañamos a ese personaje estereotipado que encarnado por Ulises Dumot en *Los chicos de la guerra* gritaba enfervorizado “¡las Malvinas son argentinas, carajo!”. En este sentido, esquivar la cuestión del nacionalismo y los discursos patrióticos que hoy circulan sobre el tema, significa no poder comprender y contextualizar Malvinas políticamente. El advertir el sufrimiento de ese pasado y sus secuelas hasta el día de hoy es significativo para poder preservar al otro, pero también el preguntarnos y repreguntarnos ¿por qué Malvinas? nos ayudaría a entender a la sociedad en que vivimos. En suma, el debate político aún aguarda la apelación del cine.

¿Servirá la conmemoración de los 25 años de la guerra para profundizar su dimensión histórico-política? Si eso ha sucedido en estos últimos años con la militancia de los '70 o con cuestiones vinculados a la búsqueda de la identidad de la generación de hijos de desaparecidos, no hay razón pa-

Documentales sobre la guerra de Malvinas

1. *Malvinas, historia de traiciones* (Jorge Denti, 1984)
2. *Malvinas, alerta roja* (Eduardo Rotondo, 1985)
3. *Malvinas, me deben tres* (Carlos Giordano, Alejandra Marino, Ileana Matiasich, Alfredo Alfonso, Leonardo Rueda, Juan Bautista Duizeide, 1992)
4. *Malvinas, historia de dos islas* (Diego Maximiliano Alhadef, 1999)
5. *Malvinas, 20 años* (Román Lejtman, 2002)
6. *Operación Aligeciras* (Jesús Mora, 2003)
7. *Malvinas, la lucha continúa* (Fernando Cola, 2003)
8. *Locos de la bandera* (Julio Cardoso, 2005)
9. *No tan nuestras* (Ramiro Longo, 2005)

Films de ficción sobre la guerra de Malvinas

10. *Los chicos de la guerra* (Bebe Kamín, 1984)
11. *Los días de junio* (Alberto Fischerman, 1985)
12. *El visitante* (Héctor Olivera, 1999)
13. *Pozo de Zorro* (Miguel Mirra, 1999)
14. *Fuckland* (José Luis Marqués, 2000)
15. *1982, estuvimos ahí* (Cesar Turturro y Fernando Acuña, 2004)
16. *Iluminados por el fuego* (Tristán Bauer, 2005)

ra demorar el debate sobre Malvinas. Como importante vector en la transmisión de las memorias de nuestro pasado, el cine argentino aún no ha saldado su deuda con Malvinas.

BIBLIOGRAFÍA:

España, Claudio (comp). Cine argentino en democracia (1983-1993). Buenos Aires, Fondo Nacional de la Artes, 1994.

Guber, Rosana. ¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Lorenz, Federico. Las guerras por Malvinas. Buenos Aires, Edhasa, 2006.

Paulinelli María (coord). Cine y dictadura. Córdoba, Comunicarte, 2006.

Raggio Sandra, La Noche de los Lápices: los tiempos de la memoria, en: www.comisionporlamemoria.org

Rozitchner, León. Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia. Buenos Aires, CEAL, 1985.

1. Las guerras por Malvinas, Federico Lorenz, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
2. Ibíd.
3. ¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda, Rosana Guber, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
4. Hay que tener en cuenta que la producción en general fue escasa; en 1990, se estrenaron 12 películas, en 1991, 17; en 1992, 10; en 1993, 13; en 1994, 11 y en 1995, 23. datos de <http://www.bsas.gov.ar/areas/produccion/industrias/observatorio/estadisticascine/>
5. Entrevista en Página/12, 8 de Septiembre de 2005.

Tony Smith

Enterrador de fantasmas

Es un guía turístico kelper. Se especializó en campos de batalla. Hasta ellos condujo a turistas, historiadores, periodistas y veteranos de guerra ingleses. Pero también, en los últimos años, a ex combatientes argentinos, que con él visitan el escenario de sus pesadillas. Al igual que la mayoría de ellos, Tony es clase '62. Además, pasa parte del año en Buenos Aires porque está casado con una argentina. La suya es una mirada única para reflexionar sobre las heridas que dejó la guerra a ambos lados del Atlántico.

Por Roberto Herrscher

Fotografía Tito Braña

Es el único malvinense que actuó en dos películas argentinas.

En la primera, ni siquiera notó que lo estaban grabando. Recién cuando vio el producto terminado se dio cuenta de que se estaban burlando de él y de su gente. La película se llamaba *Fuckland*, y cuando Tony la menciona se le tuerce la cara.

A pesar de esa experiencia, no lo dudó cuando, cinco años más tarde, una productora argentina le ofreció hacer un pequeño papel en otro film: *Iluminados por el fuego*.

Estamos tomando un café en una confitería de Palermo. Tony, casado con una argentina, pasa parte del invierno en un departamento de esa zona elegante de Buenos Aires donde brillan más carteles en inglés que en Puerto Stanley.

Soy un ex combatiente argentino, estoy haciendo un libro que en parte refleja mi experiencia de guerra, estoy a punto de viajar a las Malvinas y un colega y amigo me recomendó los servicios del único guía de las islas especializado en giras bélicas y visitas a los campos de batalla: Tony Smith.

Pero Tony estará en Buenos Aires durante mi estadía en las islas. No podrá ser mi guía pero aceptó verme y darme información y consejos. Poco a poco, antes pero sobre todo después de mi viaje, se transformará en mucho más que una ayuda.

Es media mañana, tenemos el mapa de las Malvinas desplegado entre los cafés con leche y las medialunas, y no me acuerdo cómo fue que salió en la conversación el pasado cinematográfico de Tony.

Yo había visto las dos películas en Barcelona, donde vivo, y como todas las películas sobre Malvinas desde *Los chicos de la guerra* en 1985, me dejaron angustiado y ofuscado.

Iluminados por el fuego se dio en los cines con mucha publicidad después de que ganara el festival de San Sebastián. *Fuckland*, por alguna extraña razón, apareció en un festival de cine ecológico en Gavá, un pueblo de los alrededores de la capital catalana. Fue muy comentada en su momento porque el director, José Luis Marqués, había decidido grabarla en gran parte con cámara oculta y siguiendo los principios de un movimiento danés llamado *Dogma*, que prohíbe el uso de la luz artificial y el trípode. El método busca un cine que se asemeje al documental, con mucho uso de actores no profesionales y de la improvisación.



La película fue vendida como una obra que sienta los precedentes de un nuevo formato, la ficción/verdad, donde los límites entre la realidad y la ficción se desdibujan y el azar está presente casi como un protagonista más.

“A fines de 1999 me llamaron desde Buenos Aires para pedirme que viniera a buscar a un turista argentino y le hiciera un tour por los campos de batalla”, recuerda Smith. En 1999 se firmó un acuerdo entre Argentina y Gran Bretaña que permitía por primera vez desde la guerra la visita de ciudadanos argentinos a las islas. El 5 de agosto se había realizado un muy mediático y accidentado primer vuelo con argentinos. Cinco meses más tarde, el 11 de diciembre, desembarcaba en el aeropuerto de Stanley el actor Fabián Stratas, protagonista de la película. Stratas era un prestidigitador argentino que el director había encontrado trabajando en las calles de Nueva York.

Éste es el argumento de *Fuckland*: Fabián, un argentino empeñado con la reconquista de las Malvinas, viaja a las islas para seguir la guerra usando un nuevo método: seducir y hacer el amor con la mayor cantidad de isleñas posibles, pinchar los condones y lograr así inundar las Malvinas de argentinitos, que en una generación lograrían lo que no pudie-

ron Leopoldo Fortunato Galtieri y Mario Benjamín Menéndez.

El protagonista va grabando sus hazañas con cámara escondida, y en cada encuentro con un malvinense, comenta en voz baja a la cámara su desprecio por las ideas y las costumbres de los locales y su alegría por ser portador de la innata e inteligentísima gracia propia de los argentinos. Tal como prueban cada semana los programas de cámara escondida en la televisión, casi cualquier persona grabada con este método queda ante los ojos del espectador como un perfecto imbécil.

Además de *Stratas*, la película sólo contó con un participante “voluntario”: una joven actriz inglesa contratada por internet, que hace el papel de la única kelper que el Don Juan criollo logra seducir. En una escena desagradable y con tintes violentos, Fabián apura el contacto sexual con su conquista en una playa ventosa y desierta.

En la primera escena, Fabián escucha en el aeropuerto la explicación de un oficial británico sobre la peligrosidad de las minas terrestres que quedan sembradas por las dos islas principales. Su personaje toma las advertencias como un insulto a los argentinos que vienen a bordo. “La culpa es nuestra. Nosotros pusimos las minas”, dice la voz en off de Fabián, como si el hecho de haberlas puesto fuera una acusación sin fundamento del oficial inglés.

Sale de la terminal, se sube al Land Rover del guía que había contratado, pone el bolso con el agujero por donde graba la cámara dirigido al chofer y le va dando conversación mientras la voz en off sigue haciendo comentarios con tono sobrador: “¿Ya se habrá dado cuenta que soy argentino? Fucking Argie. Se cae de culo”.

Pero Tony dice: “¿Este paisaje te recuerda un poco al sur argentino, la Patagonia?”, demostrando que obviamente sabe de dónde viene y que el insulto está sólo en la cabeza del que cree que el otro también lo desprecia y tampoco se lo dice.

Su primera salida es al pub, siempre con la cámara oculta. Mientras toma cerveza y nadie le habla, el Fabián en off dice al espectador: “My name is Fabián. I’m from Argentina. Y me cagan a trompadas”. Va a los baños y se mete en el de damas. “Hey, it’s ladies!”, le advierte en voz alta una señora que está saliendo. “¡Qué amorosa la gorda!”, nos dice el protagonista, como si nos diera un codazo cómplice.

La película da un giro al final, porque la chica que se había acostado con Fabián le deja grabado en su cámara *secreta* un mensaje en el que lo acusa de soberbio, egoísta y mentiroso, pero ya es tarde para que los espectadores desprevenidos den vuelta atrás y miren las islas y la aventura del intrépido visitante con ojos distintos que los suyos.

“Me metí en un cine de Buenos Aires a ver la película y no lo podía creer”, dice Tony Smith. “Hacían aparecer como si todo estuviera prohibido, como si estuvieran desvelando un gran secreto, y en realidad el único lugar donde está prohibido grabar es el aeropuerto, porque es un aeropuerto militar”.

Cuando volvió a Puerto Stanley, Tony se alegró de que sus vecinos no hubieran oído hablar de la película. “Ya desde el nombre es realmente fuerte. Se lo toman como un juego, en los carteles parece algo muy gracioso, pero no sé si se dan cuenta de lo fuerte que es la palabra, el concepto. O tal vez sí se dan cuenta, y es mucho peor”.

Tony Smith tiene mi edad, la edad de los ex combatientes argentinos de Malvinas. Nació en una pequeña estancia en la isla Gran Malvina, y estuvo trabajando de mecánico en Puerto Stevens durante todo el conflicto. “Los únicos argentinos que vimos fueron unos pocos soldados que bajaron de un helicóptero pocos días después de la invasión. Yo estaba fascinado con el helicóptero. Los soldados no nos prestaban mucha atención. Mi amigo, el hijo del administrador, le preguntó al jefe: *¿qué van a hacer cuando vengas las tropas británicas? Y el oficial le dijo: No, seguro que no vienen. En unas semanas todo va a volver a la normalidad, y el único cambio va a ser que nosotros estaremos a cargo*”. Al rato el helicóptero se fue, y Tony y su amigo siguieron el resto de la guerra por la BBC y por los relatos de sus vecinos.

El chico ya había tenido contacto con la dura vida de trabajo en las islas en ese primer trabajo, a los 15 años, desmontando la planta de hierro corrugado a bordo de la goleta *Penélope* y con su legendario capitán Finlay Ferguson. Me impresionó mucho esta historia,

porque el *Penélope* fue el barco donde yo pasé un mes como conscripto de la marina, llevando provisiones y gasolina, buscando muertos y sobrevivientes de un naufragio y transportando comandos de ejército. Yo navegué durante la guerra en el *Penélope* y con Finlay Ferguson.

En los años despreocupados de su adolescencia, Tony sólo quería un trabajo donde pudiera estar al aire libre. “El campo malvinense es un lugar tranquilo y pacífico para vivir, pero para un adolescente es bastante aburrido. Yo estaba excitado con las operaciones militares, pero también tenía miedo. Sabía lo que la dictadura estaba haciéndole a miles de argentinos. Con todas sus fallas”, dice, “nosotros siempre habíamos vivido en una democracia”.

Al final de la guerra, Tony y su amigo, el hijo del administrador, aprovecharon que las tropas de regreso a casa ofrecían lugares en los barcos. Hicieron el viaje hasta Inglaterra en el *Norland* y así conoció la metrópolis.

“Había pasado demasiado poco tiempo desde los combates y los soldados no habían bajado a tierra. Yo no creía mucho de las historias que contaban, glorificaban todo. Una noche hubo una fiesta a bordo. Empezaron a emborracharse y decían atacamos esta posición y los cuerpos volaban por todos lados.”

Yo también viajé en el *Norland*. Cuando terminó la guerra, nos quedamos una semana de prisioneros y el 20 de junio subí con cientos de soldados más a ese ferry que habitualmente hace la ruta entre Escocia y Holanda. A la mañana siguiente llegamos a Puerto Madryn, donde empezó mi vida de ex combatiente.

Apenas el *Norland* dejó a sus prisioneros argentinos, volvió a Puerto Stanley y embarcó a los Guardias Escoceses que habían combatido en el monte Tumbledown. Con ellos compartió viaje Tony Smith.

“Había pasado demasiado poco tiempo desde los combates y los soldados no habían bajado a tierra. Yo no creía mucho de las historias que contaban, glorificaban todo. Una noche hubo una fiesta a bordo. Empezaron a emborracharse y decían *atacamos esta posición y los cuerpos volaban por todos lados*. En un momento un tipo se paró y tiró una botella al otro lado de la sala y empezaron una pelea. Nosotros estábamos en medio y estos locos se estaban tirando sillas. Le dije a mi amigo que me iba a dormir, y desde el camarote oía que empezaban a pelear otra vez. A la mañana tuvieron que traer al carpintero para que arreglara el desastre, pero ya los tipos se habían calmado mucho. Al día siguiente empezaron a contar otro tipo de historias, menos gloriosas y mucho más terribles”.

Después de trabajar unos años como mecánico en Puerto Stanley, Tony decidió montar su propio taller. En 1989 el incipiente fenómeno del turismo le dio la idea de combinar su experiencia como conductor y mecánico con su deseo de vivir al aire libre. Sus primeras excursiones fueron a las colonias de pingüinos emperador al norte de Puerto Stanley. “Empecé a buscar otras especies y otros lugares. Les pedía permiso a los dueños para visitar sus playas con turistas”. Al principio venían en los vuelos de la Fuerza Aérea Británica, unos 20 ó 30 por vuelo. Casi todos de Gran Bretaña o Europa del Norte.

“Estaba haciendo tours de vida silvestre cuando un primo mío le dio mi teléfono a un productor de la televisión inglesa que estaba preparando un programa para el décimo aniversario de la guerra. Así es como empezó todo”.

Smith trabajó con el equipo de filmación, el productor quedó satisfecho y le pasó su nombre a la BBC. El canal público trajo para el aniversario a tres ex combatientes británicos. El que más impresionó a Tony fue Simon Weston, un veterano corpulento y afable de los Guardias Galeses que sufrió severísimas quemaduras cuando se incendió el buque de transporte *Sir Galahad* durante el desembarco en San Carlos. “Él no entró en combate. Lo hirieron antes de desembarcar. Le habían hecho al menos sesenta operaciones para tratar de darle una cara. Fue uno de los más quemados. El director me decía que muchos no querían hablar ni interactuar con la gente, pero Simon contaba cosas. Sin embargo, no se lo oía como una persona tranquila, actuaba y hablaba todo el tiempo. Decía que había perdido muchos amigos, que pensaba que no había valido la pena”.

En los años que siguieron a la contienda Simon Weston se había transformado en una voz -y una presencia- que denunciaba los terribles efectos de las guerras. “Me pidió perdón, porque sabía que yo sí pensaba que había valido la pena, pero me explicó por qué él pensaba que el precio había sido demasiado alto. Recuerdo que fue la primera vez que conocí a una persona que me hacía cambiar mi manera de ver las cosas. Podía entender qué veía, qué sentía él”.

En el grupo que trajeron para ese programa también había un oficial de los Marines. “Caminaba en frente de la cámara como si estuviera guiando a su tropa. Nos llevó desde abajo hasta arriba de la montaña, por todas las etapas de la batalla. En un momento dijo *no, ahora me acuerdo de más cosas. Vamos a hacerlo todo de nuevo*. Hacía mucho frío y yo me imaginaba cómo debió haber sido esa batalla. Llegó a la cima y dijo: *Acá es donde nos paramos y vimos tan cerca las luces de Puerto Stanley, los autos con sus luces paseando por las calles*. Le pareció surrealista que en la montaña se estuvieran matando y ahí abajo hubiera un pueblo donde la vida seguía”.

Tony sentía mucha curiosidad y necesidad de entender lo que había pasado. Empezó a recorrer los campos de batalla. “Los isleños no van nunca a esos lugares, hay algunos que quedaron exactamente como estaban. Es increíble la cantidad de cosas que todavía están desparramadas en los pozos, en las montañas”.

Después del programa de la BBC lo empezaron a llamar veteranos británicos para que los llevara a los lugares donde habían combatido. Algunos de sus vecinos le recriminaron este costado *lúgubre* de su oficio de guía, pero Tony lo ve como una experiencia fuerte y casi como un servicio público. “Algunos sufren un bajón emocional. Puede ser un minuto o dos, pero les ayuda a sacarse de encima una piedra pesadísima. En las Malvinas lo llamamos *enterrar los fantasmas*”.

“Una vez vino un marine. Estaba en un crucero por Sudamérica con su esposa y las islas estaban en el itinerario. Me escribió un e-mail diciendo que quería que lo llevara a San Carlos, donde su regimiento había sido bombardeado. Pedí un permiso especial, porque es zona restringida. Sólo tenía de 9 de la mañana a 5 de la tarde, a la noche tenía que estar de vuelta en el crucero, y el viaje es muy largo. El tipo parecía el típico soldado profesional, un tipo duro. Llegamos y me empezó a explicar lo que había pasado, cómo los soldados argentinos llegaron y tiraron una bomba donde estaba su grupo, y cómo la onda lo tiró a un pozo. Algunos de sus hombres murieron en la explosión. De uno de ellos no quedó prácticamente nada. En un momento el hombre se detuvo y me dijo: *Perdóneme. Tengo que alejarme un rato. Y se fue por el campo*”.

Cuando volvió, el marine le dijo que apenas acabado el bombardeo se puso a escribir en un papel la lista de los muertos. “Después del bombardeo sacó el papel y vio que había empezado a escribir la misma lista seis o siete veces. Ahí se dio cuenta de lo afectado que estaba. Creía que tenía el control de la situación, y en realidad estaba en estado de shock. Cuando me estaba contando la historia, de pronto le empezó a pasar lo mismo. Esa noche, tomándonos unas cervezas en el barco, me dijo que nunca se había imaginado volviendo al mismo lugar y que lo afectó mucho que todo estuviera exactamente como lo había dejado”.

Unos tres años después de su primera visita a las Malvinas, volvió Simon Weston. Ya se había convertido en una personalidad de la televisión, el ex combatiente mediático.

“Estaban haciendo un programa de Navidad conectando a militares que estaban en distintos lugares del mundo, y Simon era el anfitrión. Esa vez los militares organizaron todo y yo no participé, pero un día salí y ví a Simon caminando en una calle de Stanley. Se iba alejando, pero su cabeza con parchotes de pelo era inconfundible. No sabía si querría hablar conmigo, pero corrí a saludarlo y lo noté mucho más relajado, mucho más como una persona normal”.

La televisión volvió a traer a Simon Weston a las Malvinas por tercera vez, para un programa sobre héroes que salvaron vidas o hicieron algo notable y no fueron reconocidos. “Simon los iba presentando. Estuvieron una semana haciendo el programa y pasamos bastante tiempo juntos. Un día estábamos los dos sentados en un acantilado, mirando el mar. Era un precioso día de sol, y él me dice: *Me siento como si hubiera venido a las Malvinas por primera vez*. Ahí sentí que había dejado finalmente atrás el sufrimiento de la guerra”.

Estuvimos sentados toda la mañana en ese bar de Palermo y, si bien no pudo ser mi guía en Malvinas, Tony Smith fue el primer y el último embajador de su gente, me ayudó a preparar el viaje y encontrar a la gente que buscaba, y a mi vuelta, nos volvimos a sentar en la misma mesa. Ahora quería que me contara los viajes que hizo con ex combatientes argentinos.

“Llevé a docenas y docenas de británicos, pero sólo un puñado de argentinos. Sólo en 1999 pudieron empezar a ir, y casi ninguno sabía inglés. Yo había elaborado mapas con



las posiciones de todos los regimientos de los dos ejércitos, y eso me ayudó mucho a guiar a los argentinos”.

Igual que con los británicos, los primeros ex combatientes argentinos que llevó Tony vinieron con un equipo de televisión. “Trajeron a dos que habían estado en pozos de zorro muy cerca el uno del otro. Los llevé al lugar y apenas reconocieron el sitio se olvidaron de las cámaras y la gente. Se pusieron a buscar como locos y no pararon hasta encontrar cada uno el pozo exacto donde habían pasado casi toda la guerra. Cavaron, trajeron piedras, movieron cosas...”.

Pero una vez terminado el trabajo, Tony Smith se extrañó por el comportamiento tan distinto de cada veterano. “Uno quiso dejar el pozo como había estado en la guerra, con las cosas que acababa de poner y sacar. El otro volvió a poner cada cosa tal como la había encontrado. No sé si necesitaba hacerlo así o creía que era cortés dejar las cosas como estaban. Los pozos parecían una tumba abierta y una tumba cerrada”.

Tony también se acuerda de un oficial de ejército que manejaba un carro blindado. “Me pidió que lo llevara cerca de Moody Brook, donde había estado su grupo. Caminé solo y miré por todos lados. Levantó una plancha de hierro y ahí abajo encontró un guante de cuero. Estaba contentísimo, me dijo que esos guantes tenían un valor emotivo muy grande para él, y que encontrar uno había sido importante. Hicimos un picnic, era un día precioso. Cada tanto me manda mails. ¡Hasta un día me lo encontré de casualidad saliendo de un cine en Buenos Aires! No lo podíamos creer”.

En el 2005, cinco años después de ver atónito *Fuckland* en un cine de Buenos Aires, Tony Smith otra vez hizo de guía turístico en una película argentina, pero esta vez con su consentimiento. Durante el viaje de 1999, la intensa semana en que llegó a las islas un grupo de argentinos, casi todos periodistas, Smith había conocido a Edgardo Esteban, el autor de las impactantes memorias de la guerra *Iluminados por el fuego*. Esteban era el único ex combatiente del grupo, y a su vuelta escribió un relato del viaje, que pasó a convertirse en un extenso prólogo de su libro.

El cineasta Tristán Bauer tomó esa combinación -la experiencia del regreso y el dramático viaje de vuelta a las islas- como el tema de su película. Esteban Leguizamón, el protagonista y *alter ego* de Edgardo Esteban, es un periodista porteño de televisión cuyas pesadillas de la guerra vuelven a azotarlo en la vigilia de la larga agonía de su mejor amigo,

que se suicida. La película combina la muerte de Antonio Vargas, el ex combatiente suicida, el pedido de su viuda para que Leguizamón lleve su placa identificatoria a Malvinas y el viaje del periodista al lugar del que su amigo no pudo volver, con *flash-backs* de los violentos combates, los momentos de camaradería de los soldados y las actitudes soberbias y miserables del teniente a cargo de su regimiento.

Esteban, representado con emoción contenida por Gastón Pauls, llega a Puerto Stanley y se aloja frente al parque infantil con el barco de madera y los columpios. “Todo está listo para mañana. Tony te pasará a buscar a las 9,” dice la señora del hostel.

“¿Cuántas minas hay todavía enterradas?”, pregunta Leguizamón.

“Unas 25.000”, contesta Tony Smith.

“¿Y trataron de sacarlas?”.

“Al principio, sí. Pero era demasiado peligroso y tuvimos varios heridos”, cuenta el personaje de Tony mientras maneja su Land Rover, y con el mismo tono con el que su persona genuina contestaba mis preguntas en la entrevista. “Es una pena, porque esta es la playa donde yo iba a jugar cuando era chico. Ahora toda el área es un gran campo minado”.

En la penúltima escena de la película, el ex combatiente que vuelve le pide al guía que lo deje solo, se mete en su pozo y encuentra la foto y el reloj que había dejado ahí en 1982. “Los viejos amores que no están, la ilusión de los que perdieron... todo está guardado en la memoria”, canta León Gieco, mientras Esteban llora abrazado a la vieja foto.

“No lo filmaron en el lugar mismo, pero no importa”, dice Tony. “Creo que muestra la realidad de la guerra y el sufrimiento de los ex combatientes argentinos, de lo que nosotros sabíamos tan poco”.

Volver. Siempre se vuelve, sobre todo por las noches, al corazón de la guerra, pero en el siglo XX empezó un fenómeno nuevo: empezaron a volver en masa los ex combatientes al lugar donde pelearon, donde mataron, donde una parte de cada uno quedó muerta y enterrada.

En los años treinta los ingleses y norteamericanos empezaron a volver a las trincheras de Francia y Bélgica donde habían sufrido la Gran Guerra. Tal vez a enterrar, revivir o visitar a sus fantasmas. Europa y Asia recibieron durante los cincuenta y sesenta la visita de los sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial. Muchos norteamericanos vuelven ahora a Vietnam a tratar de hacer las paces con el horror.

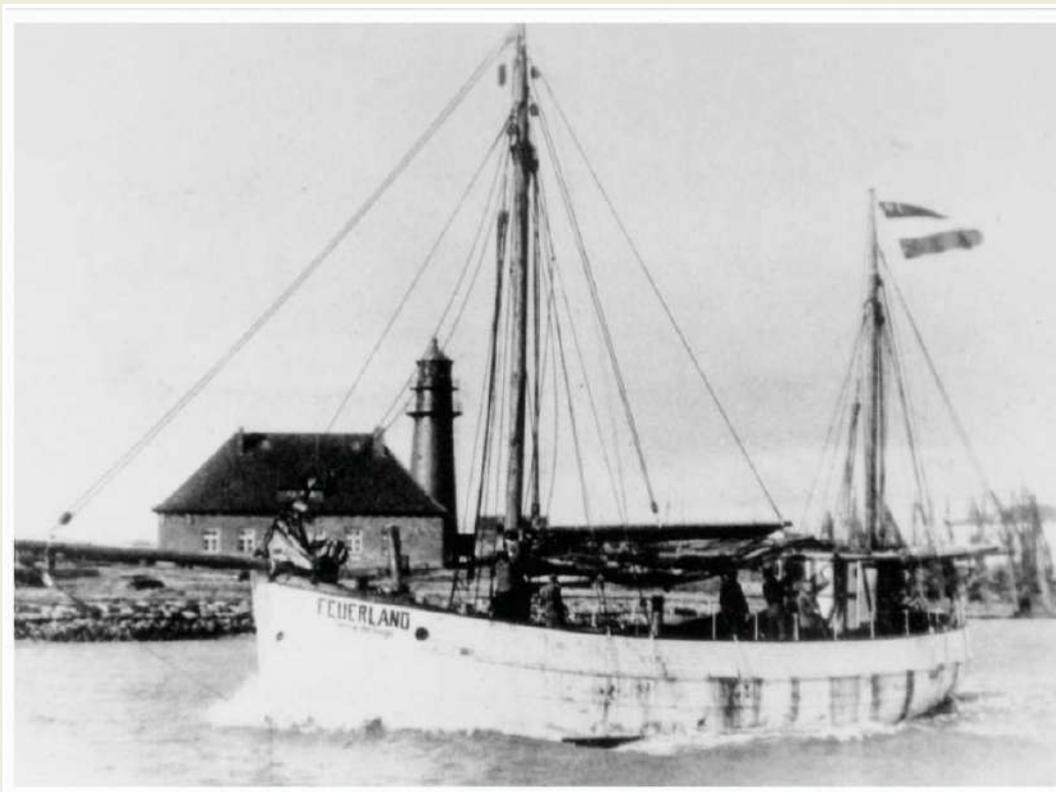
¿Para qué volver? Yo volví buscando la historia de aquella pequeña goleta de madera llamada *Penélope*, donde pasé los días más intensos de mi paso por la guerra. Fui a Malvinas como periodista, a pedirle a la gente que me contara cosas que salen en estos días en mi libro.

Pero también, es cierto, fui como los demás a *enterrar fantasmas*. Me estaba buscando, y me sigo reconociendo en las historias de los extraños turistas desorbitados que lleva Tony Smith hasta el escenario de sus pesadillas.

En sus historias me siento más angustiado y menos solo, y entiendo un poco mejor por qué quería volver a las Malvinas. Tal vez todos, de una u otra manera, tenemos alguna vieja guerra a la que necesitamos y tememos volver con un Tony Smith.

Roberto Herrscher se licenció en Sociología en la Universidad de Buenos Aires y posee un Master en Periodismo por la Universidad de Columbia y un posgrado del Instituto para el Desarrollo de Periodismo Internacional de Berlín. Es director del Master en Periodismo organizado por la Universidad de Barcelona y la de Columbia. Ha impartido talleres y seminarios en la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano en Cartagena de Indias. El 11 de abril de 1982, con 19 años y a punto de terminar su servicio militar, fue enviado a Puerto Argentino. Durante un mes de constantes ataques aéreos, formó parte de la dotación de la pequeña goleta *Penélope*, decomisada por la Armada a la Falkland Island Company. A su regreso, y a lo largo de los años, escribió en diversos medios sobre su experiencia en Malvinas. Es autor de un capítulo sobre la cobertura periodística de la guerra en el libro *La noticia deseada*, de Miguel Wiñazki.

Los viajes de Penélope



El relato de no ficción *Los viajes del Penélope* sigue las peripecias de una pequeña goleta de 16 metros de largo, construida en Alemania en 1927, y las formas en que sus tres historias se imbrican con la historia personal y familiar del autor.

Con el nombre *Feuerland* (Tierra del Fuego en alemán), el barco fue construido para la expedición a tierras patagónicas y fueguinas del explorador y aviador alemán Gunther Plüschow. Tras recorrer los canales fueguinos, Plüschow vendió la goleta a un hacendado de las Malvinas en 1929.

Desde ese año y hasta abril de 2006, el *Feuerland*, con el nuevo nombre de *Penélope*, fue destinado al transporte de ovejas, vacas, caballos, lana e infinidad de cosas más y fue usado para realizar estudios de fauna y flora malvinense en viajes que lo llevaron hasta los más remotos confines de las islas. Los kelpers más memoriosos no recuerdan otro barco que haya recorrido tanto de la geografía isleña como el *Penélope*. En abril de 2006, otro navegante alemán compró la goleta a su

último dueño malvinense, lo volvió a llamar *Feuerland* y a pintar como en la época de Plüschow y lo llevó de vuelta al puerto de donde había salido hacía 80 años.

Pero esta historia tiene, además de esas partes alemana y malvinense, un tercer elemento, tal vez el más dramático: en mayo y junio de 1982, la Armada argentina decomisó la goleta y la usó para transporte de combustible, víveres y tropa. Uno de los siete tripulantes nacionales, y el único conscripto del grupo, fue el autor del presente artículo y de *Los viajes del Penélope*. Por eso, la narración de las tres historias del barco es también una búsqueda personal.

En Buenos Aires, en Malvinas y en Alemania (de donde su padre salió al exilio, como judío perseguido, en 1936), el autor buscó durante seis meses las huellas de un barco en cuyas entrañas navegan, todavía, sus fantasmas de la guerra, junto con los espectros de muchas otras historias y otros conflictos.

Ficciones de una guerra

¿Cómo ha tratado la narrativa argentina de los últimos años el conflicto bélico y la postguerra? ¿Qué diferencias hay en esos textos respecto de los relatos testimoniales?

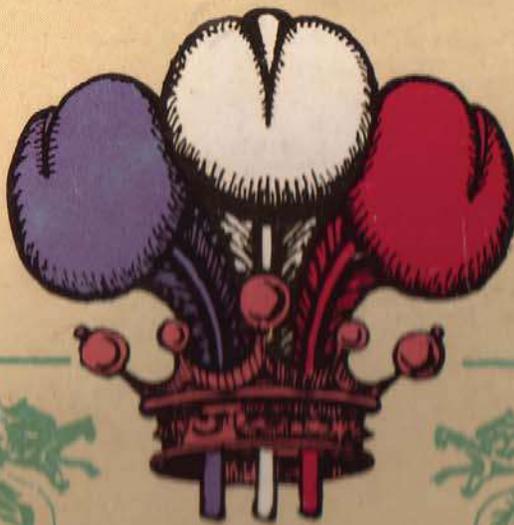
Por Julieta Vitullo

Sergio Delgado combatió en la batalla de Monte Longdon, recordada por británicos y argentinos como la más sangrienta de la guerra. En el documental *No tan nuestras* (2005), de Ramiro Longo, Delgado cuenta que la primera vez que, refugiados en su pozo de zorro, él y un compañero sintieron el bombardeo de los ingleses, el silbido de las bombas les recordó el ruido de las tortas voladoras en un episodio de *Los tres chiflados* y que, al notar el parecido, no podían parar de reír. La risa atenuaba el miedo al bombardeo, situación que, en su novedad, era “como la primera vez que ves una mina en bolas”. Delgado también cuenta que sus borceguíes destrozados le hacían acordar a la imagen de un habano explotando en la boca de alguno de *Los tres chiflados*, o de un personaje de dibujito animado. El testimonio de Delgado no es épico, ni patriótico. En sus ruidos, en sus efectos especiales, la guerra imita al arte, es como en las películas o la televisión. Lo demás es la pelea diaria por buscar comida y no morir de frío.

Delgado muestra una capacidad excepcional para agregarle humor al relato de una experiencia límite, de miedo y dolor. Lo vemos en su casa. De fondo hay un afiche de San Martín que, sin indicar un contraste inmediato, de tanto en tanto sugiere la comparación entre la consagrada estatua del prócer y de su empresa libertadora y el relato que oímos, menos colmado de hazañas que de rebusques. La cámara se detiene en un primer plano de sus ojos llorosos cuando, cer-

veza en mano, declara que el dolor más grande para los veteranos fue haber perdido la guerra. El realizador del documental nunca le reclama reivindicaciones de la soberanía argentina. Más bien lo deja armar un relato que no responde a esas exigencias ni se adapta a las reglas del género bélico o épico. Lo que aquí realmente cuenta es la supervivencia, y los elementos del relato desentonan con las imágenes heroicas, de sacrificio o de gloria, propias del género bélico (fusiles que no disparan, falta de comida, se trafica bondiola y cigarrillos, después de la rendición los ingleses tratan a Delgado “como un rey” y se ponen a hablar de rock).

No tan nuestras es un filme único en su género porque logra lo que otros testimonios no consiguen: escapar a las prerrogativas nacionalistas y reivindicatorias de la causa justa. Como testimonio es atípico, porque produce una empatía en el espectador, sin necesidad de explotar las potencialidades que el discurso en primera persona trae aparejadas en tanto productor de verdad. En este testimonio, ciertos detalles significativos del relato promueven un efecto de *irrealidad*, inverso al de los detalles insignificantes que en la ficción realista, según señalaba Roland Barthes, apuntaban precisamente a dar un *efecto de realidad*. El testimonio de Delgado requiere, por parte del espectador, una suspensión de la verosimilitud; los detalles resultan increíbles e inesperados, la realidad imita a la ficción (no a una ficción bélica sino cómica: *Los tres chiflados*, los dibujos animados).



Los Pichy-cyegos

VISIONES DE UNA BATALLA SUBTERRANEA

Rodolfo Enrique Fogwill



Ediciones de la Flor

930cm3

Si la eficacia de la ficción realista reside en lograr un efecto de verdad a partir del uso del detalle insignificante, en *No tan nuestras* la no-ficción logra su eficacia al hacer lo contrario, es decir, es verdadera en tanto no lo parece.

No todas las narrativas de la guerra de Malvinas cuentan una lucha por la supervivencia o desconfían de la inserción de este relato en un marco épico. Muchos de los textos testimoniales hacen de la glorificación de los mitos nacionales y de la reivindicación de la soberanía condiciones necesarias para su propia producción y validación, e intentan construir una épica. El recorrido por unos pocos títulos es ilustrativo: *La batalla aérea de nuestras islas Malvinas: el espíritu nacional sanmartiniano*, de Francisco Pío Mattassi, *El combate de Goose Green. Diario de guerra del comandante de las tropas argentinas en la más encarnizada batalla de Malvinas*, de Ítalo Piaggi, Malvinas. *Un sentimiento*, de Mohamed Alí Seinfeldín.

Pese a que muchas han sido las voces de denuncia que se han alzado durante la guerra y después, existe aún una visión más o menos consensuada entre los argentinos según la cual la guerra fue una “causa justa”. Son ampliamente aceptados, desde tendencias ideológicas de derecha, los argumentos acerca de que las islas son un territorio irredento cuya recuperación es inseparable de la identidad o el ser nacional. La izquierda, por su parte, imaginó desde siempre una versión antiimperialista de la lucha por Malvinas en virtud de la cual el 2 de abril del ‘82 los militares genocidas parecieron convertirse automáticamente en luchadores contra la antigua potencia colonialista. Al mismo tiempo y paradójicamente, esa causa justa aparentemente incuestionable no se ha celebrado sino de manera dubitativa y un tanto vergonzante. Pero el panorama es otro en el ámbito de la ficción.

A veinticinco años de la guerra de Malvinas, existen por lo menos una docena de novelas, numerosos cuentos, poemas, piezas teatrales y películas que la tienen como tema central. Además de los analizados en este artículo, caben mencionar, en narrativa, las novelas *Pradera del Ganso*, de Andrés Balla, *Arde aún sobre los años*, de Fernando López, *La flor azteca*, de Gustavo Nielsen, *A sus plantas rendido un león*, de Osvaldo Soriano, *Latas de cerveza en el Río de la Plata*, de Jorge Stamadianos y Kelper, de Raúl Vieytes, las nouvelles *El desertor*, de Marcelo Eckhardt, y *La causa justa*, de Osvaldo Lamborghini, y los cuentos “Memorándum Almazán”, de Juan Forn, “El aprendiz de brujo” y “La soberanía nacional”, de Rodrigo Fresán, “Impresiones de un natural nacionalista” y “El amor de Inglaterra”, de Daniel Guebel. En poesía, los poemas “Juan López y John Ward” y “Milonga del muerto”, de Jorge Luis Borges. En cinematografía, los largometrajes *Fuckland*, de José Luis Marqués, *La deuda interna*, de Miguel Pereira y el cortometraje *Guariso*, de Bruno Stagnaro. En teatro, Puerto Argentino, de Gerardo David Crisante, Barada, de Jorge Leyes, *Continente viril*, de Alejandro Rubino, *Del sol naciente*, de

Griselda Gambaro, y *Las Malvinas*, de Osvaldo Guglielmino. La novela *Los pichiciegos* de Fogwill, escrita cuando la Argentina aún no había firmado la rendición y texto fundacional de las ficciones en torno a la guerra, establece una premisa sobre la que trabajarán buena parte de las producciones posteriores: la ausencia del elemento épico como condición *a priori* para contar la guerra.

En 1993, los académicos Martín Kohan, Oscar Blanco y Adriana Imperatore, en su artículo. *Trashumantes de neblina, no las hemos de encontrar. De cómo la literatura cuenta la guerra de Malvinas*, plantearon que es en la ficción donde se pueden encontrar versiones de la guerra que desconstruyan el Gran Relato Nacional, que eludan la autoridad de los mitos nacionales, la glorificación de la causa justa y de la soberanía argentina sobre las islas, y que logren salir-

Anthony Swofford, veterano de la Guerra del Golfo y autor de *Jarhead*, un libro de memorias de esa guerra que fue recientemente llevado al cine, señala que es falsa la creencia de que la mayoría de las películas sobre la guerra de Vietnam son antibélicas. Más allá del supuesto mensaje, dice Swofford, todas las películas sobre el tema, las de Kubrick, Coppola o Stone, son en realidad probélicas, porque para un militar, ver imágenes de masacre y muerte es como asistir a una película porno.

se de las dos versiones predominantes de la guerra que parecían haberse instalado en la sociedad de manera hegemónica y a las que estos críticos denominaban la versión *triumfalista* y la del *lamento*.

Según la versión *triumfalista*, la guerra del ‘82 fue una epopeya, la gesta heroica de un pueblo encendido en la defensa de su nación. Los testimonios de los soldados, las cartas que les fueron escritas por familiares, amigos o desconocidos, los discursos oficiales y de los medios de comunicación dan cuenta de esta versión, con variaciones que adaptan la forma a las circunstancias de enunciación pero que en esencia dicen lo mismo. Todas se fundan en un discurso nacionalista elemental (un nacionalismo no militante, del tipo que, de acuerdo con la conocida tesis de Benedict Anderson, es *una construcción cultural hegemónica compartida por una comunidad de individuos*).

La versión del *lamento* pretende revelar el carácter farfesco de la guerra pero sin dejar de lado un anhelo, un deseo insatisfecho hacia la gesta heroica, sin dejar de lado una suerte de *nostalgia épica*. Esta versión sostiene la legitimidad del reclamo, la causa justa de una guerra lamentablemente mal conducida, y adhiere al mismo sistema de valores que la versión *triumfalista*, sin lograr escapar a la lógica de la gesta nacional. Un ejemplo ilustrativo de esta versión sería la reciente adaptación cinematográfica del testimonio de Edgardo Esteban, *Iluminados por el fuego* (1993,

2005), ya que pese a sus muchos aciertos, el filme de Tristán Bauer queda atrapado en esa lógica.

El enemigo invisible

Anthony Swofford, veterano de la Guerra del Golfo y autor de *Jarhead*, un libro de memorias de esa guerra que fue recientemente llevado al cine, señala que es falsa la creencia de que la mayoría de las películas sobre la guerra de Vietnam son antibélicas. Más allá del supuesto mensaje, dice Swofford, todas las películas sobre el tema, las de Kubrick, Coppola o Stone, son en realidad probélicas, porque para un militar, ver imágenes de masacre y muerte es como asistir a una película porno. Si Swofford tiene razón y todos los filmes de guerra son probélicos, entonces quizás el gran acierto del film de Tristán Bauer es justamente su capacidad de sortear esa trampa del género.

Cuando se estrenó, la crítica coincidió en señalar que uno de los aciertos de la película era haber logrado, por primera vez en el cine argentino y pese al escaso presupuesto, una impecable realización de las escenas bélicas. En efecto, nunca antes el cine argentino se había embarcado en semejante empresa. Sin embargo, bien mirado, no es mucho lo que el espectador ve de las batallas. Y es en ese mostrar poco que *Iluminados por el fuego* sortea la tentación de los filmes bélicos que, como apuntaba Swofford, suelen mostrar demasiado. La única escena de combate cuerpo a cuerpo que se nos presenta es tan oscura que se hace extremadamente difícil ver lo que está pasando. Se escuchan gritos y disparos y los soldados de ambos bandos pasan corriendo como sombras. La película le niega al espectador la posibilidad de calmar su sed de imágenes bélicas.

En su texto testimonial, Edgardo Esteban señala que al volver a las islas lo impactó el tamaño de la nueva base militar en la que se halla situado el aeropuerto de Mount Pleasant. *Era un monstruo inmenso*, señala, *una base militar de una dimensión realmente injustificada ... para esperar a un enemigo imaginario*. Si en el texto de Esteban ese enemigo imaginario agrupa a los argentinos que regresan a las islas varios lustros después de la guerra, en la película, el enemigo imaginario son los mismos ingleses. Porque la película resalta la imposibilidad de contar la guerra como una épica, mediante algunas escenas patéticas y humorísticas, y sobre todo al negarse a representar al enemigo inglés. Además de los militares argentinos, verdaderos enemigos de los soldados conscriptos, los únicos enemigos visibles son las ovejas. Hay una escena en la que los soldados aparecen al acecho, diciendo “ahí están”, “son un montón”, y los vemos prepararse para un ataque que, en seguida descubrimos, no era sobre el enemigo inglés sino sobre un rebaño de ovejas. Esta escena plantea, como lo hacen muchas de las ficciones de Malvinas, que la guerra no se debe narrar como una épica sino más bien como una picaresca en la que los personajes no luchan por la patria sino por su superviven-

cia. La experiencia estrictamente bélica sería irrepresentable porque en la guerra no se trata sino de sobrevivir.

Pero al final de la película, escuchamos la voz en *off* de Esteban Leguizamón que contradice esos intentos. Leguizamón (Gastón Pauls) lamenta que los ingleses se apoderaran “una vez más de nuestras islas y festejar(a)n sobre nuestra sangre”. Y una leyenda en los títulos finales instala otra vez el lema recurrente, esa especie de contraseña obligada, presente en libros de texto, manuales, sitios web, afiches, pintadas callejeras, programas de televisión, camisetas, etc.: *Las Malvinas son argentinas*. Así, pese a que el centro de atención de la película no había sido la reivindicación de las Malvinas argentinas sino la denuncia del estado genocida, del gobierno militar y de los sucesivos gobiernos que ignoraron los reclamos de los ex combatientes, la leyenda del final vuelve a crearnos la inquietud de si es posible convivir con los fantasmas, homenajear y recordar a los que murieron y a los que quedan vivos, eludiendo los mandatos de un nacionalismo no necesariamente militante pero verdaderamente eficaz y sin decir *Las Malvinas son argentinas*.

Soldaditos de plomo, cuerpos sin tumba

En 1976, salió a la venta en la Argentina el T.E.G. (Táctica y Estrategia de la Guerra), que es una versión local del Risk, juego creado en los años '50 por el director de cine francés Albert Lamorisse. Tanto el Risk como el T.E.G. presentan una variante libre y estilizada de un mapamundi en el que los jugadores intentan ocupar la mayor cantidad posible de territorios hasta dominar el mundo. No sorprende que este derivado tardío de un juego de mesa nacido durante la guerra fría aparezca en la Argentina, y alcance enorme popularidad, en el contexto de una dictadura militar cuyos protagonistas dicen estar librando la Tercera Guerra Mundial. Pero sí resulta sorprendente, en cambio, que el director Marcelo Piñeiro haya elegido este juego para hacer girar en torno a él a los personajes de su película *Kamchatka* (2002). Ésta trata acerca de una familia que, tras el golpe del 24 de marzo de 1976, se esconde en una casa en las afueras de Buenos Aires. El nombre hace referencia a uno de los territorios que aparecen en el T.E.G. y sugiere que los personajes resisten desde su casa de campo (su pequeña parcela, su Kamchatka) aplicando la táctica y la estrategia. La imagen clausewitziana como metáfora de este intento de sobrevivir durante la dictadura no podía ser menos feliz, ya que no hace sino concordar con la propia lectura militar (y también de algunos sectores de la conducción guerrillera) de la Argentina como país en guerra.

En algún momento la guerra podía pensarse como un enfrentamiento entre dos fuerzas o bloques de fuerzas que llegaban al extremo de disputar por medio de la violencia aquello que no podían resolver de otro modo. Dos o más naciones y sus ejércitos buscaban una solución a sus diferencias en el campo de batalla. Había bandos, había muertos, había ejér-

bitos nacionales y mercenarios, había bombardeos sobre poblaciones civiles, había ciudades que desaparecían del mapa, había países que existían o dejaban de existir como consecuencia de ese enfrentamiento, había territorios que se ganaban o se perdían. En la guerra se disputaban pedazos de un mapa, a la manera de un partido de T.E.G. Esta forma de la guerra, cuya teorización más magistral y duradera proviene de Karl Von Clausewitz, sigue informando nuestro imaginario bélico. Pero si miramos alrededor, algo parece haber cambiado: como reflexiona el narrador de la novela-thriller de Malvinas *El tercer cuerpo* (1990), de Martín Caparrós, los soldaditos de plomo representan hoy un *contrasentido histórico*.

Pese a que autores como Michael Hardt y Toni Negri han insistido en que tras la crisis de los estados nacionales, y con la revolución en tecnología armamentística, la guerra tal y como se la entendía también ha dejado de existir, es innegable que la asimetría de poderes sigue caracterizando la geopolítica actual. Siguen existiendo los bandos, sigue habiendo muertos, se sigue bombardeando a poblaciones civiles, las ciudades y los países siguen apareciendo y desapareciendo del mapa, y los ejércitos mercenarios no solamente siguen existiendo sino que, al ritmo de la desintegración de las unidades de poder soberano que estos autores proclaman, están más vivos que nunca. Las convenciones de la guerra han cambiado, quizá también sus motivaciones, pero la paz sigue siendo un concepto remoto e inalcanzable que confirma la ductilidad de la guerra, es decir, ese carácter eminentemente político que la vuelve adaptable a diferentes situaciones históricas. La guerra no es una anomalía, una suspensión de la civilización (no lo es hoy, ciertamente, mientras Estados Unidos sigue bombardeando Irak en nombre de la civilización), sino un fenómeno permanente que perdura en virtud de su plasticidad política. Entonces, asistimos hoy a un cambio formal: es la imagen de dos ejércitos enfrentándose en un campo de batalla, no la guerra, la que parece obsoleta.

Aunque podemos ver la actuación de los militares en las islas como un acto más del terrorismo de estado practicado en el continente, se ha señalado también que la última guerra convencional del siglo XX fue la de Malvinas: combates navales, aéreos y terrestres a la vieja usanza. Como afirma un personaje de la novela de Graham Swift *Out of This World*, se trata de *una última guerrita en nombre de los viejos tiempos*. La de Malvinas fue la primera guerra anfibia y aeronaval de la era de los misiles, pero la táctica y la estrategia, y algunas de las armas que se utilizaron, no distaban demasiado de aquellas empleadas en la Segunda Guerra. Pese a que la tecnología armamentística utilizada fue de avanzada, las batallas decisivas las protagonizaron fuerzas de infantería que pelearon a punta de rifle y bayoneta. Según Max Hastings y Simon Jenkins, autores de una de las referencias históricas obligadas desde la perspectiva británica —*The Battle of the Falklands*. Londres, Nueva York, Norton, 1983—, la

guerra de Malvinas es una anomalía histórica, una especie de monstruo, *un freak de la historia* dicen ellos, y casi seguro *la última guerra colonial que Gran Bretaña jamás luchará*.

De modo que nada nos parece hoy más pasado de moda que un niño jugando con soldaditos, y de ahí la imagen recurrente de la novela *El tercer cuerpo* de Caparrós, en la que el protagonista, Martín Jáuregui, pinta soldaditos en alusión a un orden desintegrado y pretérito, a una crisis de la experiencia que el texto pone en escena una y otra vez y que funciona como contrapunto frente a una trama de traición. El relato de Caparrós transcurre en una Buenos Aires de finales de los ochenta. Jáuregui es la oveja negra de una rancia familia de militares argentinos. Entre sus antepasados figuran generales y héroes de la guerra del Paraguay y la Campaña del Desierto. Una noche, en el baño de una discoteca gay, entre graffitis y líneas de cocaína, Jáuregui escucha una conversación acerca de tres cadáveres de alta alcurnia que acaban de desaparecer del cementerio porteño de la Recoleta y decide jugar al detective para hacerse de algún dinero. El robo de los cajones es parte de un plan por el que se intenta ocultar un negociado en torno a las islas Georgias que compromete a altos mandos militares. Por medio de ese negociado, los militares ayudan al Foreign Office británico a llevar a cabo el proyecto de construir depósitos de combustibles en las islas Georgias para prevenirse frente a una posible tentativa argentina de ocupar las islas del Atlántico Sur.

La novela entrelaza la guerra de Malvinas con una trama de necrofilia, práctica que goza de una copiosa tradición en la historia argentina, desde los célebres paseos de un general Lavalle putrefacto o una Evita embalsamada, hasta el robo de las manos del General Perón. Tomás Eloy Martínez afirma que *La necrofilia florece —como las guerras— en los momentos de crisis nacional o de dudas sobre el futuro. Permite invocar las grandezas del pasado y, aunque sólo sea por un algunas semanas, resucitar sus espejismos (Lecciones de necrofilia. Réquiem por un país perdido*. Buenos Aires, Aguilar, 2004). Es decir, la necrofilia pretende revivir el pasado en el presente rescatando aquello que ese pasado tiene de clausurado y definitivo, la materialidad misma de que está hecha la muerte, el cadáver. Podemos pensar que si la memoria tiende a recuperar hechos del pasado de manera que sean asimilables y adquieran sentido nuevo en el presente, la necrofilia, más que un ejercicio de memoria, es la manipulación de un coleccionista que impone sobre el presente el peso añejo del pasado.

El tercer cuerpo esconde la traición de las islas: en ese tercer cajón donde yacen los restos de la señora de López Aldabe, una anciana de la alta sociedad, están guardados los documentos sobre el negociado de las islas Georgias. Después de la guerra de Malvinas (en la elección del nudo de la trama, la novela instala implícitamente a Malvinas como centro de ese punto de quiebre que es la dictadura), Jáuregui mira de vez en cuando al pasado y recuerda fragmentos de

su vida menos insoportables que los de ese presente en medio de cuyo vértigo se permite de tanto en tanto evocarlos. La guerra pone en crisis la experiencia, y un poco a la manera de Walter Benjamin, que en su famoso ensayo *El narrador* lamenta el enmudecimiento de los hombres al salir de las trincheras de la Gran Guerra, Jáuregui anuncia de cuando en cuando esa crisis, en una evocación melancólica del pasado. Su actitud no es conmemorativa, no es de nostalgia frente a un pasado heroificado, de restos guardados en la Recoleta, sino que más bien evoca, desde la decadencia del presente (un presente de policial de serie negra), fragmentos rescatables de su memoria privada.

La novela revisa críticamente el pasado, confrontándolo con el presente. Por un lado, la posdictadura y la posguerra de Malvinas; por el otro, el exterminio indígena y la guerra del Paraguay. La confrontación de una y otra guerra interna y de una y otra guerra externa supone que una mirada crítica sobre el presente es inseparable de una revisión del pasado. Aquel pasado supuestamente glorioso colapsa frente a un presente decadente, una ciudad llena de desempleados y hambrientos. Pero además, los héroes del siglo XIX llevan el mismo apellido que los que a finales de 1977 traicionan al país vendiéndose al Foreign Office británico. El nombre del negociado, Operación Georgie, sugiere jocosamente un paralelo entre el intento de ruptura del protagonista con el mundo de sus mayores y una ruptura entre la generación de Caparrós y la de Borges. O sugiere, quizá, la necesidad de revisar el modo borgiano de operar con el pasado, la nostalgia frente a una épica perdida, la exaltación que hace Borges de su propio linaje heroico y su gesto constante de apelar a los mayores. La necesidad de revisar las glorias del pasado vale también para la tradición literaria. Más que un proceso por el cual textos anteriores reviven en sucesivas lecturas —un poco a la manera de la memoria, que rescata hechos del pasado y los resignifica en el presente— la tradición funcionaría como la necrofilia, imponiendo sobre el presente, sin reelaboración, el peso de los autores muertos.

El tercer cuerpo pone en evidencia la carga simbólica de los cuerpos insepultos a partir de un elemental desplazamiento psicoanalítico: una representación adquiere el valor de otra representación traumática y reprimida. La amante ocasional de Jáuregui, una freudiana de caricatura, lo convierte en tema de diván: *¿No se te ocurrió pensar por qué razón te quedaste tan enganchado con la noticia de los cadáveres? ¿Qué parte tuya entra en juego en esto de los cuerpos insepultos, digamos, por ejemplo? Y además me da la impresión de que tenés una serie de puntos oscuros, para nada resueltos...*. Así, la novela no cancela la interpretación sino que la pone en primer plano sugiriendo múltiples lecturas del cuerpo insepulto.

La exhumación de los cuerpos en la novela (la exhumación del tercer cuerpo, donde se esconden los documentos secretos) exhuma también, saca a la superficie, la alta trai-

ción de las fuerzas armadas. Pero la figura del cuerpo insepulto remite, antes que nada, a los cuerpos de los desaparecidos, los insepultos por la ausencia de una tumba. Mientras que la necrofilia exalta el pasado en la figura del cadáver ilustre, el desaparecido, insepulto, inmaterial, sin cuerpo, resiste este tipo de operación. Si el cadáver ilustre busca revivir falsas glorias, el desaparecido es una figura espectral que en vez de la invocación oportunista del pasado señala un inevitable acecho del pasado sobre el presente.

Los cuerpos insepultos escenifican, asimismo, a la guerra como cuerpo insepulto de la nación. Los ataúdes paseantes tienen una poderosa carga simbólica y remiten a un escalofriante relato anónimo que, según cuenta Ricardo Piglia, circulaba entre la gente hacia el final de la dictadura, cuando el terror estaba aún vigente y se buscaba un conflicto en el sur que provocara una guerra. Cuenta Piglia —en *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*, Casa de las Américas, n.º 222, enero-marzo, 2001— que se decía que en alguna desolada estación de tren suburbana, alguien había visto pasar, en el silencio de la noche, un tren cargado con ataúdes en dirección al sur: *Una imagen muy fuerte, una historia que condensaba toda una época. Estos féretros vacíos remitían a los desaparecidos, a los cuerpos sin sepultura. Y al mismo tiempo era un relato que anticipaba la guerra de las Malvinas. Porque, sin duda, esos féretros, esos ataúdes en ese tren imaginario iban hacia las Malvinas, iban hacia donde los soldados morirían y donde tendrían que ser enterrados.*

En el relato anónimo de Piglia, el tren cargado de féretros vacíos refiere analépticamente a los desaparecidos, y prolépticamente y en un desplazamiento espacial (hacia el sur) introduce la figura del soldado muerto en Malvinas. En la novela de Caparrós, la exhumación de los cadáveres ilustres desmiente la existencia de una épica nacional, remite a los cuerpos sin sepultura de los desaparecidos y a los cuerpos sepultos de los soldados muertos en Malvinas, una guerra que aún entonces, en el presente de la novela y de nuestra lectura, es un cuerpo insepulto de la nación.

El campo en las islas

La sociedad y el estado han ido reconociendo, de una manera desapareja y no siempre inequívoca, la existencia de una continuidad entre los crímenes cometidos por los militares a partir del golpe de marzo de 1976 (asesinatos, secuestros, tortura, robo de bebés, etc.) y la guerra de Malvinas. La exaltación de la causa justa sigue llevando a que todavía hoy la guerra se inscriba de manera dudosa dentro del repudio general de la dictadura. Esa articulación problemática entre los crímenes del terrorismo de estado en el continente y en las islas, sostenida por una serie más o menos ininterrumpida de pactos de olvido y por pugnas irresueltas entre distintos sectores, adquiere en la ficción cierta forma de continuidad.

Los Pichy-cyegos de Fogwill, escrita antes de la rendición,

cuando la mayoría de los soldados no habían regresado aún al continente, estableció una forma de narrar Malvinas que no solamente anula toda posibilidad de contar la guerra como épica sino que pone en evidencia la interrelación entre los secuestros y las desapariciones de la dictadura y la guerra en las islas. La novela funciona como una suerte de diapason y determina un tono que muchas ficciones posteriores mantendrán. Ya no se tratará de que esa guerra, por sus características, no pueda contarse como una épica, sino que la ficción fundacional de Malvinas ha determinado un sistema de representación que la excluye. Así, para las ficciones que sigan, el referente no será exclusivamente la guerra sino también, en cierto modo, el sistema de representación fundante de *Los pichiciegos*.

La novela de Fogwill atenta contra la condición de posibilidad de todo relato bélico o épico al refutar de manera definitiva y despiadada las premisas sobre las que se construye la identidad nacional. No se trata solamente de impugnar los fundamentos del nacionalismo esencialista e irracional, sino de poner en evidencia la crisis absoluta de la idea de identidad nacional, arrasando con los mismos valores que le darían sustento. Los pichis son un grupo de conscriptos que tratan de salvarse desertando a un espacio subterráneo al margen de la guerra, creando una pequeña sociedad en la que intentan sobrevivir por medio del comercio con los enemigos y la acumulación de víveres. Desde la aparición de la novela en 1983 y a propósito de sus reediciones (una en 1994 y otra en 2006), algunos críticos han señalado que la ausencia de valores ligados al heroísmo y a la nación son suplantados, en esta primera respuesta a la guerra, por una ética de la supervivencia.

Los pichis, que vienen de distintas partes del país y tienen diferentes modos de hablar, comparten una educación cívica y un conocimiento del pasado histórico y reciente que es vacilante y hecho de retazos dudosos o erróneos (Firmenich organizó la fuga del penal de Rawson y voló a Chile, donde se encontró con Fidel Castro. ¿Gardel era uruguayo o francés? ¿Desde qué edad se puede votar? A los desaparecidos los fusilaron. ¿Fueron 10.000?). La realidad prueba que la nacionalidad es una categoría poco confiable: al Turco, que es de Gualeguay y hijo de libanés, le dicen así porque *los turcos son sirios, palestinos, libaneses, egipcios*; los ingleses no son ingleses sino *escots, wels, gurjas*; al inglés muy rubio que hacia el final del relato entra a vivir a la pichicera le dicen *Mexicano o Chavo*, porque se había criado en California y hablaba como en las series de televisión mexicanas; Quiquito, el único pichi que sobrevive, dice que si pudiera nacer de nuevo elegiría ser malvinero; en la estación de radio británica la locutora habla en chileno y pasan chamamés, tangos y folklore; los ingleses toman té con bombilla; hace tanto frío en las islas que uno de los pichis dice que le gustaría ser brasilerero, etc.). La novela atenta contra la existencia de una identidad aglutinante que defina un objetivo y un enemigo común (condición de posibilidad de todo relato épico).

Lo único aglutinante en *Los Pichy-cyegos* es ese *barro pesado, helado, frío y pegajoso* que es la nieve del paisaje malvinero. No existe un pasado común ni se puede proyectar el futuro más allá de la supervivencia diaria (el único que se atreve momentáneamente a pensar en el futuro es el Turco, que por su afán de planear y calcular obsesivamente, proyecta agrandar la pichicera y hace de cuenta que habrán de pasar allí todo el invierno). A los pichis sólo los une el presente y sus condiciones físicas y materiales: el frío, el dolor, el olor, la suciedad, el miedo, que en la novela adquiere dimensiones materiales. No hay ningún valor más allá de los relacionados con la conservación de la vida: los jefes de la colonia no son ni buenos ni malos cuando discuten si hay que entregar un par de pichis a los ingleses porque la pichicera está superpoblada; en la pichicera no se sabe nada, sólo se siente, se percibe, no existe nada, ningún valor o idea más allá de la oscuridad, el frío, el hambre o el miedo.

Así, los pichis encarnan la vida desnuda, más allá de toda ética o política, un poco a la manera del *homo sacer* que describe el filósofo italiano Giorgio Agamben. Figura arcaica del derecho romano, el *homo sacer* es aquel cuya vida no posee el valor suficiente como para ser sacrificada a los dioses y que puede ser matado sin que su muerte constituya un asesinato. El extremo del *homo sacer* es el musulmán, una figura que Agamben toma de Primo Levi y que es la cifra perfecta de esa gran maquinaria biopolítica de la modernidad que es el campo de concentración nazi. El musulmán encarna la transición entre lo humano y lo no humano, es una especie de máquina biológica monstruosa e improbable y, precisamente porque no sobrevive, es el único testigo absoluto de la experiencia del campo. Contrapuesta a esta figura está la del testigo, que sí puede dar testimonio. Pero este testimonio, dice Agamben, supone una paradoja, ya que el testigo testimonia aquello que es *imposible* testimoniar, dice aquello que el musulmán, al ser un testigo absoluto, no pudo decir.

Frente a esa imposibilidad del testigo descrita por Agamben para casos de control biopolítico absoluto como los que se dan en el campo de concentración, el testigo de Fogwill conspira. Habla, da testimonio de situaciones que el entrevistador no puede creer (porque hubo muchas *cosas increíbles* en esa *guerra de mierda*), pero que cree porque Quiquito *las dice*: *—¿Vos creés? —me preguntó. —¿Lo que decís? —le dije. —Lo que decís lo creo —le respondí.* La propia exacerbación de lo material en su testimonio es una conspiración contra la imposibilidad de testimoniar, es ese *yo estuve ahí*, ahí donde unos pocos estuvieron y de donde nadie volvió. Es esa materialidad de la experiencia que atenta contra la laguna del testimonio, imponiendo al vacío gnoseológico la pegajosidad de la nieve, el olor a arcilla recalentada de los muertos, el calor que echan los helicópteros de los ingleses al bajar.

El testimonio cuenta un acontecimiento histórico y es capaz de modificar nuestro presente. Fogwill escribió su no-

vela cuando el acontecimiento todavía estaba ocurriendo. En *Los Pichy-cyegos* la dimensión histórica del acontecimiento Malvinas adquiere significado ético y político desde el presente de su escritura y en el presente (nuestro presente de ahora). Los pichis no tienen perspectiva histórica; están privados de futuro porque no pueden ver más allá de la supervivencia, de su día a día. Quiquito en cambio, el que se salva, puede contar y modificar ese futuro. Entonces esta novela, que se escribe antes de que el testimonio real sea posible, hace las dos cosas a la vez, hace lo que hacen los pichis y hace lo que hace Quiquito: se congela en el puro presente del acontecimiento histórico que escribe y sobre el que se inscribe, y modifica el futuro, que es nuestro presente, de un modo que se renueva con cada lectura.

Una derrota olvidada

Ricardo Piglia recuerda que, según una idea del poeta francés Paul Valéry, el estado necesita de algo más que la coerción para poder funcionar: necesita de *fuerzas ficticias*. En el caso de la dictadura argentina, apunta Piglia, esas fuerzas ficticias, esas historias ficcionales construidas por el estado, adquirieron la forma de un relato quirúrgico que trabajaba sobre el cuerpo. Pero a estos relatos que inventa el estado se oponen otros, contra-relatos anónimos de resistencia y oposición, sobre los cuales, dice Piglia, trabaja la literatura. Un ejemplo de este tipo de relatos es el del tren interminable que transportaba féretros vacíos en dirección al sur.

Es quizás este plan de búsqueda y hallazgos de tramas colectivas el tipo de tarea que emprende la novela *Dos veces junio* (2002) de Martín Kohan. Pero en vez de buscar relatos que se puedan leer como dispositivos de resistencia, la novela se concentra en los relatos cómplices. *Dos veces junio* desmonta el relato estatal, el relato médico-quirúrgico de la dictadura, utilizando un testigo. Pero en este caso el testigo es parte de este relato. Su voz y las voces de la mayor parte de los testigos que se introducen en la novela no resisten sino que reproducen el relato del estado. Están las voces de los que ejercen por sí mismos la violencia estatal, están las voces de los cómplices, las de los que desde la impasibilidad o desde el miedo colaboran, las de los que amparados en la institución familiar corean los clichés fundantes de esa institución, y de la patria y sus símbolos. Pero hay también algunas voces de resistencia, como la de aquel que, mientras Argentina juega el mundial de fútbol, escucha música clásica en sus auriculares y miente cuando un policía le pregunta por el resultado del partido, o la de una prisionera de un campo de concentración cuya voz es el silencio.

La novela descubre la ficción estatal insistiendo, desde su interior mismo, en los microrelatos en los que ésta se manifiesta y en los que revela —y esta clave sigue la lectura que hace Piglia de buena parte de la literatura argentina— su forma paranoica de actuar. Hay que recordar, además, que la institución militar es la cifra perfecta de la paranoia

estatal. Según el testimonio del ex combatiente y militar de carrera Juan José Gómez Centurión, es cierta la acusación que se les hace a los militares de ser paranoicos: *la paranoia ... es lo que hace sobrevivir una fracción: un jefe con tendencia paranoica garantiza la supervivencia, en cambio un jefe sin ninguna tendencia paranoica no ve los riesgos y comete errores* (*Malvinas 1982. Partes de guerra*, Graciela Speranza y Fernando Cittadini). Pero lo más interesante de la novela es que este desarmado desde adentro, esta historia contada, si no por los vencedores, al menos sí por los victimarios —más específicamente, contada desde la perspectiva de un subalterno, un conscripto bajo las órdenes de un médico militar— tiene como trasfondo la derrota. Es decir, el que cuenta es cómplice de los verdugos que —al menos en la primera parte de la novela— son los vencedores, pero lo que cuenta es la derrota.

En vez de subrayar el contraste entre la euforia colectiva por el triunfo de la Argentina en el mundial de fútbol del 78 y el terror dictatorial que ocurría mientras tanto, y a metros, por ejemplo, del Estadio Monumental, Kohan elige un partido de fútbol en el que Argentina pierde (o a 1 frente a Italia), como primer nudo de la trama. Esta derrota borrada de la memoria colectiva es la que efectivamente ocurre durante la acción de la novela. La segunda derrota, el segundo junio del título, es el del mundial de fútbol de 1982 y la guerra de Malvinas. Pero la derrota en Malvinas, que la memoria colectiva sí ha almacenado, en realidad nunca tiene lugar en la novela. Es en su no transcurrir que Malvinas se hace presente en el relato.

La novela relata la obsesión de un subalterno por cumplir con su deber de la manera más eficaz posible. Abre con una pregunta escrita en un cuaderno: *a qué edad se puede empesar (sic) a torturar a un niño*. La pregunta atroz dispara el relato de una noche en la que se cuenta la espera de una respuesta, la respuesta científica que permita decidir si se va a torturar o no al bebé de una prisionera. El narrador, que está cumpliendo el servicio militar en junio de 1978, agrega la cola faltante a la ese de *empesar* porque *pocas cosas lo contrarían tanto como las faltas de ortografía*, el desempeño de su deber se rige por su obsesión por la ortografía, el orden, la corrección, lo mensurable, los números. En busca de la respuesta a esa pregunta monstruosa, parte a buscar al doctor Mesiano, que ha salido más temprano para asistir al partido de Argentina contra Italia. En el transcurso de esa noche, uno de los personajes que aparecerán es el hijo del doctor, que después de asistir de mala gana al partido, deberá salir de putas, también contra su voluntad, acompañando a su padre y al narrador. Finalizado el entretiempo varonil, el jefe y el subalterno acuden a un centro clandestino de detención, donde Mesiano deberá dar la respuesta a la pregunta del principio. El bebé de la prisionera es finalmente robado y va a dar a manos de la hermana de Mesiano, que no podía tener hijos.

La novela tiene dos partes, Diez del seis y Treinta del seis (epílogo), nombradas así a partir de las fechas de los dos partidos en los que Argentina juega, y pierde, contra Italia en 1978 y en 1982. Cada parte está dividida en capítulos encabezados por una cifra significativa (un modelo de Fiat, la población del país o la cantidad de espectadores en un estadio, un número de habitación de hotel, la *cifra mítica* de cinco al hilo, etc.), divididos a su vez en segmentos numerados en romanos. Esta estructura, así como las listas que enuncia el narrador (la lista de los jugadores de la selección argentina ordenada según diversos criterios) y su constante recurrencia a los cómputos, crean la mirada objetiva y calculadora de ese narrador, que es testigo de hechos siniestros pero se limita a enunciarlos con la misma neutralidad con la que numera y calcula. En su análisis de la novela, María Teresa Gramuglio habla de *ejercicios de automatismo mental, como una suerte de vaciamiento que indicaría la oclusión de cualquier juicio moral (Políticas del decir y formas de la ficción. Novelas de la dictadura militar, 2002).*

Estos ejercicios de automatismo (ejercicios autistas, podríamos agregar, debido a la obsesión calculadora y ordenadora, y a la dificultad para establecer vínculos afectivos), aparte de lograr un registro perfectamente perverso porque lo que se cuenta de manera impasible, además de la derrota en el partido de fútbol, es el robo de un bebé, previo secuestro y tortura de su madre, y previa especulación sobre las posibilidades de que el bebé mismo pueda ser torturado, contrastan con el discurso pasional asociado al evento futbolístico.

Dos veces junio cuenta no mediante una voz testimonial que sufre la represión, sino mediante la de un subalterno, cómplice de la maquinaria represiva. Elige también la narración de un acontecimiento que comúnmente no se narra: un momento de derrota dentro del marco mayor de un evento que, aunque con vergüenza, la sociedad recuerda por su resultado victorioso. Y elige, además, soslayar la narración de la derrota en Malvinas, de una importancia histórica que el texto no necesita explicitar.

Porque, de nuevo, esa derrota no tiene lugar en la novela. La entrada de Malvinas en el texto se produce de manera más o menos casual: el llamado que un cabo registra en el cuaderno *provenía de Malvinas, del centro Malvinas, o sea, Quilmes, o sea, del centro clandestino de detención que en el Nunca más figura como Pozo de Quilmes o Chupadero Malvinas*. El nombre Malvinas ya no vuelve a aparecer. Pero cuando en el *Epílogo*, que transcurre un día después de la nueva derrota de Argentina frente a Italia cuatro años más tarde, el narrador lee el diario, encuentra la nómina de caídos en combate y ve el nombre del hijo de Mesiano. Al principio de la novela, el narrador había presumido que el hijo de Mesiano, cuatro años menor que él, seguramente le tenía admiración porque *en el caso de que hubiese una guerra, yo podía ser un héroe, y él no*. El comentario funciona como anticipación para el lector, y de este

modo, como una suerte de ironía trágica, ya que al final es el hijo de Mesiano, no el narrador, quien muere en Malvinas. Tras enterarse de la noticia, el narrador va a darle el pésame a su antiguo jefe. Lo encuentra en casa de su hermana, y encuentra también allí a Antonio, el bebé robado, que ahora tiene cuatro años y que, como el narrador sabe por un breve contacto con la madre durante la noche de la apropiación en el que ésta le pidió ayuda, le contó sobre el parto y le dijo qué nombre le quería poner a su hijo, no se llama Antonio sino Guillermo.

La guerra de Malvinas está más presente en el primer junio de la novela, cuando todavía no ha ocurrido, que en el segundo, cuando acaba de ocurrir. Está presente a través de menciones, de alusiones, o de escenas de ironía trágica. En esta articulación, *Dos veces junio* incorpora Malvinas al drama mayor de la dictadura, logrando la continuidad que proponía *Los Pichy-cyegos* y que también plantea Las Islas, de Carlos Gamarro, la novela, no sólo magistral, sino *total* de Malvinas.

Si en muchas de las ficciones de Malvinas la guerra ocurre como materia de humor y parodia (textos como los de Rodrigo Fresán y Daniel Guebel son ejemplos evidentes), en las ficciones tratadas hasta aquí, y en la novela de Kohan de manera paradigmática, no hay nada cómico ni paródico. Kohan introduce el discurso frío y calculado del narrador, que adhiere al discurso moral del médico, un discurso que como el del Eichmann según Hannah Arendt se basa en la moral de cumplir con el deber de la manera más eficaz posible. La pregunta monstruosa del principio recorre todo el relato: a los hijos se los puede torturar, a los hijos se los puede robar, a los hijos se los puede educar en el cumplimiento del deber, a los hijos se los puede mandar a la guerra. Entre ambos junios se sostiene una relación de apropiación y pérdida: en la apropiación de los hijos ajenos se compensa por anticipado —y de manera paranoica, ya que se está supliendo una pérdida que todavía no ocurrió— la pérdida de las islas.

A veinticinco años de la guerra, queda claro que la ficción ha logrado esbozar respuestas o al menos proponer algunos cuestionamientos a los problemas e interrogantes que arrojan la guerra y la violencia, mientras que las iniciativas oficiales, el relato mediático y el testimonio no siempre han podido escapar del discurso nacionalista y, por ende, no les ha sido tan fácil comprender ni denunciar. Malvinas es un *malestar* en la conciencia nacional al que el discurso literario es capaz de enfrentarse.

Julieta Vitullo es licenciada en letras por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es docente en el departamento de español y portugués de la universidad de Rutgers, Nueva Jersey. Está terminando su tesis sobre paternidad y nación en las ficciones de la guerra de Malvinas y ha publicado artículos acerca de éste y otros temas de literatura argentina y latinoamericana.

Contar(nos) la guerra

Por **Martín Reyero**

-¿Y si se pone a contar lo que vio? ¿Lo que sabe?

-Ficciones.

Las islas, Carlos Gamerro

Bartleby el escribiente (1856), de Herman Melville, prefigura el mundo de Kafka y por eso resultó, a medida que transcurrían los años, más y más inquietante. Su protagonista es el pequeño hombre de la gran urbe que sólo posee su trabajo alienado y su soledad. Ya en el primer párrafo, como al pasar, incluye una frase que puede alumbrar la literatura moderna: *...una clase de hombre interesante y hasta singular, de la cual, entiendo, nada se ha escrito hasta ahora...* No sólo nuevos procedimientos y rasgos estilísticos fueron incorporados por la narrativa en su devenir, también personajes, ámbitos, voces. Así, entre nosotros, desde *El matadero* de Echeverría, que convierte un ámbito en metáfora pero limita sus voces, pasando por la gauchesca, hasta los campesinos pobres, hijos de la inmigración, y los marginales urbanos que aparecen -aliadas sus voces a ásperos estilos nuevos- en la obra de Walsh, Conti, Briante, Castillo, Zelarrayán o Dal Masetto.

El autodenominado Proceso de Reorganización Nacional fue, entre otras cosas, una serie de operaciones sobre la lengua. De la censura a la picana. Sobre la lengua escrita, la lengua hablada y las lenguas físicas de los opositores. Un hiato y una puesta de límites a lo que podía decirse y escribirse. *Respiración artificial* (1980), de Ricardo Piglia, fue necesariamente alusiva (y elusiva) en cuanto a la represión. Malvinas, en cambio, entró de manera mucho más directa a la literatura argentina. Los militares tambaleaban cuando Rodolfo Enrique Fogwill escribió en las ya míticas jornadas del 11 al 17 de junio de 1982 *Los pichy-cyegos. Visiones de una batalla subterránea*. Los soldados aún no habían vuelto, cuando la novela -que *rebotó* en varias edi-

toriales antes de ser publicada- ya circulaba en fotocopias entre los exiliados en Brasil. Fogwill no pudo atender a ningún testimonio directo antes de la escritura. Inventó un coloquialismo colmado de quiebres, de repeticiones, como bombardeado; el ambiente de las conversaciones de trinchera, lejos de casa y cerca de la muerte. La absoluta falta de cortesía y de corrección política de su lenguaje, ataca no sólo al discurso político que en su apariencia de oposición al terror armado vira hacia la razonabilidad del terror económico, sino también al discurso juvenilista de los años '80. "La literatura siempre fue para mí un desvarío que elude al consenso y al desvarío pactado", ha declarado Fogwill, y lo sostiene con su escritura (buen ejemplo de esta afirmación son sus libros de poemas o su *novela? Runa*).

La segunda gran novela en torno a Malvinas llegó quince años después: *Las islas* (1998), de Carlos Gamerro. Mientras que la novela de Fogwill es, en todo sentido, una novela de la guerra, la suya es de la post-guerra. Y a diferencia de su predecesor, Gamerro realizó entrevistas a ex-combatientes, que no usó para darle a su novela un tono testimonial, sino para adquirir un background desde el cual imaginar.

Su protagonista, Felipe Félix, es un hacker que hizo el servicio militar en el regimiento 7 de La Plata, el que sostuvo -con muchísimas bajas- uno de los más duros combates: el de Monte Longdon. Los ganadores no usan drogas, se dice. Y Felipe Félix, que perdió una guerra, su pasado y casi casi la razón, usa todas las existentes y también algunas inexistentes. De ahí, en parte, el tono aluci-

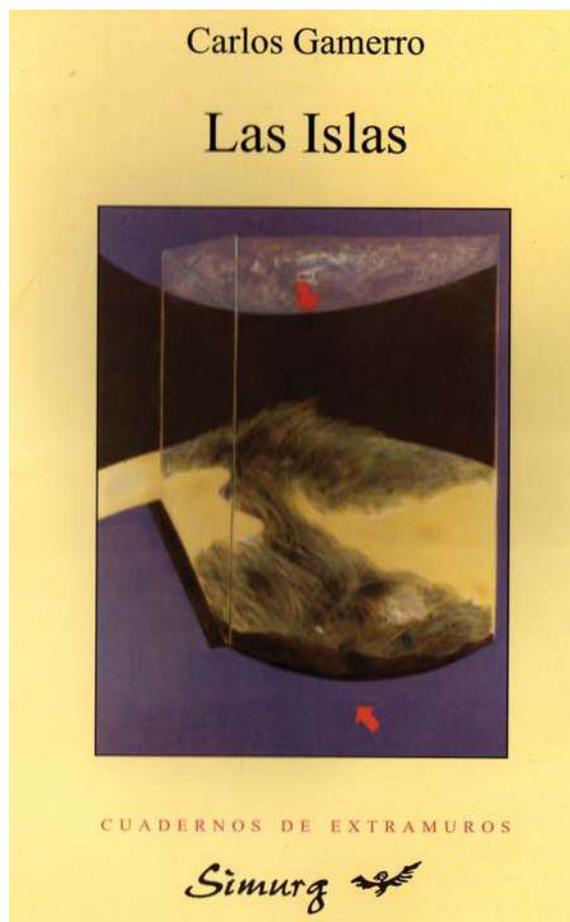
nado de la novela. Desmesurada, bien lejos del minimalismo y el *understatement*, con un lenguaje torrencial y por pasajes violentísimo que puede hacer recordar al Lamborghini de *El fiord* o *El niño proletario*, *Las islas* integra elementos del cine expresionista (*Metrópolis*) y el dibujo animado. Construye una Buenos Aires futurista y laberíntica con notable capacidad para convertir detalles arquitectónicos en metáfora social. Las islas, una novela sobre la polis, es definida por su autor como un policial argen-

El ámbito Malvinas ya está en nuestra literatura. Pero hay todo un espectro de voces posibles que no suena en él. Las voces de aquellos para quienes Malvinas es a la vez una batalla que no cesa y una metáfora de su tragedia. La inexistencia de esas voces resulta un problema de la literatura argentina, cada vez más proclive a generar un solo tipo de voces: las asignables a la clase media de las ciudades,

tino: “porque se sabe la identidad del asesino pero no la del asesinado, el cuerpo no está, y la investigación tiene como objetivo ocultar las huellas del crimen, no resolverlo”.

Además, la novela resalta el vínculo entre la guerra del '82 y lo que llama la *guerra inmunda*. Un vínculo que se hace a la vez más nítido y más complejo, si se lee a *Las islas* en secuencia con *El secreto y las voces*, publicada por Gamarro en el 2002. Esa novela tiene como protagonista al mismo de *Las islas*. Cuenta el viaje de ese ex-combatiente al pueblo donde pasaba las vacaciones para emprender una investigación que se convertirá en libro o documental. El objeto de ella es saber de la vida, pasiones y muerte del único desaparecido del pueblo. Desaparecido por encargo del estanciero más poderoso de la zona, a manos del comisario, y con la colaboración o el silencio de quienes día a día lo trataban. Así, Gamarro se refiere a la vez a tres de los núcleos de la dictadura: el poder económico, las desapariciones, la guerra de Malvinas.

Una de las personas a quienes le pregunta acerca del desaparecido, un carnicero que *se restriega las manos sobre el delantal blanco frotado de rojo ocre* (personaje que remite a *El matadero*), le espeta, mirándolo *desafiante a través de la cortina de chorizos, morcillas, chinchulines, nalga y vacío*: *Ezurra era un mierda, siempre lo pensé y lo sigo pensando, y yo no soy de callarme la boca. Ahora porque pasó lo que pasó todos le tiran flores y poco falta para que quieran beatificarlo al finadito, pero en aquel momento bien que nadie levantó un dedo para salvarlo, y con razón. Le digo, y no sé qué pito toca usted en este asunto, ya me contaron que había venido un porteño a preguntar por el muertito y yo ah sí, que venga nomás, yo no tengo pelos en la lengua y le voy a decir lo que todos pien-*



san pero no se atreven a decir: que los milicos, la policía o quien haya sido nos hicieron un favor.

Esa investigación acerca de una especie de *muerte anunciada*, es también una auto-investigación y un viaje en el tiempo. Con algo de la estructura de *El ciudadano* de Orson Welles y del Walsh de los relatos *Cartas y Fotos*, la novela narra el descubrimiento de su protagonista: es una falacia aquello de una comunidad sorprendida por el accionar de los militares. Y constata que *en un pueblo muerto, los vivos no hacen más que molestar.*

El ámbito Malvinas ya está en nuestra literatura. Pero hay todo un espectro de voces posibles que no suena en él. Las voces de aquellos para quienes Malvinas es a la vez una batalla que no cesa y una metáfora de su tragedia. ¿Cuántos ex-soldados de La Matanza, Corrientes o Chaco, acceden -como Felipe Félix- a una computadora? ¿Cuántos no tienen trabajo, vivienda, asistencia sanitaria, agua corriente y un largo etcétera? La inexistencia de esas voces no es un problema de Fogwill o Gamarro, sino de la literatura argentina, cada vez más proclive a generar un solo tipo de voces: las asignables a la clase media de las ciudades, sobre todo de la capital de este país proclamadamente federal y sin embargo tan unitario.

Gustavo Caso Rosendi, poeta, ex-combatiente

Uno que escribía en el Parlamento



Por Martín Raninqueo

Ilustraciones Héctor Germán Oesterfeld

En 1986, alguien me habló de un poeta ex combatiente de Malvinas que escribía compulsivamente en el bar *El Parlamento*, teniendo por compañeros un atado de cigarrillos y una botella de tinto. Recuerdo la primera vez que creí verlo tras una ventana empañada. También guardo en mi memoria otra oportunidad en la que estuve en una mesa cercana a la suya. Quizás su halo de poeta maldito y mi timidez me impidieron acercarme. No sé cómo conseguí su teléfono, pero sí recuerdo claramente el día en que fui a su casa por primera vez a leer sus poemas prolijamente encarpetados y mecanografiados, así como nuestras conversaciones sobre los poetas franceses del Surrealismo, que ambos habíamos conocido a través de la ya mítica *Antología de la Poesía Surrealista* de Aldo Pellegrini.

Malvinas no fue un tema que Gustavo abordara en sus comienzos como poeta. En *Bufón fúnebre*, su primer libro, sólo hace referencia a la guerra en el poema *Abril* nos traería, que ha sido muy difundido: *...sólo queríamos reír cantar bailar...*. Probablemente, el poeta ya intuía que no se escribe con el dolor, sino con su recuerdo. Ese dejar decantar el tema, esa distancia en el tiempo hasta llegar a *Soldados*, le permitió transformar un hecho doloroso en un hecho estético, para decirnos que, tal vez, se escriba porque se ha perdido una experiencia inefable, y al escribirla

se realiza una experiencia del lenguaje.

El argumento de este libro es uno de los que más ha sido cantado por la poesía de todos los tiempos: la guerra. Pero Gustavo Caso Rosendi además comprende, a decir de Daniel Samoilovich en un artículo titulado *Poesía y Memoria*, que *El tema no es más que un color de la paleta, un instrumento de la orquesta. En el mismo artículo, el autor sostiene que nunca, por el contrario, la sinceridad o la potencia garantizan el logro de una obra. La Memoria es la madre de las musas, pero como buena madre debe dejarlas partir después de parirlas y educarlas... A veces se tira de un hilito —una hilacha podría ser— y enormes pedazos de la propia historia empiezan a surgir diez, quince, veinte años después. Y a más de veinte años de la guerra de Malvinas, Gustavo comienza a tirar de la hilacha y comienzan a descender poemas como estrellas desde el cielo oscuro de su memoria.*

Martín Raninqueo es músico y poeta platense. Publicó *El viento también recuerda* (1996), *Poemas al Flautista* (2003) y editó el c.d. *Poemas* junto a Gustavo Caso Rosendi. Como músico, grabó *Después del incendio* (1998), *Ffffff* (2001), *Adentros* (2005) y *Gorrión criollo* (2007).

Adelanto del libro *Soldados*



por Gustavo Caso Rosendi

*Se está como
en otoño
las hojas
en los árboles*

Giuseppe Ungaretti

Yo los saludo
soldados que salen
marchando de mí mismo
entre temblores de frío y de resaca
Hojas perennes en la rama
Florcitas de ceibo incendiadas con la tarde

PASE INGLÉS

Dados tirados al sol
Luego de una noche
en que la mano del destino
nos agitó por las colinas de Wireless Ridge

GURKAS

Mercenarios de perfil bajo
(los únicos que los vieron
ya no están)
Cuchillos fantasmales
cortando los sueños
¿Pero acaso nosotros
no veníamos del país de
las picanas sobre panzas
embarazadas?
¿Quién le tenía que tener
miedo a quién?

UNA RECETA PARA EL GATO DUMAS

Primero: robarse un paquete de fideos
del cuartel "Moody Brook"
Segundo: ponerlos a hervir en el casco
con agua de una charca cercana
El secreto es el condimento



(la pintura va saltándose del acero
a medida que se recalienta)
Tercero: servir en marmita
preferentemente abollada y tiznada
Cuarto: sentado sobre una piedra
comer lentamente como si fuese
el último bocado que se vaya a saborear

EN EL PALOMAR

Querían que comiéramos
de las miguitas del olvido
Pero no quedan palomas
después de una guerra

Pichones de cóndor desgarrando
las tripas de la verdad

BOLERO DEL NÁUFRAGO

A veces la ausencia
se nos instala en la orilla
cargada de gestos
facciones y nombres
que ya no pueden juntarse
Un pedazo de pan
una lata vacía
una carta trunca
una birrome agujereada
restos de yerba
una fotografía carcomida
A veces la ausencia
es una sirena que canta

Sobre las ilustraciones



Ernie Pike, apareció en la revista *Hora Cero* mensual en abril de 1957. Los primeros veinte episodios -hasta 1960- fueron dibujadas por el italiano Hugo Pratt, el creador de Corto Maltés. El protagonista es un corresponsal de guerra al que no le compran sus notas ni *Time* ni *Life*. Sus historias no dejan lugar a la oposición dicotómica entre buenos y malos. Todos son víctimas de la guerra, la gran culpable. El guionista de *Ernie Pike*, autor de este verdadero giro copernicano en la historieta de guerra -hasta entonces caracterizada por su maniqueísmo- es el argentino Héctor Oesterheld. Narrador de ciencia ficción de primera línea, escribió relatos de ese género con un enfoque humanista como el que por la misma época estaban abordando escritores anglosajones como Ray Bradbury o J.G. Ballard. Fue además el guionista de una de las mejores historietas de ciencia ficción de todos los tiempos: *El Eternauta*, aparecida originalmente en cien fascículos semanales, a partir de 1957, con dibujos de Solano López. Y en 1969 en una nueva versión, con dibujos de Alberto Breccia, en la revista *Gente*. Sus relatos ponen en primer plano la solidaridad y además en ellos el héroe, si lo hay, es un héroe colectivo. A principios de la década del setenta se incorporó a la organización Montoneros. El 27 de abril de 1977 fue secuestrado en La Plata. Estuvo detenido en Campo de Mayo y en una cárcel clandestina de La Tablada. Se cree que fue asesinado en Mercedes. Sus cuatro hijas también están desaparecidas. El Museo de Arte y Memoria de La Plata le dedicará a partir de mayo una muestra-homenaje.

Una banda de sonido para Malvinas

La música popular, a través de cantidad de canciones, se sumó a la batalla por el sentido de aquel territorio: De Atahualpa Yupanqui a Charly García y el heavy metal; del anticolonialismo a la ironía, el progresismo y el nacionalismo desencajado.

Por Cecilia Flachsland

Las Malvinas, formula el escritor Carlos Gamerro, le recuerdan al test de Rostcharch, esas manchas simétricas en las cuales el paciente puede reconocer las formas del delirio o del deseo, y el médico estudiar las de su locura. A lo largo de la historia los argentinos han leído las islas, como quien lee esas manchas, de forma múltiple y contradictoria.

Julio Cortázar le hace decir a un personaje que son unas *islas de mierda, llenas de pingüinos*. Gamerro se atreve, en cambio, a afirmar que las Malvinas son, *junto con las manos de Perón, el rodete de Evita, la sonrisa de Gardel, y la melena de Maradona uno de los íconos nacionales (14 de junio, 1982, tras un manto de neblina, Página/12, 16 de junio 2002)*. La izquierda, la derecha, los nacionalistas, los liberales, los militares, los civiles, los intelectuales, el hijo del vecino y los ex combatientes han dicho sus palabras sobre Malvinas como un modo de pronunciarse sobre la nación y la vida en común de los argentinos. La música popular a través de cantidad de canciones también se sumó a la batalla por el sentido de aquel territorio: De Atahualpa Yupanqui a Charly García y el heavy metal; del anticolonialismo a la ironía, el progresismo y el nacionalismo desencajado. Malvinas y Argentina son dos palabras hechas para la rima infantil, puestas una junto a la otra tienen una musicalidad inmediata.

Desafi(n)ando

Caetano Veloso escribió que la música popular era aquella que no subestimaba la sensibilidad del complejo mundo de los desamparados: *No se trata del populismo, que*

sustituye la aventura estética por la adulación de los desvalidos y bastardea las lenguas, sino del coraje de enfrentarse a la complejidad de la danza de las formas en la historia de la sociedad (Verdad tropical. Música y revolución en Brasil, Salamandra, Barcelona, 2004).

Hablar de cultura popular acarrea una serie de problemas. Las miradas que se posan fluctúan entre dos posiciones: el esencialismo que tiende a homogeneizar lo popular preestableciendo dónde empieza y dónde termina, y la mirada de aquellos que acentúan el carácter relacional de la cultura popular aceptando que está atravesada por otras lógicas —la massmediática, por ejemplo— y que debe ser estudiada en tanto práctica que se transforma. A pesar de este debate no saldado, puede afirmarse que las canciones de la música popular permiten acceder a la contradictoria visión del mundo de los sectores oprimidos. Sus melodías y sus palabras son, como sostenía Antonio Gramsci, *documentos mutilados y contaminados* sobre la memoria de los pueblos, sus territorios, sus luchas, sus derrotas, sus claudicaciones.

La cantante Liliana Herrero, conocedora de las músicas argentinas, atrapó en un aforismo iluminador los diferentes modos en que el rock y el folklore se vinculan con la complejidad de lo popular. Escribió: *El rock es ingenuo pero fuerte; el folklore es astuto pero débil* (revista *La Grieta* número 6). El rock como cultura que se pretende siempre joven —*iconoclasta* lo llama Eric Hobsbawm— es ingenuo en relación a la historia porque pretende presentarse como novedad más allá de la tradición. En ese impulso encuen-

tra su poder transformador. El folklore, en cambio, conoce la historia (y se jacta de conocerla), dialoga con la tradición, pero es débil a la hora de modificarla. Su impulso es tratarla como una obligación, como un conjunto de legados que deben perpetuarse.

Para pensar la banda de sonido de Malvinas, nos detendremos en tres momentos de la música popular, recortados arbitrariamente y elegidos en función de su potencia para tratar con los modos de la astucia y la ingenuidad. Le pondremos el oído a algunos temas de la tradición folklórica y rockera que musicalizaron la disputa por aquel ícono nacional y se pronunciaron sobre la soberanía, la guerra, la dictadura, el abandono, la justicia.

Una causa nacional y popular

La astucia del folklore, puesta de relieve por Liliana Herrero, aparece con nitidez en *La hermanita perdida*, una letra compuesta por Atahualpa Yupanqui en 1971 y musicalizada por Ariel Ramírez en 1980. Yupanqui la escribió durante una gira, en una estadía en París: “Vino a verme un empresario inglés y me preguntó cuanto cobraba por dar cuatro recitales en Inglaterra. Yo le respondí: *Las islas Malvinas*. Han pasado ya tres años y el hombre no ha contestado aún... De muchacho ya me preocupaba el asunto de las Malvinas pero lo tomaba como noticia de la historia de Grosso; de grande fue distinto cuando comprendí lo que es el despojo: que Inglaterra, con toda su cultura, sus Ordenes y sus Caballeros, es verdaderamente un ave rapaz. Puede estar seguro que yo no cantaré en ese país, mientras no nos devuelvan nuestras islas”.

A lo largo de su obra Yupanqui ha pensado con sutileza la complejidad que encierra la pertenencia a una cultura nacional. Su propio nombre es una reflexión al respecto. Fue bautizado como Héctor por el personaje griego de la *Ilíada*, pero lo dejó de lado junto a su apellido paterno, Chavero, para rebautizarse con los nombres de los dos últimos caciques indígenas: Atahualpa, que quiere decir en quechua *venir de tierras lejanas* y Yupanqui, que significa *para decir, para contar*. Su obra está tensionada por estos cruces: Nietzsche y el silencio de los hombres de campo, Edith Piaf y el plebeyismo criollo, la civilización y la barbarie.

En la letra que nos ocupa, el autor relega parte de esas tensiones. La búsqueda poética cede en pos de la postura militante. El aire de milonga aportado por Ramírez para la música la vuelve aún más tradicionalista. Malvinas se construye sin más como una causa nacional y popular. La letra está cruzada por un discurso antiimperialista dicho con la candidez de la poética escolar. Para nombrar a Inglaterra, Yupanqui escribe: *rubio tiempo pirata*. Según Norberto Galasso, autor de una biografía del músico, su antibritanismo proviene de sus simpatías yrigoyenistas y terminó de forjarse con su paso por el Partido Comunista.

Para el autor de *El arriero* el hombre es *tierra que anda*.

Solía decir que así como los franceses eran analfabetos del mundo y eruditos de Francia, los argentinos eran eruditos del mundo y analfabetos de las cosas del país. En *La hermanita perdida* vuelve sobre este punto. Para Atahualpa el hombre debe traducir la tierra porque ésta encierra el alma de las cosas. De ahí que la canción personifique al territorio: las islas son hermanitas, la Patagonia las suspira y La Pampa las llama.

La canción dialoga con sustratos antiguos de la tradición argentina, difíciles de ser pensados en el presente después de la dictadura, la experiencia de la guerra y el proceso de desmalvinización. Entre ellos, se ha señalado, el espíritu antibritánico y la ilusión de traducir el espíritu de la tierra para fundar la cultura nacional. En su libro *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Rosana Guber se pregunta cómo se construyó el símbolo Malvinas entre 1833, cuando las islas fueron ocupadas por Gran Bretaña, y el momento de la guerra ¿Qué discursos acompañaron las demandas por la soberanía que los sucesivos gobiernos argentinos hicieron frente a sus pares ingleses y ante los organismos internacionales? El recorrido que realiza la autora deja en claro que, a diferencia de lo que suele creerse, no fueron solamente la escuela y el nacionalismo doctrinario de derecha los responsables de convertir a Malvinas en una causa nacional y popular. *La hermanita perdida* forma parte de esa construcción cimentada en nombres tales como el Gaucho Rivero, Paul Groussac, los historiadores revisionistas Irazusta, el socialista Alfredo Palacios y los jóvenes peronistas del Operativo Cóndor (así se conoce a los hechos del miércoles 28 de septiembre de 1966, en que 18 jóvenes argentinos, entre ellos una mujer, tomaron el control del vuelo 648 de Aerolíneas Argentinas que la noche antes había despegado del aeroparque Jorge Newberry hacia Río Gallegos y lo desviaron a las Malvinas).

Guber menciona sólo al pasar el tema de Yupanqui, pero señala el parecido que hay entre *La hermanita perdida* y el modo en que el diputado Palacios se había referido a las islas en 1934 cuando apoyó un proyecto de ley que pedía la traducción al castellano del texto *Les Iles Malouines*, escrito por Paul Groussac, para distribuirlo en colegios, bibliotecas populares e instituciones extranjeras. Palacios recordaba siempre que los ingleses se habían referido a las Malvinas como “islas miserables” porque no ofrecían beneficios económicos y costaban a Inglaterra miles de libras. El desprecio inglés era transformado por Palacios en bandera: las islas, argumentaba, eran tan miserables como el pueblo argentino. Solía compararlas con el desamparo de los niños y las madres solteras. Difundir los derechos argentinos en las islas era un modo de defender los del pueblo y la nación que en clave de Palacios se definía a través del honor y la dignidad.

Hermanitas perdidas, islas miserables: modos de nombrar el territorio de un país cuya historia se escribió en clave de pérdida más que de conquista. Escribe Guber: *¿Por qué las islas Malvinas pudieron convertirse en símbolo de la conti-*

nidad de la nación? Precisamente porque su poder metafórico no sólo residió en haber sido ocupadas por el gigante imperial; además, y fundamentalmente, al pertenecer sólo ideológicamente al dominio argentino, las islas no participaron de los tramos más amargos de su fragmentada historia, preservaron entonces su capacidad de encarnar la plena argentinidad mucho más que cualquier otro símbolo que, dentro del continente, hubiera caído en el fuego cruzado de los enemigos.

Las cosas ya no son como las ves

Hasta 1982, aunque no sin problemas, podía defenderse la idea de que Malvinas era una causa nacional y popular. Si, tal como hemos visto, existía un entramado cultural que se había pronunciado sobre Malvinas como un modo de hacerlo sobre la patria, la guerra ocurrida durante un período de terrorismo de estado, caracterizado por la repre-

La hermanita perdida, Atahualpa Yupanqui, 1971

De la mañana a la noche
de la noche a la mañana
en grandes olas azules
y encajes de espumas blancas
te va llegando el saludo
permanente de la Patria.
Ay, hermanita perdida
hermanita: vuelve a casa...
Amarillentos papeles
te pintan con otra laya
pero son veinte millones
que te llamamos: hermana...
Sobre las aguas australes
planean gaviotas blancas
dura piedra enternece
por la sagrada esperanza
¡Ay, hermanita perdida!
Hermanita: vuelve a casa
Malvinas tierra cautiva
de un rubio tiempo pirata.
Patagonia te suspira.
Toda la pampa te llama.
Seguirán las mil banderas
del mar, azules y blancas.
Pero queremos ver otra sobre tu piedra clara.
Para llenarte de criollos.
Para cubrirte la cara.
Hasta que logres el gesto
tradicional de la Patria.
¡Ay, hermanita perdida!
Hermanita: ¡vuelve a casa!

sión sistemática, la desaparición de personas y el desastre económico, dinamitó la idea de lo nacional y mostró que de ella sólo quedaban despojos.

Charly García capturó ese clima de época y lo usó para nombrar un disco. Si Yupanqui pedía que las islas usurpadas volvieran a formar parte de la patria, a la que llamaba *casa*, García advierte que ese refugio, después de la experiencia de la dictadura, fue dinamitado. Lo que quedan son espacios privados en los que sólo se puede ir *de la cama al living*.

A principios de 1982, el rockero había empezado a grabar la música para la película *Pubis Angelical*. Cuando se enteró del desembarco argentino en Malvinas, compuso de un tirón *Yendo de la cama al living* y editó los dos materiales juntos. La mayoría de las canciones se refieren al conflicto desde un registro irónico y desencantado. El viraje también es musical. García se entusiasma con la batería electrónica —novedad técnica que afecta los modos de composición dentro del rock— y simplifica la forma de la canción; “fue por mi hijo Miguel que insistía que en mis canciones cambiaba demasiado de ritmo y él se perdía”, declaró al periodista Miguel Grinberg, quien lo entrevistó para su libro *Cómo vino la mano*, Distal, Buenos Aires, 1993.

En su debut solista, el rockero sospecha que, junto con los ideales setentistas, se acaba definitivamente la posibilidad de cualquier discurso pedagógico. Tampoco le alcanza el camino que él mismo había transitado en Serú Girán, donde mandaba mensajes críticos cifrados, por ejemplo en *Canción de Alicia en el país*. Su apuesta, el reverso de *Sólo le pido a Dios* de León Gieco, sobresale en *No bombardeen Buenos Aires*, donde dice: *no bombardeen Buenos Aires, no nos podemos defender, los pibes de mi barrio se escondieron en los caños, espían al cielo, usan cascos, curten mammos escuchando a Clash, escuchando a Clash -¡Sandinista!* El disco fue presentado en el estadio de Ferro en diciembre de 1982 ante 25.000 personas. La escenografía que simulaba ser una ciudad fue destruida mientras precisamente sonaba *No bombardeen Buenos Aires*.

En otro tema, *Peluca telefónica*, en el que zapa con Pedro Aznar y Luis Alberto Spinetta, elige parodiar la letra de *La Balsa* para anunciar que el sueño terminó: *Estoy viviendo aquí en este mundo abandonado, ¿te alcanza la renta? No, ¿a quién?* En *Canción de 2 por 3* insiste con la misma idea: “yo no quiero vivir así, repitiendo las agonías del pasado con los hermanos de mi niñez. Es muy duro sobrevivir y aunque el tiempo ya nos ha vuelto desconfiados tenemos algo para decir: no es la misma canción de 2 por 3, las cosas ya no son como las ves.

La mirada que García tiene sobre la guerra de Malvinas está en sintonía con la que Néstor Perlongher desarrolló a la par del conflicto en el artículo *Todo el poder a Lady Di: En medio de tanta insensatez, la salida más elegante es el humor: si Borges recomendó ceder las islas a Bolivia y dotarla así de una salida al mar, podría también procla-*

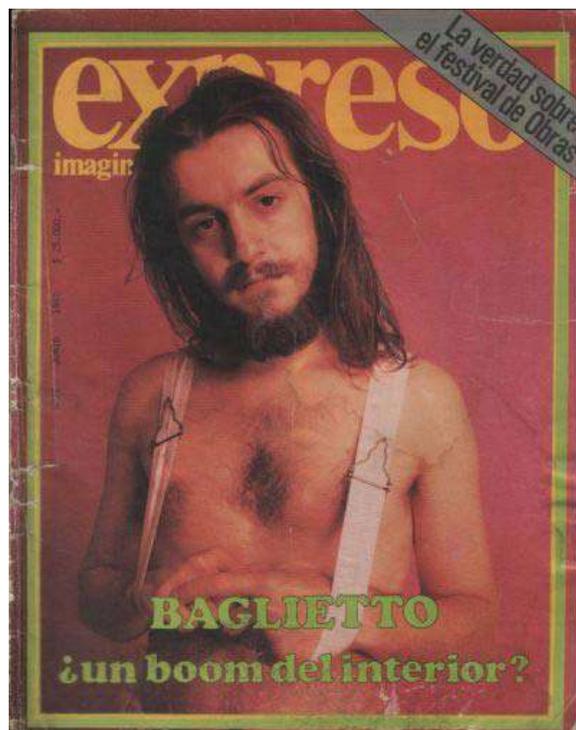
marse: todo el poder a Lady Di o El Vaticano a las Malvinas para que la ridiculez del poder que un coro de suicidas legítima, quede al descubierto. Como propuso alguien con sensatez, antes que defender la ocupación de las Malvinas, habría que postular la desocupación de la Argentina por parte del autodenominado Ejército Argentino (revista Persona, número 12, 1982).

El enfoque irónico de García fue señalado por algunos como complacencia cínica postsetenta. En la revista *Plan B*, Gustavo Álvarez Nuñez escribió una nota titulada *¿Por qué no hay desaparecidos en el rock?* en la que pone en cuestión la idea de que el rock fue un espacio de resistencia durante la última dictadura. En el centro de su cuestionamiento está la figura de Charly García y sus intentos de ejercer la crítica a través de mensajes cifrados. Escribe: *De vuelta a la frase de García: En vez de pelearnos entre nosotros y haberle chupado las medias a la dictadura teníamos que habernos juntado cuando lo que pasaba era una cosa pesada como la dictadura. Si los rockeros se juntaron fue para el festival solidario por los chicos de Malvinas. Pero conociendo el prontuario posterior de muchos de los involucrados no es difícil intuir cuánto de oportunismo y sed de gloria esculpía los trazos del rockero medio.* La señalada ironía tiene, sin embargo, sus matices, admite incluso algún atisbo esperanzador (*mama la libertad, siempre la llevarás dentro del corazón*), ansias de fiesta (*la alegría no es sólo brasilera*) y mucho de oscuridad. *Yendo de la cama al living* es la obra de un tipo encerrado en una ciudad sitiada que descrea de los motivos de la guerra y que ve enemigos por todos lados. El pensamiento de García es paranoico (en varias entrevistas insistirá en que “a los paranoicos también nos persiguen”). Sus letras advierten acerca de la subjetivi-

El pensamiento de García es paranoico (en varias entrevistas insistirá en que “a los paranoicos también nos persiguen”). Sus letras advierten acerca de la subjetividad contemporánea que todo lo teme porque desconoce cuál es el origen de las balas.

dad contemporánea que todo lo teme porque desconoce cuál es el origen de las balas. Si bien está hablando de una guerra librada en el sentido clásico, una de las últimas batallas del siglo XX, anticipa la angustia ominosa del hombre posmoderno: *Estoy temiendo a un rubio ahora/ No sé a quién temeré después/ Terror y desconfianza por los juegos/ por las transas, por las canas, por las panzas, por las ansias por las rancias cunas de poder, cunas de poder/ ¡Margarita!*

En tanto anticipo de *lo que vendrá* —tal el nombre de una película de Gustavo Mosquera en la que actuaba García— el disco conecta con *Los Pichyciegos*. *Visiones de una batalla subterránea*, la novela que Rodolfo Fogwill escribió de un tirón entre el 11 y el 17 de junio de 1982, a la par de la rendición argentina. El autor imagina una comunidad de deser-



tores que prefiere negociar su supervivencia con los ingleses a ponerse en manos de los militares argentinos. Los pichyciegos libran *otra* guerra, la del *sálvese quien pueda*: negocian entre ellos, pichulean, calculan quién sobra en función de las provisiones, etc. Sus vidas están desprovistas de todo heroísmo.

En un pasaje de la novela los pichis discuten sobre música y hacen tambalear las nociones de lo nacional y popular: *Pero la música de los ingleses era mejor: los argentinos pasaban mucho rock argentino, tipos de voz finita, canciones de protesta, historia de vaguitos de Buenos Aires. Los ingleses pasaban más folklore y tangos, y cuando ponían rock, elegían verdadero, americano, Presley.*

Por eso discutían los pichis: a algunos, a los porteños y a uno de los bahienses les gustaba Gioco.

—¡Es un boludo! —decían los otros. El Turco y los tres Reyes pensaban así.

—Será boludo —defendía un porteño— ¡Pero se está llenando de guita!

A la mayoría le gustaba los rocks verdaderos.

El disco de García, al igual que *Los Pichyciegos*, puede leerse como una bisagra entre la dictadura y las lógicas de mercado neoliberales. Entonces, si Yupanqui componía sobre Malvinas como una excusa para pronunciarse sobre la patria, García presiente que de lo común sólo quedan ruinas. Si Yupanqui dispara contra el colonialismo, García intuye que los enemigos están por todos lados. Si Yupanqui advierte sobre los peligros de ser analfabeto en los asuntos de la propia tierra, García considera que “quien no sabe las cancio-

No bombardeen Buenos Aires, Charly García, 1982

No bombardeen Buenos Aires,
no nos podemos defender,
los pibes de mi barrio
se escondieron en los caños,
espían al cielo, usan cascos,
curten mambos escuchando a Clash,
escuchando a Clash -¡Sandinista!
Estoy temiendo a un rubio ahora,
no sé a quién temeré después,
terror y desconfianza por los juegos,
por las transas, por las canas,
por las panzas, por las ansias
por las rancias cunas de poder,
cunas de poder -¡Margarita!
Si querés escucharé a la BBC,
aunque quieras que lo hagamos de noche,
y si querés darme un beso alguna vez
es posible que me suba a tu coche
¡Pero no bombardeen Buenos Aires!
(Ay, tengo miedo y estoy en casa
y no quiero salir porque me van
a tirar una bomba)
No quiero el mundo de Cinzano
no tengo que perder la fe
quiero treparte pero no pasaba nada
ni siquiera puedo comerme un bife
y sentirme bien, sentirme bien,
¡tengo hambre, tengo miedo!
Los ghurkas siguen avanzando
los viejos siguen en TV,
los jefes de los chicos
toman whisky con los ricos
mientras los obreros
hacen masa en la plaza
como aquella vez.
Si querés escucharé a la BBC,
aunque quieras que lo hagamos de noche,
y si querés darme un beso alguna vez
es posible que me suba a tu coche
¡Pero no bombardeen Barrio Norte!

nes de los Beatles es un analfabeto”.

Dicho esto puede parecer que *La hermanita perdida* es un verso escolar comparada con el desparpajo de *No bombardeen Buenos Aires*. Sin embargo, retomando el aforismo de Herrero, podemos señalar una paradoja. Yupanqui compone con ingenuidad pero es astuto en relación a la historia: entiende que Malvinas dialoga con sustratos muy antiguos de la cultura nacional y se reconoce parte de ellos. García compone

con astucia pero es ingenuo en relación a la historia, cree que alcanza con la voluntad para sacársela de encima pero se olvida que también a él puede asaltarle en el futuro.

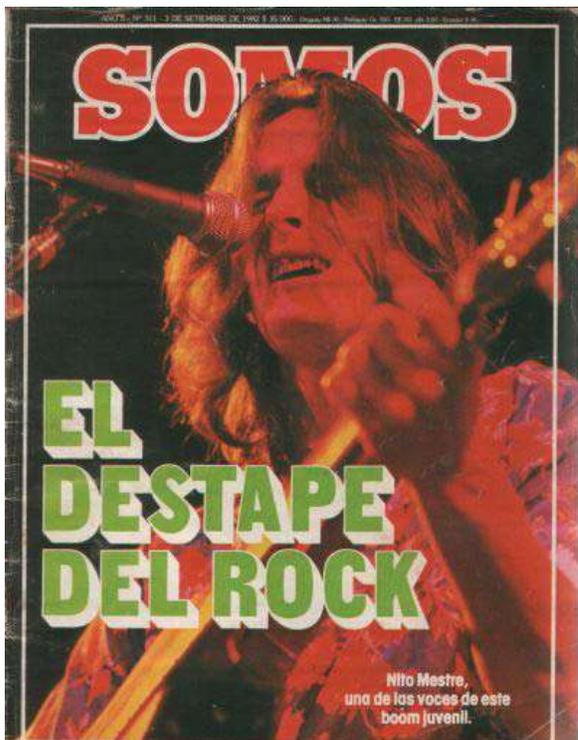
Aguante la patria

El tercer momento seleccionado para repasar las representaciones musicales sobre Malvinas está ligado a cómo fueron tematizadas la posguerra y la desmalvinización. La canción elegida, *El Visitante*, del grupo Almafuerte, fue compuesta en 1999 para la película que lleva el mismo nombre y fue dirigida por Javier Olivera. Se filmó durante 1998 y se estrenó en 1999. Está centrada en la vida de Pedro, un ex combatiente que durante la guerra sufrió la muerte de uno de sus grandes amigos. El protagonista, interpretado por Julio Chávez, tiene 36 años, trabaja de taxista y vive acosado por los fantasmas del pasado. Raúl, su compañero muerto en combate, es el *visitante*, quien anuncia su aparición a través de un objeto que lo identifica —un cortaplumas— para después aparecer él mismo, vestido de soldado y eternamente joven. Viene a formularle a Pedro un extraño pedido: su cuerpo. ¿Para qué? Para tener una experiencia sexual debido a que en las islas murió virgen.

La canción *El visitante*, al igual que otras del género metá-

Si durante los ochenta se había cantado sobre Malvinas desde la ironía —García y Virus— y el progresismo —Gieco, Lerner, Porchetto— durante los noventa la presencia de Malvinas en la música juvenil está atada al heavy metal y al llamado rock chabón.

lico, le da voz a los ex combatientes y se pregunta sobre las otras guerras que empezaron una vez finalizada la del '82. Si durante los ochenta se había cantado sobre Malvinas desde la ironía —García y Virus— y el progresismo —Gieco, Lerner, Porchetto— durante los noventa la presencia de Malvinas en la música juvenil está atada al heavy metal y al llamado rock chabón. Con todas sus diferencias, ambos son estilos musicales que organizan las prácticas culturales de una clase social, los jóvenes de los sectores populares. Ambos apelan a un discurso nacionalista y ponderan eso que llaman el *aguante*, aunque el rock chabón lo vincule al fútbol y el heavy a la condición misma de ser metalero. El heavy disputa los gustos musicales suburbanos desde los ochenta mientras que el rock chabón surge con la fractura económica y cultural de los noventa. El heavy es más extremo, tanto en lo musical como en sus postulados ideológicos. No admite convivencia con géneros como la cumbia, es más cerrado y su estética es bien dura, no salen del color negro. Su fuerza, justamente, radica en este fundamentalismo. Como gustan decir sus seguidores: “no es una música que les guste a las tías”. A diferencia de lo que ocurre con ciertos temas del rock chabón que se convierten en hits radiales, los temas metálicos sólo pueden ser escuchados por quienes gusten



de esa música, los otros lo considerarán “un batifondo”.

Ya no son las clases medias las que le cantan a las Malvinas sino las clases populares de la Argentina de la exclusión. Tampoco estamos frente al sujeto popular que imaginaba Yupanqui, ese hombre de tierra adentro al que “tiene muchos silencios y que se maneja con 200 ideas y 20 palabras”; sino frente a lo que el Indio Solari llamó “los desangrados”, personas que viven sin el amparo de las viejas instituciones modernas —estado, trabajo, escuela, familia—, ancladas en barrios cuyo paisaje se vio transformado por la miseria, la desocupación, la delincuencia, el tráfico y consumo de drogas.

“Me interesa hacer lo mismo que los yankees hicieron con Vietnam. Allá los cagaron a tiros pero ellos te filman películas onda Rambo y se sienten orgullosos de sus héroes. Por otro lado, a veces pienso que los pobres correntinos que viajaron a Malvinas a puro huevo se cargaron unos cuantos. Me los imagino tirando y festejando como si hubieran metido un gol”, dice Gustavo Zabala, guitarrista de Tren Loco, banda de heavy metal oriunda de San Miguel con varios temas centrados en Malvinas.

El nacionalismo pregonado por Zabala es una novedad en el rock argentino que en sus orígenes aspiraba a ser la banda de sonido de los jóvenes del mundo y repudiaba las fronteras y las naciones, al tiempo que cuestionaba los mecanismos de disciplinamiento burgués pero no en nombre de los trabajadores sino de una bohemia ciudadana. Los géneros duros nunca simpatizaron con ese imaginario por considerarlo *blando y careta*. En 1983 en el tema *Brigadas*

metálicas el grupo V8 decía: *Los que están podridos de aguantar/ el llanto de los que quieren la paz/ los que están hartos de ver/ las caras que marcan el ayer/ vengan todos/ aquí hay un lugar/ junto a las brigadas del metal/ basta ya de signos de la paz/ basta de cargar con el morral.*

La incorrección política de estas formas de pensar la patria se exagera en la figura de Ricardo Iorio, suerte de prócer heavy, ex integrante de V8 y actual líder de Almafuerte. Le gusta definirse como “un hombre que va a extremos” y suele decir que el rockero se va de boca porque “primero habla y después piensa”. Interrogado sobre sus preferencias nacionales elige a José Larralde como su influencia más grande “porque habla de la nación —aun sin decirlo directamente— de una forma muy poderosa. Sus letras son grandiosas porque están hechas para gente que no sabe leer ni escribir. Por ejemplo: si nosotros vamos por la ruta y vemos carteles publicitarios de Paladini o Resero Blanco, no podemos dejar de leerlos, ahora, si vas en la ruta con un tipo analfabeto y le preguntás qué dice ahí, te responde: hambre, vino. Una gran diferencia con el que lee las marcas. Las letras de Larralde son fundamentales para los que no saben leer porque les describen la realidad y les ofrecen una comprensión de esa realidad misma”.

Hay cantidad de anécdotas sobre los excesos de este payador metálico. Una de las más difíciles de digerir es la que cuenta que en sus conciertos antes de tocar el tema *El Visitante* dice: “Loco, voy a cantar un tema sobre Malvinas, nadie le da bola a los pibes de Malvinas. En este país para que te den bola, tenés que ser hijo de desaparecidos”.

La frase, incómoda por donde se la mire, está equivocada en su forma de tener razón. Federico Lorenz, con modos más razonables, parece explicar el origen del resentimiento de lo dicho por Iorio en su libro *Las guerras por Malvinas: En relación con otros campos de estudio de la historia reciente, las reflexiones sobre la guerra de 1982 siguen ancladas en el contexto de los ochenta, pero ni el discurso radical, ni el victimizador, ni el patriótico son suficientes para entenderla. Si los desaparecidos están recobrando el rostro humano y político que tuvieron, no podemos decir lo mismo de quienes combatieron en las islas por una causa que consideraron legítima, al igual que miles de compatriotas. La guerra y sus protagonistas oscilan entre dos extremos inaccesibles a la discusión: el limbo de las víctimas, o el Panteón atemporal de los héroes y mártires de la Patria. En la década del ochenta, las agrupaciones de ex combatientes buscaron salir de la trampa de la causa legítima en manos espurias inscribiendo su experiencia de guerra en la lucha por un país mejor, en el encuentro fraternal con otros explotados, marginados y perseguidos. En ese sentido, Malvinas fue, en una situación concreta y que no tuvo que ver con la guerra sino con sus consecuencias, una oportunidad para pensar un proyecto de país. Acaso ése sea su principal potencial simbólico: constituir, por lo que significa y no por su materialidad,*

El visitante, Almafuerde, 1999

Olvidar yo sé bien que no podés
como la sociedad olvida
que fuiste obligado a marchar,
en su defensa.

Recordando el mal momento
atrincherado en tu habitación;
soledad, humo y penumbras
despertares de ultratumba.

Apocalipsis del sustento interior
andar sin encontrarle alivio al tormento
desesperante, mórbida aflicción
del visitante y su castigo.

Fui elegido, para cantarte
por quienes quieren olvido restarte
grave, pesado, mas no inconsciente
yo te lo mando ex combatiente.

Grave, pesado, mas no inconsciente
yo te lo mando ex combatiente.
Para vos.

Apocalipsis del sustento interior
andar sin encontrarle alivio al tormento
desesperante, mórbida aflicción
del visitante y su castigo.

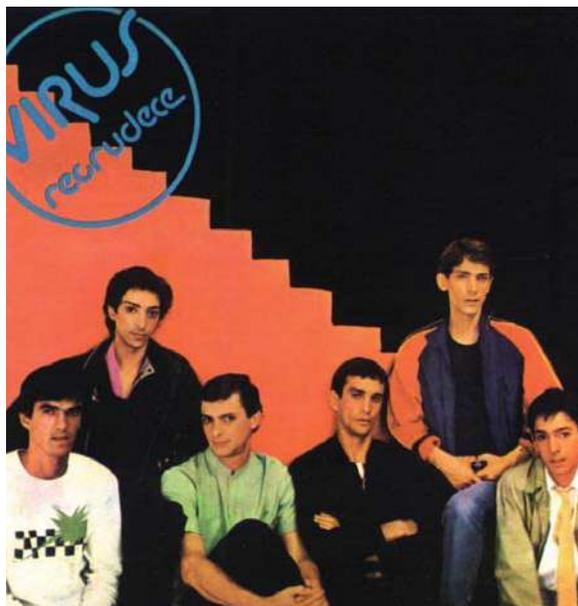
Fui elegido, para cantarte
por quienes quieren olvido restarte
grave pesado mas no inconsciente
yo te lo mando ex combatiente.

Grave pesado mas no inconsciente
yo te lo mando ex combatiente.
Para vos.

un espacio de vinculación.

La canción de Almafuerde, al igual que la película, se pregunta qué pasa cuando ese espacio de vinculación no existe. *El Visitante* es una película de fantasmas, de personas que no pueden establecer lazos entre ellas. Sus protagonistas no están ni vivos ni muertos, actúan como zombis. Pedro, el ex combatiente devenido taxista, está vivo pero se comporta como un alma en pena y Raúl, que cayó en combate, está muerto pero vuelve de visita para saldar deudas pendientes.

Así como en las canciones de los géneros duros se critica



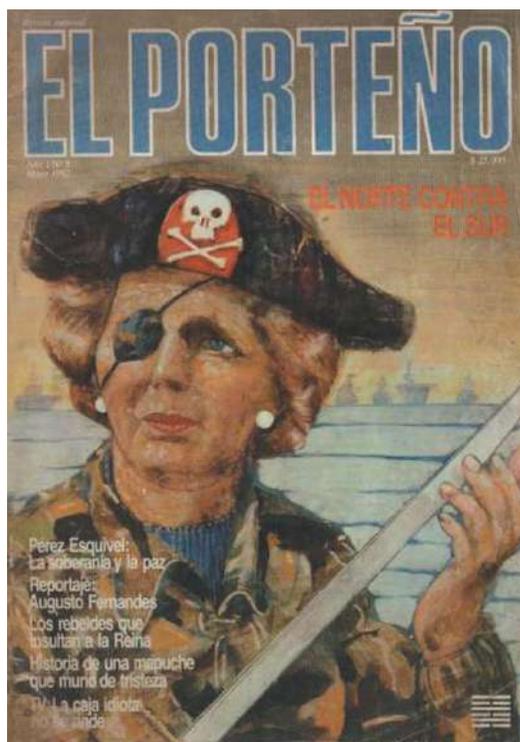
lo existente en nombre de los trabajadores excluidos y no de la bohemia antisistema, para hablar de Malvinas no se recurre ni a una retórica victimista ni a un discurso antibélico ni a la paranoia sino a los resabios del discurso nacionalista. La patria para ellos no es, como decían los anarquistas, el último refugio de los bandidos, sino el último refugio de los desangelados frente a las lógicas mercantilistas.

Yupanqui llama con un lamento a la hermanita perdida soñando con una patria nacional y popular; García, ante la disolución de lo común, empuña la ironía como última posibilidad de seguir hablando (en los noventa, además de proclamarse intendente del Alto Palermo, proponía con tono burlón “alambrar su barrio”); Almafuerde, desde las fronteras del barrio, apela a un discurso nacional que se parece más al grito de guerra de una tribu que a la posibilidad de refundar la patria.

Malvinas y Argentina ya no tienen la musicalidad de la rima perfecta. Tal vez las nuevas canciones dedicadas a las islas tendrán que tener tanto astucia como fuerza. Astucia para reactualizar los viejos legados culturales y políticos y fuerza para no ceder a la reivindicación apresurada y aceptar la complejidad que encierra el enunciado *las Malvinas son argentinas*.

Cecilia Flachsland es licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA). Editó el mensuario *El Biombo*, dedicado al rock argentino. Produjo y co-condujo el programa radial *La agenda del diablo*, junto a Liliana Herrero. Realizó la producción del programa televisivo *La Creciente*, ciclo de entrevistas conducido por María Pía López centrado en los treinta años del golpe. Publicó los libros de divulgación *Walsh para principiantes* y *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*.

¿Cómplices o ingenuos?



El 16 de mayo de 1982 se celebró en Obras Sanitarias el Festival de la Solidaridad Latinoamericana. Tenía tres objetivos: exigir la paz en Malvinas; recaudar víveres y ropas para los combatientes y agradecer la solidaridad de los países latinoamericanos. No se cobró entrada sino que se optó por pedir ropa y alimentos no perecederos. Concurrieron alrededor de sesenta mil personas, la mayoría jóvenes. El concierto fue transmitido en directo por TV, algo por entonces inédito para el rock argentino. Desde el escenario se dijo: “La música progresiva nacional, que es parte de un lenguaje universal de amor y comunicación, se hace presente en este momento histórico para ratificar la voluntad constructiva de un pueblo de paz”. Subieron a escena Charly García, Luis Alberto Spinetta, León Gieco, Litto Nebbia, Nito Mestre, David Lebón, Rubén Rada, Raúl Porchetto, Pappo, Antonio Tarrago Ros, Miguel Cantilo, Tantor, Edelmiro Molinari, Ricardo Soulé,

Javier Martínez, Dulces 16 y Beto Satragni, entre otros.

Según el libro *Rock y dictadura, crónica de una generación* (1976-1983), de Sergio Pujol, la idea surgió de Javier Martínez y Pappo, quienes convencieron a Luis Alberto Spinetta y lograron sumar a los productores Pity Yñurigarro, Alberto Ohanian y Daniel Grinbank. Escribe Pujol: *Ese mediodía, a las puertas de Obras se estacionaron camiones del Ejército, pero esta vez no para llevarse gente sino para cargar todo lo recaudado: 50 camiones de abrigos y alimentos.* A las 3 de la tarde del 16 de mayo, cerca de 60 mil jóvenes asistieron al festival de la Solidaridad Latinoamericana. El título aludía al apoyo que la mayoría de los países de América latina le habían confiado a la Argentina en relación al conflicto. Pero también hacía referencia a la mirada continental que el rock había empezado a tener. Por supuesto, la televisión y la radio transmitieron el festival. Con lo recaudado se juntaron 5.000 bolsos de dona-

ciones que debían ir a Malvinas. Dos semanas después de que el submarino inglés Conqueror hundiera al General Belgrano con sus mil tripulantes, Somos tituló: *El rock en el frente. Y Pelo le puso a su tapa: La hora del rock nacional.*

Más adelante, Pujol señala: *Entre los que fueron al Festival de la Solidaridad Latinoamericana no hubo expresiones eufóricas ni mucho menos. Desde el césped de Obras pudo notarse la desazón de los músicos y la consternación de los oyentes, aunque algunos vitoreaban al país y a sus músicos favoritos. Era difícil poder pensar en otra cosa que no fuera en esos miles de chicos, de la misma edad del público reunido, que estaban en Malvinas con 15 grados bajo cero, mal calzados y mal alimentados en medio de una guerra que no habían elegido y representando a un gobierno que nadie había votado. Era imposible asociar el encuentro al sentido festivo que solían tener los recitales. Gieco cantó Sólo le pido a Dios y cuando terminó todo se fue corriendo a su casa, como si acabara de hacer algo en contra de su voluntad; no veía la hora de dejar todo eso atrás y empezar la segunda parte de su exploración del país. Spinetta tocó lo suyo, no sin antes aclarar que estaba ahí por la paz, no por la guerra. Lo mismo hizo Miguel Cantilo al entonar Gente del futuro. Edelmiro tocó rock and roll con Ricardo Soulé, pensando que al menos los que allí estaban recibirían un poco de aliento. (...) Para el final, Charly García, David Lebón, Raúl Porchetto, León Gieco, Nito Mestre y Tarrago Ros hicieron Algo de paz.*

Hubo otros grupos rockeros que no aceptaron participar del festival y, además, realizaron una lectura crítica de la guerra y su contexto. La familia Vitale estuvo organizada en torno al colectivo MIA (Músicos Independientes Argentinos) desde 1976 hasta 1982. Además de la escuela de formación musical que tenían, editaban discos y organizaban conciertos por toda la Argentina de forma autogestiva. En 1982 se habían convertido en el CECI (Centro de Cultura Independiente). Donvi y María Esther Soto —el matrimonio Vitale, gestor de los proyectos— tras enterarse del desembarco argentino en Malvinas se puso en contacto con un representante de la Cruz Roja con la idea de hacer un concierto en Ushuaia, que no llegó a concretarse, en contra de la guerra.

Los hermanos Moura, de Virus, habían adquirido una conciencia política de forma trágica: su hermano Jorge, militante del Ejército Revolucionario del Pueblo, había sido secuestrado de la casa familiar que los Moura tenían en La Plata, delante de sus padres y de su hermano Marcelo y es uno de los 30.000 desaparecidos. Para Virus era impensable sumarse a un concierto oficial, organizado por la junta responsable de ese secuestro. Entrevistado por Fernando Sánchez para su libro *Virus, una generación* (1994), Julio Moura reflexionó: *...de repente éramos enemigos de los Beatles. Se trató de hacernos creer que era para ayudar a la recuperación de las Malvinas, pero terminó siendo un fraude. Nosotros queríamos que se terminara la guerra, que no tenía sentido más allá de que creyéramos que las islas son argentinas. Mandar a los chicos allá y*

subirte a un escenario para especular, era horroroso... Lamentablemente, el momento no dio para decir todo esto porque si decías algo te daban un palazo en la cabeza.

Roberto Jacoby, un artista conceptual que en los '60 estuvo cercano al Di Tella y luego investigó desde su obra la relación entre la política y el arte, se sumó en los '80 a trabajar con Virus en la escritura de las letras. Dos de ellas, *El Banquete* y *¡Ay qué mambo!* -incluidas en *Recrudece* (1982)-, se refieren con ironía al festival. *El Banquete* dice: *Nos han invitado / a un gran banquete / habrá postre helado / nos darán sorbete. // Han sacrificado jóvenes terneros / para preparar una cena oficial, / se ha autorizado un montón de dinero / pero prometen un menú magistral. / Es un momento amable / bastante particular, / sobre temas generales / nos llaman a conversar. // Los cocineros son muy conocidos / sus nuevas recetas nos van a ofrecer. / El guiso parece algo recocado, / alguien me comenta que es de antes de ayer. ¡Ay, qué mambo! sigue con la denuncia en tono burlesco: ¡Ay, qué mambo! ¡Hay todo un cambio! / Ahora el rock vendió el stock. / Nuestra canción salió al balcón. / ¡Hasta cuándo será este encanto! //*

Sólo rock, rock, rock, rock / Rock nacional en el canal... / En las radios en los estadios... / Rock, rock nacional...

El primer sábado posterior a la rendición de las fuerzas argentinas en las Malvinas, el 19 de junio de 1982, en el Teatro Olimpia de Buenos Aires, Virus realizó un show concebido como un espectáculo integral por Federico Moura y Jacoby con la colaboración de Lorenzo Quinteros (director de los videoclips del primer disco) y las actuaciones de Jean-François Casanovas y una pareja de mimos. El show comenzaba con un ciego sintonizando una radio a galena que colgaba de su cuello, tras lo cual comenzaba a escucharse la aún inédita *Entra en movimiento*. Luego subía el grupo entero al escenario, todos disfrazados de viejos, y mientras en una pantalla se proyectaban imágenes de una manifestación en Plaza de Mayo, se tocaba *Todo este tiempo perdido*.

Los Violadores tenían una lucidez rabiosa, producto de la represión policial que caía sobre ellos una y otra vez. En el año 1982, su líder Piltrafa declaraba a la revista *Perfil*: "Nosotros vivimos en la ciudad y acá hay ruido de autos, mugre y miseria. (...) Miguel Cantilo o Pedro y Pablo (...) siempre hablando de la paz y el campo. Que se dejen de joder. Esto es cemento armado, basura, agresión, ciudad. ¿Y de qué hablan? ¿Contra la Señora violencia, contra la Thatcher? (...) ¿Por qué no hacen un tema que se llame *Sr. Galtieri? La marcha de la bronca* tiene una buena letra, pero es de 1972". El mismo Piltrafa, entrevistado en el año 2001 para un libro acerca del grupo, provocaba: "Con respecto a Malvinas creo que primero tenemos que tener un territorio que sea digno para nosotros (...) No creo que debamos anexionar territorio, aunque sea propio, si todavía no sabemos manejar el nuestro. El día que seamos un país mejor, las Malvinas —dos islotos— van a poner unos remos y se van a acercar al continente".

Era en Abril

Por Sergio A. Pujol

Fueron a escuchar a sus músicos favoritos y a llevar alguna vitualla para los chicos de la guerra. Ni más ni menos que eso. Pero en los años siguientes, ya disipado el territorio de batalla y expulsada la dictadura, cuando el horror descubrió su rostro a la luz de una democracia en formación, la imagen del campo de Obras colmado de rockeros solidarios sería interpretada como un traspié lleno de culpas: ¿cómo fue posible que un movimiento cultural objetor de conciencia haya legitimado con su actuación la aventura de Galtieri? Es una manera de ver las cosas. Quienes esgrimen que el Festival de Solidaridad Latinoamericana fue la prueba última e inapelable de la genuflexión del rock argentino ante la realidad política del '82, también sostienen -por extensión- que la música joven nunca fue un desafío real al régimen. Y abundan: "Por algo no hay músicos desaparecidos...."

Detengámonos en esto último: ¿acaso toda forma de supervivencia debe ser entendida como evidencia de colaboracionismo? Es pertinente recordar aquí el rosario de solicitudes y convocatorias de apoyo al desembarco que proliferaron por aquellos marciales días. Las hubo de la Asociación Argentina de Actores, la Asociación Argentina de Intérpretes, Argentores, la Asociación Argentina de Artistas Plásticos, Decuna (Defensores de la Cultura nativa) y Teatro Abierto. EL 17 de abril salió una solicitud en *La Nación* firmada por gente de la cultura, mientras algunos de los más enconados críticos al Proceso salieron a apoyar la recuperación de las islas, nuevo capítulo, decían, en la larga lucha contra el imperialismo. En suma, muy pocos se apartaron de la euforia colectiva, borrándose por un momento la frontera entre represores y reprimidos.

Mucho rock por algo de paz, decía el aviso del festival. ¿Era racional pedir por la paz en el marco de una campaña de recolección para la guerra? ¿No hubiera sido más coherente, tanto con la demanda pacifista como con la breve pero significativa historia de la música joven, exigir que los soldados regresaran sanos y salvos, asumiendo el riesgo de ser tachados de traidores a la patria? Para entender ésta y otras indeterminaciones, no hay que olvidar que campeaba en esos días la fantasía de que la guerra no iba a estallar realmente, y que los ingleses recularían ante las muestras de entusiasmo popular y las destrezas diplomáticas. "Que venga el Principito" parecía más una expresión deportiva que una verdadera arenga de guerra. En ese contexto, tal vez algunos creyeron que se podía pedir por la paz mientras los soldados cavaban trincheras.

¿Qué pasó entonces con el rock, más allá del desafortunado festival? Con la veda de música cantada en inglés, las radios

se llenaron de Baglietto, Gieco y Serú Girán. A horas del desembarco, la gente llamó a las emisoras pidiendo que se sacaran del aire las canciones del enemigo -como si Lennon y Thatcher fueran lo mismo; o peor: como si Galtieri y Charly García fueran lo mismo- y que se pusiera en su lugar el idioma irredento, aquel con el que debía cantarse la gesta de las islas. También habría tango y folklore, pero se creyó que al difundir rock nacional se mandaban señales conciliadoras -¿un primer intento de autoamnistía simbólica?- a la juventud, aquel sector que había estado en el blanco de la represión sistemática.

He aquí un dato incontestable: el rock dejó de ser contracultural para convertirse en música literalmente popular, ésa a la que se accede con sólo sintonizar la radio. Pero esto no sucedió por efecto exclusivo de una política de comunicación hipócrita: el rock ya era masivo en 1981, aunque quizá pocos lo habían advertido. Venía de *abajo*, había crecido a partir de prácticas juveniles específicas y formas de resocialización que no tenían antecedentes en el país: recitales, revistas más o menos subterráneas, artesanías y otras formas de producción. El rock parecía haber madurado rápidamente, por imperio de las circunstancias, fomentando estrategias de comunicación en un círculo de pares cada vez más extendido, a partir de una ideología que mezclaba anarquismo, misticismo y confianza ciega en el poder de la música. La convocatoria a la radio terminó de afianzar la parte más *visible* del fenómeno, colocándolo a las puertas de un nuevo ciclo, en el que sin duda se incrementarían los aparatos comerciales. Pero la verdad es que la convocatoria no le aportó identidad, ni energía, ni repertorio.

Ciertamente, el paradójico camino hacia la democracia -derrota militar, triunfo cívico- coincidió con el ascenso del rock, su emergencia social. En ambas parábolas, vale recordar, Malvinas no lo fue todo. Así como el regreso al voto no se explica sólo por el fracaso militar -en todo caso, éste fue el último acto de una decadencia anunciada-, la relación entre rock y dictadura no se agotó en el malentendido del '82. ¿Quién podía desconocer que, antes de Malvinas, en los años más duros de la represión, la del rock había sido una voz crítica? Lejos de la fama y a contrapelo de los dispositivos de poder, en estadios repletos que la televisión nunca mostraba y la policía siempre vigilaba, el rock se empeñó en contar otra(s) historia(s). Entre éstas, nos advertió que en el país de Alicia no tendríamos ni poder, ni abogados, ni testigos. Nada de eso tuvimos en Malvinas, salvo quizá testigos.

Rock rock rock es mi forma de ser...

Por Bárbara Battaglia



El rock, nacido en la misma época en que la juventud fue *inventada* como un sector social diferenciado, con características propias que la hicieron desde entonces objeto de estudio, de estrategias de marketing, de tácticas políticas y de represiones varias, lleva como marca de origen el culto a la eterna juventud. De ese culto se derivan una serie de rasgos constitutivos del rock como género musical y del rock

como cultura: la gestualidad, los desprejuicios (y prejuicios), el aire despreocupado, el voluntarismo, la ambigüedad, las contradicciones. En términos generales el rock, aunque *robe* de músicas tan añejas como la balada isabelina, los cantos tribales, la percusión africana, el jazz o el blues, gusta imaginarse como el mundo de la novedad permanente. Y aunque haya alcanzado desarrollos de tanta riqueza conceptual,

instrumental, vocal y lírica como los de los Beatles, King Crimson, R.E.M., Wilco, Radiohead o Luis Alberto Spinetta, gusta imaginarse como un buen salvaje tan lietrado como inspirado. Aunque a esta altura de la historia muchos de sus máximos exponentes -como Bob Dylan, Paul McCartney o Neil Young-, hayan pasado las seis décadas de edad o estén por hacerlo, y aunque ya no pueda negárseles habilidad comercial, astucia o capacidad para acomodarse a contextos cambiantes y complejos, gusta mostrarse como un gran ingenuo. ¿Hasta dónde la falta de información (musical y general), la inspiración y la ingenuidad son reales?

Mientras el rock fue joven y lo eran sus estrellas, en años en que la juventud valía casi como sinónimo absoluto de rebeldía o revolución, no resultaba difícil simpatizar con sus desplantes y tolerar sus debilidades; sus imposturas, sus inconsecuencias. Ahora, que la eterna juventud, cuando no la eterna adolescencia, es a la vez un imperativo publicitario y un síntoma de época, aquella rebeldión, real o presunta, se muere de la cola. *De los Rolling Stones a los ring tones*, se ha dicho, para marcar ese tránsito tan incómodo para los presupuestos iniciales como comercialmente rendidor.

En su provocador artículo *Contra el rock* —revista *La caja*, 1992— el periodista y crítico musical Claudio Uriarte se encrespaba: *Al rock le gusta disfrazarse de Nietzsche, pero en realidad se parece más a Dale Carnegie* (experto norteamericano en mercadotecnia y relaciones laborales, precursor de la autoayuda y responsable de volúmenes cuyos títulos eximen de mayor comentario: *Hablar en público e influir a los hombres en los negocios. Cómo Ganar Amigos e influir sobre las personas. Cómo dejar de preocuparse y empezar a vivir*). En ese artículo, Uriarte se refiere al rock como una especie de mínimo común denominador cultural del actual género humano y lo remata afirmando: *El rock es complaciente, confirma a cada uno en el lugar que está y sus permisos son una vigilancia*.

Además de esta acusación generalizada, en Argentina, como suele sucederle a otros sobrevivientes, al rock se lo suele mandar al banquillo de los acusados precisamente por sobrevivir. Hubo obreros desaparecidos, estudiantes desaparecidos, profesionales desaparecidos, amas de casa desaparecidas y hasta policías y militares desaparecidos. Pero no rockeros, se plantea. ¿Por algo será? ¿Por no oponerse a la dictadura? ¿Por no resistir?

El historiador cultural Sergio Pujol advierte: “No creo que pueda hablarse de *resistencia* para referir la relación entre el rock nacional y la dictadura. La palabra *resistencia*, instalada por Pablo Vila en los albores de la democracia, está cargada de épica, y alude sin duda a formas de acción directa, algo francamente impensable para los músicos de aquellos años. El rock no se propuso una acción directa contra la dictadura. No sólo porque no era posible en términos políticos, sino porque nunca estuvo en lo que podríamos llamar las fuentes ideológicas de la cultura rockera. La contracultura creció como



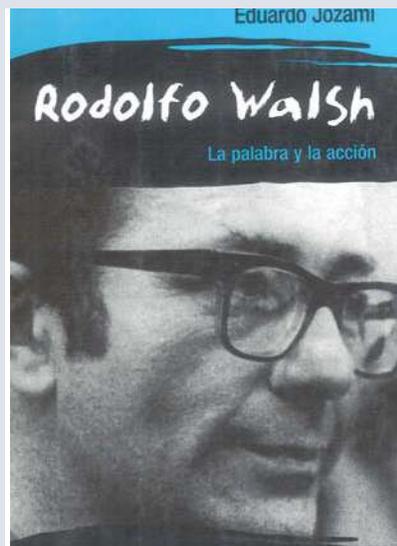
un curso paralelo al *establishment*, como una dimensión cultural diferente, otro itinerario de músicas, lecturas, materiales audiovisuales. Participó activamente del clima de ideas revolucionarias, sin duda. Pero trabajó para el desarrollo de una sensibilidad diferente, y en este sentido *su programa* fue esencialmente estético, con una posición ética implícita, según la cual había que hacer las cosas de un modo diferente, sin transar con el sistema.”

¿Sabían los músicos del rock nacional lo que estaba pasando en Argentina? ¿No transaban con eso? ¿Cuáles fueron sus tácticas?

Una anécdota relatada por Pujol resulta iluminadora: “Cuando presenté *Rock y dictadura* en la Feria del Libro de Laprida, al finalizar la charla alguien del público se me acercó para contarme brevemente su vida. Era un arquitecto de mi edad, que había estudiado en La Plata y había escuchado a todos los rockeros de paso por la ciudad. Entre tantos recitales, había ido a uno de Charly García y la Máquina de hacer pájaros en el club Atenas, el 15 de octubre de 1976. Yo estuve en ese recital. Fue uno de mis primeros. Tenía 17 años. Pero mientras yo sólo conservaba de él un vago recuerdo, Marcelo, mi interlocutor, lo tenía muy presente en su memoria y había guardado algo más: un volante que la producción de Charly García repartió a la entrada. Parafraseando irónicamente los comunicados militares de aquel tiempo, el volante decía *Mensaje n.º 2*. Nombra a los integrantes del grupo y hacia el final, a modo de manifiesto o mensaje cifrado, se leía un texto del psicoanalista R.D. Laing, entrolado en la anti-psiquiatría de los ‘60: *Están jugando un juego. Están jugando a que no juegan un juego. Si les demuestro que veo que están jugando, quebraré las reglas y me castigarán. Debo jugarles el juego de no ver que veo el juego...*”

Esa cita, deslizada como al sesgo desde el entorno de uno de los músicos más sensibles al contexto socio-político (y uno de los más lúcidos para referirse a él), marca quizás el máximo alcance, y por lo tanto los límites, de la conciencia rockera.

(Las declaraciones de Sergio Pujol están tomadas en la presentación del libro *Rock y dictadura* en la Sociedad de Psicoanalistas de La Plata).



Rodolfo Walsh. *La palabra y la acción*, Eduardo Jozami, editorial Norma, Buenos Aires, 2006, 399 ps.

Con Rodolfo Walsh quizás ocurra lo contrario que con José Martí: apropiado por el campo y la crítica literaria, muchas veces se subordinó o escondió su condición de político. José Martí, el de los Versos Sencillos, el de los ensayos fundacionales como *Nuestra América*, el agudo y moderno periodista —corresponsal y protagonista de la Primera Conferencia Panamericana desde las entrañas del monstruo—, murió en combate por la independencia de Cuba y por los pobres de la tierra. Roberto Fernández Retamar llamó a esas lecturas sesgadas la salonización de Martí. Pensándolo bien quizás no sea lo contrario. Vuelvo sobre mis palabras y me corrijo. Porque también hay hagiografías políticas del Apóstol José Martí.

Ocurre que la condición de intelectual y la de político, en hombres complejos, esos referentes intelectuales e ideológicos que tercamente trascienden las épocas, es siempre un enigma a descifrar. Por eso la tarea del biógrafo se crispa, se complica y, a la vez, es apasionante. Hay en la escritura de biografías una tentación muy difícil de conjurar: la fascinación/atracción del personaje que nunca está a la altura de una vida apasionada.

Eduardo Jozami lo sabe. En su suge-

rente y laborioso libro Rodolfo Walsh. La palabra y la acción lo explicita desde el prólogo.

La condición de escritor y de político (mejor, de revolucionario) ha sido una realidad en la historia de América Latina. Y es una de las tantas originalidades latinoamericanas. No en otras partes del mundo hubo una imbricación tan temprana, duradera y compleja entre historia, letras y política. Cuando digo historia o letras, también hablo del periodismo. Creo que Jozami con su biografía intelectual de Rodolfo Walsh tiene muy en cuenta esa tradición. No es frecuente y, a mi entender, es muy productiva porque echa luz acerca de la comprensión de itinerarios y derroteros intelectuales, militantes y sociales. Productiva, sobre todo, porque ayuda a pensar, genera preguntas, abre interrogantes.

Este libro sobre Walsh tiene resonancias en muchas paredes del corazón pero augura (espero) más resonancias (armónicas y disonantes) en ese espacio imprescindible entre la memoria y la historia que tiene que ver con la explicación. El autor dice que lo piensa desde hace cuatro años. Me animaría a decir que lo piensa desde hace mucho más. Llama biografía intelectual a ese trabajo de reconstrucción y análisis de la palabra y la acción de Rodolfo Walsh. Pero en algún sentido, ese desdoblamiento, entre palabra y acción, quizás no se resuelva pero se explica a partir de una vida que es, en la interpretación del autor, el lugar donde las palabras, o mejor la escritura, se expresan con mayor elocuencia.

Esta interpretación sobre el autor de *Operación Masacre* es precisa, sobria y está inmersa en las experiencias y las polémicas acerca del intelectual, el militante, el revolucionario (identidades a veces excluyentes para los propios actores) en los años '60 y '70 de las que el propio Jozami formó parte.

Voy a enunciar un problema y no soy original: la memoria es imprescindible en un país que vivió un genocidio. La memoria fue y es sobre todo valiente, esclare-

cedora, productiva. Pero quizás ahora haya llegado el momento de la explicación. Para explicar hay que reconstruir. Desde todas las interpretaciones, pero hay que reconstruir. En un doble movimiento. Reconstruir aún los hechos que nos duelen y no nos gustan, porque el segundo movimiento es que los mejores valores (la solidaridad, la equidad, la justicia y la libertad) exprimidos desde la reconstrucción sería, seguramente, aparecerán más valiosos.

El autor explicita las coordenadas de su trabajo —¿Por qué volver sobre Walsh, más allá de la efeméride o con ella incluida?— e historiza sus exégesis en el momento de la recuperación democrática. Walsh tuvo un reconocimiento temprano en dos aspectos: el literario, en gran parte por la acción del exilio (José Emilio Pacheco en México presentó sus obras completas en 1981) y político (la Carta a la Junta firmada personalmente como escritor y no por la organización armada a la que pertenecía).

El autor afirma: como precio a pagar por esta exaltación del autor de O.M. se construyó un relato que tendía a minimizar la importancia de la participación de Walsh en la guerrilla y presentaba su desaparición como respuesta directa de la dictadura a la Carta (...) Como era previsible esta versión pasteurizada para consumo de los 80 produjo una respuesta desde la ortodoxia setentista que, esta vez, sacrificaba la literatura: Walsh habría pasado de escritor pequeño burgués a militante revolucionario, abandonando la carrera literaria como un pasatiempo al que no debían prestarse los intelectuales que rechazaban la trampa cultural (p.14).

Eduardo Jozami reconoce que en estos últimos años ha habido trabajos que abrieron esa jaula interpretativa y han revisado su posición en el interior del peronismo, los distintos momentos de su relación con Cuba, la crítica al militarismo montonero de sus últimos escritos. Incluye esos avances y propone profundizar temas y abrir otros, tanto en el campo político como en el de la escritura walshiana porque siempre hay en los

grandes escritores algún núcleo de sentido que puede liberarse más tarde.

El libro está construido en cinco partes: El joven Walsh, Escritura y política, El peronismo: un drama personal, Resistencia y lucha armada, Restauración y tragedia. No casualmente la sección áurea del libro esté en ese drama personal. Porque un aspecto a destacar del trabajo es el equilibrio morfológico del texto (que no es un dato formal, el cómo también conduce al qué). Pone de manifiesto facetas poco conocidas de la juventud de Walsh, por ejemplo, su tránsito por la Alianza Libertadora Nacionalista. Reconstruye ese pecado de juventud - trompadas contra la FUBA - que el propio Walsh reprobó. Pero también explica: otros compartieron esa experiencia que no se resume en Sánchez Sorondo o en Guillermo Patricio Kelly (dejo el enigma para que descubran esas trayectorias). Esa tradición traída y llevada por nacionalistas de diversa laya no empieza ni concluye para Jozami en ese espacio. En un potencial provocativo rescata otras tradiciones del nacionalismo popular y democrático (FORJA, Ugarte, Ricardo Rojas, Palacios). Y aquí hay un nudo gordiano: no fue ése el nacionalismo que se expandió y esa subcutaneidad del nacionalismo democrático no es un tema que le competa directamente a la explicación del autor pero lo despierta.

Traza otros paisajes explicativos, quizás más audaces, para contextualizar Operación Masacre (la obra que cambió la vida de Walsh). Compara su peso con el Informe a las bases de Cooke pero también lo ubica en el mismo seno de la tradición liberal argentina o, en sus términos, de la literatura política: Sarmiento, Echeverría, Hernández. Esa nota de Verbitsky que llamó a Operación Masacre, el Facundo de Walsh también sigue esa estela y quizás responda aquella pregunta de Piglia en Respiración artificial: ¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?

También desarrolla y contextualiza un parteaguas de la historia reciente argentina: el 55. La posición favorable de Walsh

a la Revolución Libertadora (antes de conocer que había un fusilado que vive), incluso, su elogio épico sobre la acción de la aviación naval. Épica y coraje, son valores en la interpretación de Jozami que Walsh considera como superiores a la ubicación política de los protagonistas. Y en este punto aparece una genealogía herética: Walsh y Borges, la literatura policial. No sólo por la valoración de Walsh sobre Borges y Bioy con respecto a la difusión del género en nuestro país. Porque Jozami, esta vez (no todas) se toma de las citas de Walsh que remitían a la literatura policial, a la Biblia y, en ella al Libro de Daniel. Personaje bíblico del que probablemente haya tomado el nombre de aquel corrector y detective aficionado de sus Variaciones en Rojo.

Esa relación escritura y política no es lineal. Jozami va historizando el proceso de reescritura de Operación Masacre en las sucesivas ediciones desde la primera en 1957 (1964, 1969, 1972) al compás de las opciones políticas de Walsh (la C.G.T. de los Argentinos, las Fuerzas Armadas Peronistas). Esos pasajes son ideológicos y también son formales: la renuncia o mayor austeridad de los adjetivos, el dejar la palabra a las víctimas en un proceso de borramiento del narrador. La relación de esa politización con el sentimiento (decepción) del autor con la fertilidad/utilidad de la denuncia como si la justicia existiera es un lugar reflexivo. Ese pasaje no es abrupto. De Hecho Caso Satanowsky (recién publicado en 1973), ¿Quién mató a Rosendo? (en el que el tema ya es parte de un territorio del peronismo en conflicto, es decir, el vandomismo), y los 55 números del periódico C.G.T. conviven con el momento de mayor tensión entre Walsh militante y Walsh escritor. Conviven con la obsesión por esa novela que ya le han pagado y que no puede escribir, en las francas dudas sobre si su imposibilidad es un tema ideológico (el carácter burgués y anacrónico del género) o su propios límites de escritura (recordemos el boom de la novela latinoamericana en esos años).

La separación entre texto de denuncia

y literatura de ficción es, nos dice Jozami, una clave fecunda para comprender y apreciar el dilema de Walsh como intelectual revolucionario. Ficción y verdad y Lo verdadero y lo verosímil son apartados del libro luminosos y profundos.

El intelectual en su laberinto: huracanes sobre el azúcar

Antes expusimos esa relación cercana y fundacional entre intelectuales y poder, más aun entre intelectuales, política y revolución en América Latina. Unos textos de Monteagudo o de Hidalgo todavía nos suenan contestatarios. En los años veinte de este siglo, el lugar y las funciones estaban planteados en el banquete de temas de los hombres de ideas. Por ejemplo, Julio Antonio Mella, dirigente estudiantil y luchador contra la dictadura de Machado escribía en 1924: Intelectual es el trabajador del pensamiento. El trabajador (...), o sea, el que empuña la pluma para combatir las iniquidades, como otros empuñan el arado para fecundizar la tierra, o la espada para libertar a los pueblos, o los puñales para ajusticiar a los tiranos. A los que denigran su pensamiento esclavizándolo a la ignorancia convencional o la tiranía oprobiosa no debe llamárseles jamás intelectuales. César Vallejo en sus Poemas Humanos metaforizaba dramáticamente las tensiones de la creación artística y la vocación social: Un hombre pasa con un pan al hombro / ¿Voy a escribir, después, sobre mi doble? / Alguien va en un entierro sollozando / Cómo luego ingresar a la Academia? / Alguien limpia un fusil en su cocina / ¿Con qué valor hablar del más allá? / Alguien pasa contando con los dedos / ¿Cómo hablar del no-yo sin dar un grito? Vallejos se enroló con los republicanos en la Guerra Civil Española.

En los años '60 estas polémicas se reeditaron con más urgencias. La revolución estaba en América Latina. Por ejemplo, desde la cárcel, el líder peruano del movimiento foquista de La Convención y Lares, Hugo Blanco, escribía en 1969 una carta pidiendo a los cama-

radas poetas que resucitaran a César Vallejo, pero más que eso, que revivieran su compromiso con lo social: necesitamos poetas que escriban a pedido, que contribuyeran con poemas a sostener la lucha revolucionaria.

La decepción y el techo de las experiencias populistas y desarrollistas y, sobre todo, la Revolución Cubana, abrieron las puertas para una reubicación de las funciones del intelectual. La frustración de las políticas reformistas y modernizadoras de los años sesenta (pensemos en el destino de un Celso Furtado o, en otro registro ideológico, de un Juan Bosch, dos intelectuales involucrados no sólo en la política sino ejerciendo el poder) habilitaron a repensar las relaciones entre intelectuales y política. Si, como mentaba el axioma cubano el deber de todo revolucionario es hacer la revolución y, concomitantemente, no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo (Segunda Declaración de La Habana, 1962) el espacio para considerarse revolucionario y el oficio de escribir, entraban, en algún punto, en franca contradicción.

La revolución cubana, aun sin tener una conferencia de Yenan, imponía un territorio de discusión acerca de las funciones intelectuales. El tema no era nuevo. Es decir, qué margen de autonomía creativa tenían escritores, artistas e intelectuales, cuánta autonomía para la libertad formal y la libertad de contenido en una revolución había sido problematizado por Lenin (1905) y Mao (Conferencia de Yenan). Aun (y a lo latinoamericano en una revolución no socialista) había sido un tema polémico en la relación entre el estado revolucionario y los artistas en el México de Vasconcelos.

Se desata así una verdadera fiebre de autoexamen por parte de los intelectuales en América Latina (y fuera de ella, también, recordemos a Sartre y su Huracán sobre el azúcar) que tiene varios foros de expresión, en el escenario de un campo intelectual consolidado, de comunicaciones muy fluidas y de contactos di-

versos y muy cruzados. El epicentro será la Habana, pero no solamente. A Casa de las Américas, sus premios anuales y sus publicaciones, se suma una producción de revistas político-culturales (entre las cuales Marcha condensaba la mayor parte de las polémicas, los debates y la difusión) y los nuevos emprendimientos informativos como Prensa Latina.

El Congreso Cultural de la Habana, reunido en 1968, concentró a más de cuatrocientos intelectuales de América Latina, Asia y África. En él, otro documento canónico define las funciones que se esperan de los intelectuales en la perspectiva revolucionaria. La revolución, como apunta una de las conclusiones del Congreso, acosaba al intelectual, por la simple presencia y contigüidad del ejemplo guerrillero. La discusión rápidamente se desplazaba del tema del compromiso de la obra al compromiso del escritor y de éste, al compromiso de él como hombre nuevo en la lucha revolucionaria que, en el límite, alejaba a los intelectuales de las letras y los acercaba a las armas. Si bien esto se ubica en un extremo del espectro, un conjunto de revisiones también permearon a aquellos que, sin participar directamente de la guerrilla, reformulaban sus propias prácticas. Concretamente, si se escribía para la revolución automáticamente debían dejarse de lado los proyectos estéticos personales, e incluso, el oficio a partir del cual estos escritores se ganaban la vida.

Eduardo Jozami trabaja éstas y otras polémicas y, ubicándolas en el campo cultural argentino afirma la heterodoxa figura de Walsh que no encaja en los dos tipos de intelectual de izquierda de los años '60 y '70. El del gran ensayo de interpretación nacional (Martínez Estrada, Viñas, Rozitchner, Portantiero, el primer Sebrelli, Jorge Abelardo Ramos, Milcíades Peña o Silvio Frondizi). El segundo grupo: los intelectuales de partido como Nahuel Moreno o Carlos Olmedo. A pesar de su adhesión al peronismo tampoco es fácil asociarlo a Jauretche, a Hernández Arregui o a Puigross. Si bien más cerca de Cooke, no

se encuentra en Walsh ni la vocación teórica ni la de liderazgo de aquel. La conclusión de Jozami: Walsh es un intelectual cada vez más comprometido en la política que llega a integrarse en una activa militancia revolucionaria pero que siguió siendo fundamentalmente un escritor.

Política y peronismo en Walsh

El autor instala la relación de Walsh con el peronismo considerando un arco más amplio que el de las antinomias gorilas-peronistas, fusiladores-resistentes. Va por los bordes porque ensancha el zoom de la observación. La opción no es ingenua pero es genuina. No es casual que el artículo de Viñas (Ismael) en Contorno, sea citado más de una vez. Otro tanto con el Movimiento de Liberación Nacional o los debates en las revistas La Rosa Blindada, Envío u otras. Vuelve sobre el cuento Esa mujer, exprime y saca conclusiones potentes del reportaje de Walsh a Perón en Madrid en marzo de 1968, sobre la relación con la clase obrera y sus representaciones combativas, sobre los artículos de Walsh en el periódico C.G.T. (que siempre mencionó poco a Perón, destaca).

También reconstruye el debate de las Fuerzas Armadas Peronistas (a las que se incorporó Walsh a fines de 1970) sobre oscuros e iluminados, la crítica de Walsh al movimientismo y las búsquedas frustradas de la alternativa independiente. No es concesivo con el denominado Proceso de Homogeneización Política Compulsiva que encierra a las F.A.P. sobre sí mismas. No encuentra o no expone con la misma claridad, desde su propio argumento, el pasaje de Walsh a Montoneros.

Inscribe esa dinámica en el gran debate acerca de la violencia y las armas como recurso político en los años '70. Marx, Lenin, Mao, Guevara, Debray, Fanon, el partido de cuadros o de masas, la guerra prolongada, el militarismo de Perón, van hilando un clima de época, el marco histórico que ayuda a dar a los actores un sustento político y teórico. Jozami se pregunta (a veces pareciera que a sí mismo, a veces dialogando-polemizando en el in-

terior de un espacio): ¿Era equivocada esa política de Perón en busca de la unificación sindical? ¿Cabe condenar, como lo hacía Walsh, la falta de respaldo del ex presidente a la C.G.T. de los Argentinos? Analiza el crecimiento de la Tendencia, los vaivenes de Perón frente a ella, la aparición de las Tres A. Y explica la posición militarista de los cuadros que termina ganándole a la política: A medida que la Tendencia no acertaba a definir una posición coherente frente al hostigamiento de Perón, la nostalgia por el período en que predominaba la acción armada fue ganando espacio entre los cuadros. La creación de las milicias llevó a la militarización a las agrupaciones, mientras las operaciones contra Rucci y Mor Roig mostraban que la violencia asumía más claramente el lugar de la respuesta política. Por eso, una decisión tan equivocada y preñada de nefastas consecuencias, como la adoptada en septiembre de 1974, resulta más comprensible en el contexto de una fuerza política que veía la coyuntura de 1973 como un breve intermedio político entre dos situaciones de guerra y ansiaba acelerar un desenlace que consideraba inevitable. (p. 270)

En sus Papeles 1976/77 Walsh advirtió que esa política había generado la derrota. Justamente a partir de ese diagnóstico Jozami problematiza el último Walsh, ese que considera un puente entre los setenta y la democracia. Ese Walsh no escuchado entonces ni demasiado frecuentado hasta hoy día. A comienzos de 1977 Rodolfo Walsh envía tres comunicaciones a la dirigencia montonera. Denuncia el acuciante tema de las caídas humanas, de la necesidad de descentralización de los recursos para salvar a los militantes de la feroz represión de la dictadura, y plantea tres problemas: la derrota militar, la necesidad de una salida política, una vía democrática, para levantar la bandera de la plena vigencia de los derechos humanos. Es decir, bajar las armas y responsabilizar plena y rotundamente a la dictadura militar por la feroz represión.

Éste es el Walsh que, sobre todo, le in-

teresa recrear a Jozami, quien no duda en afirmar que si bien estas menciones destacan la originalidad de Walsh, se hubieran resignificado en el contexto de la transición a la democracia con contenidos menos abstractos y ahistóricos. Sin embargo estos textos no han sido excesivamente frecuentados. Se los cita en alguna ocasión pero no han sido estudiados tratando de interrogarlos sobre el futuro que permiten vislumbrar. Este relativo desinterés por uno de los documentos políticos más relevantes de ese período no es difícil de explicar. No sólo quienes defienden la posición oficial de Montoneros se sienten razonablemente cuestionados por estas comunicaciones de Walsh, tampoco los que tienden a ocultar su militancia se interesan en una polémica que evidencia la pertenencia del escrito a Montoneros y el fuerte compromiso que tuvo con la organización (pp. 360-1)

Quizás en la Carta de un escritor a la Junta Militar, como afirma Jozami, Walsh encuentre el camino para resolver el debate sobre el rol de los intelectuales que lo había obsesionado desde los años sesenta. Es decir: escribiendo.

Rodolfo Walsh. La palabra y la acción, de Eduardo Jozami, es un libro que interpela, que provoca y que ejerce el tan incómodo como imprescindible oficio de la crítica. Pero crítica con archivo y fundamentación. Nada de pirotecnia, y menos aun, de ponerse por encima del biografiado.

El libro trae a la consideración aquello obturado o por la incomodidad o, muchas veces porque sólo la investigación rigurosa descubre y escudriña. Pero también interpreta, arma genealogías, cánones (tan sorprendentes como creativos y desafiantes), hace preguntas y se hace preguntas sobre la parte más desgarrada y difícil de la historia de nuestro país.

Creo que Jozami intenta, -y a mi entender lo logra- saltar (que no saltar) el propio espacio, la propia experiencia (generacional y política). Creo que es bueno eso. Porque algunas producciones sobre los años setenta, dejan afuera (por pertenencias ideológicas, políticas y has-

ta diría etarias) a muchos, incluso, con el bienintencionado objetivo del legado y la transmisión.

Hay un arcano a descifrar. Jozami escribe casi todo el libro en un tiempo verbal tan difícil de explicar por escrito como obvio en la coloquialidad: el futuro del pasado. Los historiadores conocemos y padecemos las correcciones sobre ese tiempo de la narración como empujando los hechos desde atrás para adelante aunque sepamos el desenlace, para hacerlo más vívido y, sobre todo, menos obvio. Escribe en ese tiempo coloquial, docente (cuando damos clases hablamos así) en casi todo el libro.

Otro tema: (más desde el lector) sobre la correctísima edición. Hay libros que merecen ser subrayados, manipulados, marcados, en síntesis, usados. Todas las marcas siempre son para después de haberlos leído. Son rastros. Ayuda a ese uso -el libro como herramienta, como hacedor y difusor de ideas- algo tan antiguo como efectivo: un índice onomástico. Este libro se merece un onomástico.

Hay muchas vetas en el texto de Jozami sobre Walsh, esto ha sido una selección caprichosa. Pero todas son merecedoras de su lectura. Es un libro que le recomendaría y le recomendaré a mis estudiantes, a los jóvenes, sobre todo a los militantes. Por muchas razones, pero voy a mencionar dos: es una investigación muy sólida, diría artesanal, casi un ejercicio contra los recuerdos del autor (basta leer las notas) y es una interpretación sin concesiones, que arroja, por el propio peso de su construcción, un Rodolfo Walsh sin estereotipos, y justamente por eso, una trayectoria intelectual, sensible y política (desagregado pero es toda junta) en la que la cultura política argentina y latinoamericana ancla sus mejores presupuestos.

Patricia Funes, doctora en historia, forma parte del consejo de redacción de Puentes. En febrero de 2007 se publicó su libro *Salvar la Nación*. Intelectuales, cultura y política en los años 20 latinoamericanos.

Comisión Provincial por la Memoria

Fotografías recuperadas. Muestra de Víctor Basterra

El día 29 de marzo se inaugurará en el Museo de Arte y Memoria de La Plata (calle 9 número 984), una muestra con fotografías de represores tomadas por Víctor Basterra mientras estuvo detenido en la Escuela de Mecánica de la Armada, y fotografías de detenidos tomadas por otros fotógrafos. Unas y otras fueron sustraídas por Basterra, poniendo en riesgo su vida, de ese centro clandestino de detención: para dar testimonio, para que nadie sea olvidado, para que se conozca la cara de los represores, para que sus crímenes no queden impunes. Sus compañeros le habían dicho: “negro, si zafás, que no se la lleven de arriba”.

Basterra -militante gráfico- fue detenido en su domicilio en 1979 junto a su mujer Dora Seoane y su hijita de dos meses y diez días, María Eva. Basterra fue golpeado ferozmente en su propia casa; luego en la E.S.M.A., él y su mujer fueron sometidos a torturas, como consecuencia de lo cual sufrió dos paros cardíacos y carga de por vida con una lesión en la columna.

Su hija y su compañera fueron liberadas al quinto día, pero él permaneció detenido durante más de 4 años. Durante ese cautiverio, dada su condición de gráfico y fotógrafo, y su experiencia en imprentas de valores bancarios, donde se manejan muchos elementos de seguridad en la impresión, se lo puso a trabajar en una sección especial donde se falsificaba documentación para ser usada por los integrantes de los grupos de tareas, ya que efectuaban casi todas sus operaciones bajo nombres de guerra. Los prisioneros eran obligados allí -tal como sucedía en los campos de concentración nazis- a trabajar como mano de obra esclava. Como no tenían quién lo reemplazara, a Basterra lo mantuvieron así hasta el 3 de diciembre de 1983.

Muy cerca de donde se torturaba, habían instalado un laboratorio fotográfico y una pequeña imprenta. Con el tiempo, Basterra se dio cuenta de que tenía frente a él a hombres cuyas propias familias debían ignorar que eran secuestradores, torturadores y desaparecidos. Cuando quedó trabajando solo en ese lugar, cada vez que iba alguien del grupo de tareas a fotografiarse, en lugar de hacerle cuatro fotos para cuatro documentos falsos, hacía cinco y se guardaba una, oculta entre cajas de papel fotográfico, que por ser fotosensible quedaba a salvo de las requisas periódicas. Así fue armando lo que



llama un “bestiario”. Cerca de 80 represores fotografiados. Muchos con nombre y apellido. Otros no, ya que a veces ni siquiera entre ellos sabían sus nombres reales.

En determinado momento, a Basterra comenzaron a dejarlo salir, a hacer visitas vigiladas a la familia (algo planeado para que no presionaran con las denuncias, en una etapa en que habían comenzado a arriesgar). Desde entonces, arriesgándose muchísimo, fue sacando esas fotografías, bien escondidas para que sortearan la requisita. De haberlas encontrado, hubieran vuelto a torturarlo para averiguar con qué objetivos llevaba esos materiales y finalmente lo habrían ejecutado.

Pero eso no sucedió. Disimulado en un una bolsa negra de papel fotográfico, ese material deambuló de su casa a la de un hermano y a las de compañeros de militancia, que fueron guardándolo. Todos ellos, dado el riesgo que asumieron, son parte de la historia de estas fotos de represores que llegan a la muestra. Para Basterra, deben funcionar a modo de disparadores para la memoria colectiva: “Que ese rostro que aparece ahí, a veces sin nombre, aunque sea de casualidad pueda ser identificado, que alguien diga *¡pero si este tipo vive a dos cuadras de mi casa!*”.

Las fotos que retratan a desaparecidos, no fueron tomadas por Basterra, aunque sí recuperadas por él: “En octubre del ’83, los militares juntan toda la información, la microfilman y el material ése, lo gordo, lo que man. Entre todo eso que iban a quemar había negativos. Bajados desde Inteligencia, los dejaron en el laboratorio. Entonces en un descuido agarro una tira de un montón de fotogramas, me pongo a revisar y me veo fotografiado. Y reconozco también a varios compañeros que habíamos estado juntos. Pude rescatar solamente algunos. Lamento no haber podido agarrar todo el montón porque ahora tendríamos una pruebas impresionantes, pero no podía arriesgarme a tanto”.

Cruces. Idas y vueltas de Malvinas



El 29 de marzo a las 19 horas -en el Museo de Arte y Memoria de La Plata (calle 9 número 984)- se presentará también el libro *Cruces. Idas y vueltas de Malvinas*, de María Laura Guembe y Federico Lorenz. Desde entonces, quedarán en exposición algunas de las fotos y los textos que lo componen. Se trata de fotografías nunca mostradas hasta ahora: aquellas que tomaron los propios soldados conscriptos. En algunos casos pudieron revelarlas a su regreso al continente; en otros fueron reveladas por los ingleses, ya que apenas embarcados a los buques en los cuales los trajeron al continente, les requisaron los rollos.

Para conseguir estas fotos, los autores se entrevistaron con decenas de sobrevivientes, recopilaron álbumes personales y hasta viajaron a Londres. Muchas les fueron facilitadas por el Centro de Ex Combatientes de Islas Malvinas de La Plata. Además, el libro incluye una cantidad de fragmentos de textos referidos a la guerra, como *Las islas*, de Carlos Gamerro, *Bajo bandera*, de Guillermo Saccomanno y *Banderas en los balcones*, de Daniel Ares. Otro material incluido en el libro es un informe de inteligencia realizado por la policía bonaerense en 1984. Ese legajo de la D.I.P.B.A. informa del seguimiento sobre los ex soldados durante las marchas en conmemoración por el 2 de abril, incluye las fotografías allí tomadas y los caratula como delincuentes subversivos.

Se trata de imágenes borradas, ya que la de Malvinas - como sostienen los autores del libro- fue “una guerra de propaganda en un contexto de censura”. Debe tenerse en cuenta al respecto que una disposición nacional prohibió fotografiar a quienes regresaban de la guerra.

Aclaración

Marina Franco colaboró en el número 19 de Puentes. Ante diferencias en el criterio de edición del artículo de su autoría, la revista le ofreció volver a publicarlo en versión corregida. La autora optó por la publicación de esta carta que reproducimos textualmente aunque no compartimos todos sus términos.

Comité Editorial Revista Puentes

En el número anterior de la revista *Puentes*, diciembre de 2006 se publicó un artículo firmado por mí y titulado *Los exiliados argentinos en Francia. El descubrimiento de los derechos humanos*. Considero que se trata de una versión, ya que fue editado y resumido por la revista a partir de un material original mío sin que yo tuviera la oportunidad de revisar el texto definitivo.

Al respecto, creo absolutamente necesario aclarar que algunas modificaciones hechas cambian el tono del trabajo original e introducen algunos matices de sentido con efectos políticos delicados con los que no acuerdo en absoluto. Me refiero a la alteración de la organización del texto, el cambio de subtítulos, la supresión de comillas y citas bibliográficas, la eliminación de ciertas expresiones, descontextualización de otras, etcétera. A ello se suman algunos cambios de sentido directos como la sustitución del término “estrategia” por “táctica” en todos los casos y la introducción de un copete inicial que yo no escribí y en el que aparecen afirmaciones tales como que “...los militantes exiliados vieron el reclamo por los derechos como una mera táctica..” que condicionan la posterior lectura del texto introduciendo un efecto descalificatorio con respecto a los derechos humanos o los exiliados mismos, que va contra el sentido que orienta mi tarea.

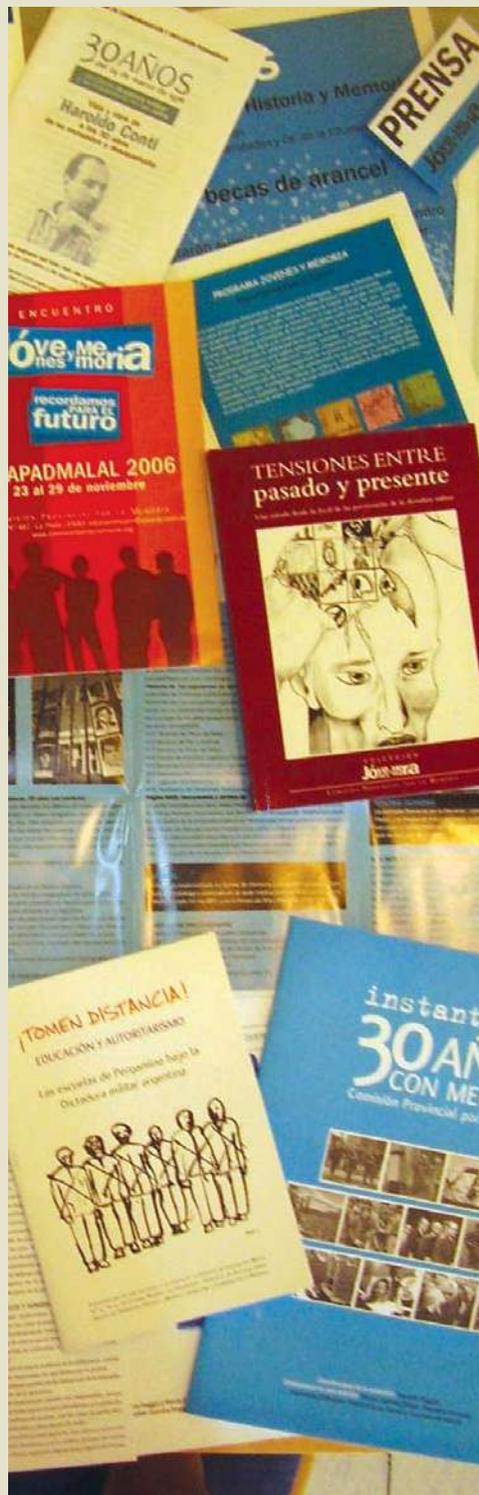
Considero que como resultado de estas modificaciones se publicó una versión no revisada de mi artículo que desvirtúa y tergiversa el tono del trabajo original, induciendo a partir de mis argumentos una posición con la que no me identifico y que me perjudica. Por ello, pongo a disposición de los lectores interesados la versión original del texto que me puede ser solicitada a través de la revista.

Creo que *Puentes* realiza una tarea importante y destacable, pero no puedo dejar de señalar este desencuentro, dado que los temas vinculados a nuestro pasado reciente y su memoria merecen un debate respetuoso.

Cordialmente,

Marina Franco

Area Investigación y enseñanza



Convocatoria 2007

Se ha lanzado la convocatoria 2007 del Programa Jóvenes y memoria en la provincia de Buenos Aires, para las escuelas polimodales. El programa se presentará en más de 10 distritos de la provincia donde se proyectarán las producciones realizadas por los alumnos durante el año 2006 como forma de promover la participación.

¡¡¡Otro mas!!

Acaba de ser impreso un nuevo libro producido en el marco del Programa Jy M, realizado por la EEM^o 1 de Villa Gesell: *Villa Gesell militante. 30 años con memoria.*

Nuevos recursos para el aula: Pasado reciente. Modelos para armar.

En el marco de un nuevo aniversario del golpe de estado se distribuirán a las escuelas de la provincia un conjunto de materiales para el aula donde se incluyen los dos documentales producidos por la Comisión durante 2006 : Los Irrecuperables y Un claro Día de Justicia , más un disco compacto con la colección de dossiers de Puentes y y la serie de fotografías titulada Instantáneas: Tiempos de Justicia.

Los jóvenes porteños también cuentan la historia

A partir de un convenio con la Unidad Ejecutora de Sitios de Memoria de la Ciudad de Buenos Aires se esta lanzando el Programa Memoria Joven. Está dirigido tanto a las escuelas como a las organizaciones sociales que nuclean a jóvenes para conformar equipos de investigación sobre el pasado reciente en la ciudad.

Hacia la patagonia

A través de un acuerdo con la Dirección de DD.HH. de Río Negro, se distribuirán materiales producidos por la Comisión por la Memoria en las escuelas de aquella provincia y se están organizando cinco encuentros de docentes en sus distintas regiones.

Maestría en historia y memoria

Cerró la inscripción 2007 con más de 25 interesados en cursar la carrera de postgrado que ya lleva cinco años de desarrollo. Los seminarios comienzan en abril. Más información: <http://www.fahce.unlp.edu.ar/departamentos/maestriaHistYMem>

Convenio College William and Mary

Ya están instalados en La Plata y desarrollando sus actividades de formación y pasantías los estudiantes norteamericanos que han elegido el programa educativo de la Comisión para desarrollar sus estudios en el exterior.